

Wayne W.
DYER

INÉDITO

Todo lo que puedas imaginar

Crea la vida que quieres

DEBOLSILLO *clave*

Todo lo que puedas imaginar

WAYNE W. DYER

Traducción de
Jofre Homedes Beutnagel

DEBOLSILLO

www.megustaleerebooks.com

Todo lo que puedas imaginar

Principio

PRIMERA PARTE. Tus aspectos superiores

1. Cambiar el concepto del yo
2. El yo superior
3. El yo supremo

SEGUNDA PARTE. Los cinco pilares de los deseos cumplidos

4. Primer pilar de los deseos cumplidos: *usar la imaginación*
5. Segundo pilar de los deseos cumplidos: *vivir desde el final*
6. Tercer pilar de los deseos cumplidos: *sentirlo*
7. Cuarto pilar de los deseos cumplidos: *atención, por favor*
8. Quinto pilar de los deseos cumplidos: *hora de acostarse*
9. Cómo encajarlo todo

Resumen. Lo esencial de la aplicación de estas profundas enseñanzas a tu vida

Notas

Biografía

Créditos

Acerca de Random House Mondadori

Para el autor de todas las cosas...
el Soy el que soy...

—¿Sabes, muchacha, quién te tiene presa?

—La Muerte —dije.

Entonces, milagrosa, la respuesta se oyó:

—Soy el Amor.

ELIZABETH BARRETT BROWNING

Principio

He decidido comenzar este libro contando una serie de experiencias que atañen a mi vida y reflejan una comprensión de los mensajes esenciales sobre los que leerás en *Todo lo que puedas imaginar*. Estos acontecimientos preñados de significado coincidieron con la creación del libro, y contienen elementos de sinergia y sincronicidad que me parecen muy estimulantes y prometedores. Lo que ofrezco, a mi entender, es un programa que te garantiza poder manifestar todo lo que desees en tu vida, a condición de que lo que desees no se aparte de la Fuente de tu ser. En mi vida cotidiana, mientras escribía el libro, tuve la suerte de vivir el proceso de primera mano, y he optado por narrar estos sucesos milagrosos de manera muy personal.

Ahora que empiezo mi octava década en el planeta Tierra rememoro las mayores influencias de mi vida, que aparecieron como por casualidad, y desde esta distancia percibo su influjo en revertir los derroteros egoístas que tomaba mi vida en esa época inicial. En su momento, cuando surgieron esos hechos o personas excepcionales, no supe verlos desde una perspectiva más amplia, como suele ocurrirnos a la mayoría de las personas. Ahora que en retrospectiva, desde mi observatorio espiritual, describo lo que significa vivir con los deseos cumplidos, veo esos hechos como piezas de un puzle, de un gran tapiz que hoy me sobrecoge y se me antoja lleno de sentido.

SAN FRANCISCO

Una de las figuras que «aparecieron» en mi vida es un personaje que vivió en el siglo XIII, y que actualmente es conocido por el nombre de san Francisco de Asís. A mí no me educaron en ninguna fe concreta, probablemente debido a que estuve en diversas casas de acogida a lo largo de mi infancia. Lo ignoraba todo del catolicismo, y ni los santos ni sus enseñanzas estuvieron presentes en mi vida. Sin embargo, por algún misterio (que ahora ya no lo es tanto), este monje de vida sugestiva, tan llena de Cristo, estaba destinado a ser una de las figuras más extraordinarias e influyentes que se cruzasen en mi camino vital.

La influencia de san Francisco se manifestó por primera vez en mi vida a través del texto íntegro, muy bien impreso y enmarcado, de la «Oración de san Francisco», regalo de alguien en una conferencia, hace más de veinticinco años. El contenido de la plegaria me afectó profundamente. Además me encantaba su aspecto, de modo que la puse en el pasillo que conducía a los dormitorios de mis hijos. Durante los diez años en que estuvo allí colgada debí de pasar al menos diez mil veces por su lado. Me detenía con frecuencia para leer algunas líneas y meditar sobre la magia de aquellas

palabras: «Donde haya odio, permíteme sembrar amor». «Donde haya oscuridad, luz.»

Más que una oración, me parecía una técnica. Me gustaba mucho la idea de que el odio pudiese derivar en amor, y de que pudieran iluminarse las tinieblas, pero no pidiéndoselo a Dios, sino *siendo* uno mismo amor y luz. Era como la promesa de que los seres humanos teníamos la facultad de cambiar literalmente el sufrimiento y el dolor transformándonos a nosotros mismos, una hazaña sobre la que me complacía mucho meditar. Ahora, sin embargo, me doy cuenta de que aún no estaba preparado para llevar a la práctica el mensaje de san Francisco; ni siquiera para darle forma escrita, como he logrado en este libro.

El caso es que Francesco di Pietro di Bernardone (1181-1226) ya estaba en mi vida, y con el paso de los años empecé a verme envuelto en su influencia. En la década de 1990 me convencieron de ir a Asís. Durante mi estancia allí, sin saber por qué, me sentí en casa. Caminé por los mismos campos que Francisco, medité en la misma capilla donde rezaba él, y ante su tumba caí preso de la abrumadora sensación de estar físicamente unido a aquel hombre que había vivido más de ochocientos años antes de mi nacimiento.

Empecé a leer sobre él, y quedé profundamente conmovido por su ardiente deseo de cumplir su dharma y por su determinación de que ningún obstáculo se interpusiera en su sueño. También yo he sentido esa llamada interior, que ha impulsado mi trabajo todos estos años. También en mi caso ha habido épocas en las que me he apartado del camino, pero no ha faltado jamás una voz interior que me ha empujado a seguir escribiendo y viviendo cada día; una voz que me ha devuelto a mi Misión Divina.

Hace unos diez años tuve claro que escribiría un libro titulado *La fuerza del espíritu*. Lo que ya no tenía tan claro era cómo organizarlo. En un momento de meditación profunda oí una voz que me decía con vehemencia: «Básalo en la “Oración de san Francisco” que tienes colgada en la pared de tu casa». Fue un momento de tanta claridad, de una visión tan pura, que sentí como si el libro ya estuviera escrito y solo quedara prestarme a ser «un instrumento de tu paz».

Más tarde volví a Asís y tuve otra experiencia milagrosa: viví en mi cuerpo una curación que a día de hoy sigue siendo un misterio, tanto para mí como para mis amigos médicos. (La historia de esta curación, y mi visión de san Francisco, las cuento en mi película *El cambio*.) Aquel monje del siglo XIII había vuelto a transformar mi vida con su presencia, demostrando que cuando alguien vive desde un punto de vista realizado en Dios no existen límites en lo que puede suceder.

Con todas las notas que acumulé durante mi segundo viaje a Asís, el libro salió sin esfuerzo. Por si fuera poco, la temática de *La fuerza del espíritu* dio pie a un programa especial de la televisión pública, así que gracias a mi vocación de escribir sobre aquellas verdades de tan profundo poder transformador las enseñanzas de san Francisco penetraron en millones de hogares.

Hace años me llamó la atención una recreación ficticia de la vida del santo escrita por uno de los

grandes literatos de nuestra época, Nikos Kazantzakis: *El pobre de Asís*. Aún hoy releo a menudo esta novela excepcional, que nunca deja de arrancarme alguna lágrima, ni de aumentar mi comprensión de lo que explica.

Hace aproximadamente un año, en el transcurso de una profunda meditación, sentí de nuevo una poderosa llamada: la de llevar a un grupo de personas a tres centros espirituales europeos, a saber: Lourdes, en Francia; Medjugorje, en Bosnia-Herzegovina, y Asís, en Italia, cómo no. El nombre que pusimos al viaje fue «Experimentar lo milagroso». Ciento sesenta y dos personas de todo el mundo se inscribieron para visitar estos santos lugares, donde se produjeron auténticos milagros durante los siglos XIII, XIX y XX. En cada localidad impartí una conferencia de dos horas. Durante la primera reunión nocturna en Asís expliqué que estábamos cumpliendo la visión de san Francisco, cuyo objetivo había sido transmitir al mundo entero la conciencia de Cristo, parroquia por parroquia, ciudad por ciudad y país por país: en aquel viaje había gente de todos los continentes y representantes de todos los grupos de edad, desde adolescentes hasta octogenarios. Todas las profesiones y los credos unidos por una misma idea: ayudar a nuestro mundo a estar habitado por personas resueltas a «hacer de ellas mismas un instrumento de paz», y crear ese mundo a partir de nuestro más profundo deseo de plenitud.

Durante el segundo día de la visita (la tercera que he hecho a la divina población de Asís), los ciento sesenta y dos inscritos se congregaron en una antigua iglesia construida hace muchos siglos, en vida de san Francisco, que por aquel entonces estaba fundando la orden franciscana. Y en aquel sagrado edificio, ya cerca del final de mis dos horas de exposición, me ocurrió algo que no he sentido nunca más en mis casi cuatro décadas de conferencias. Sentí que algo se apoderaba de mi cuerpo, y me quedé sin voz. Estaba leyendo *El pobre de Asís*, de Kazantzakis, y al final me quedé paralizado. Tal cual. Mi cuerpo no me obedecía. Me eché a llorar, casi con rabia, y todo el público se levantó y tendió las manos hacia mí en silencio. Todos sabían que se estaba produciendo algo realmente metafísico. (Todo el viaje, incluidas aquella conferencia y otras dos, fue filmado; quien desee comprobar lo que digo no tiene más que ver los cuatro DVD publicados por Hay House con el título de *Experiencing the Miraculous*.)

Mientras hablaba en la iglesia, debajo de una efigie de Jesús, me hicieron muchas fotos. Al observar una de ellas, puede verse el círculo de grandes dimensiones que apareció durante aquella conferencia paralizadora en la sagrada iglesia de Asís. Más adelante explicaré más cosas de estos círculos.

Lo que puedo asegurar sin duda alguna es que volví a sentir en mi cuerpo el poder de san Francisco. No viví al santo solo en sus palabras, ni a mi alrededor, sino dentro de mí (*como yo*), mientras me dirigía a las ciento sesenta y dos personas, a quienes veo ahora como un grupo catalítico

reunido con la finalidad de cumplir un dharma colectivo nacido de una idea concebida en mi imaginación, y que se ha convertido en una fuerza activa del bien en nuestro mundo. Al recordar mi vida, y los acontecimientos que trajeron a ella a san Francisco, es evidente que en aquel momento no entendí la importancia de lo que pasaba. Me limité a hacer algo a lo que me sentía llamado. Debo decir que san Francisco no llegó a mi vida solo con un mensaje puntual que me indujese a despertar espiritualmente, sino que se apoderó de ella y cambió el rumbo que tomaba mi existencia. La mayor parte del tiempo san Francisco *vivía* en mi interior.

Voy a dejar un momento a san Francisco y a contar la presencia de otro ser luminoso que llegó a mi vida hará unos seis años.

LAO-TSÉ

En 2005 volví a familiarizarme con el Tao Te Ching, antiguo texto espiritual compuesto hace unos dos mil quinientos años por el maestro chino Lao-Tsé. De este libro, formado por ochenta y un versos cortos, han dicho algunos que es el más sabio que se ha escrito. Yo tenía un conocimiento superficial de la obra, que por lo demás distaba mucho de constituir una enseñanza importante dentro de mi vida. A los sesenta y cinco años, sin embargo, reparé en que leía y recibía constantemente mensajes del Tao Te Ching, cuya traducción aproximada sería «el libro de vivir la virtud del gran camino».

Algunos de los pasajes más citados del texto ya los conocía; incluso los había usado en libros anteriores, pero en 2005, por alguna razón, fue como si me bombardeasen diariamente con ellos. En un restaurante aparecieron en la carta varios versos del Tao. También lo oí citar en un par de programas de la tele. En una librería se habían equivocado al ordenar los libros y habían puesto una traducción del Tao al lado de uno de los míos. Un buen amigo me explicó que se presentaba a los demás como taoísta, y me habló de la paz que le aportaba, y un desconocido me envió una baraja que reproducía los ochenta y un versos del Tao junto a un dibujo de Lao-Tsé sentado en un buey, imagen que me dio la impresión de hablarme como nunca me había hablado ninguna otra.

A todo ello, una mañana, mientras meditaba, sentí el poderoso llamamiento interno de leer íntegramente el Tao Te Ching, cosa que hice el mismo día. Por la noche llamé a mi editorial y expresé mi deseo de escribir un texto corto sobre cada uno de los ochenta y un versos, en los que explicaría cómo aplicar las antiguas enseñanzas de Lao-Tsé al mundo actual. Deseaba publicarlos en un solo volumen con el título *Nuevos pensamientos para una vida mejor*. A partir de ese momento empecé a sentir que mantenía con Lao-Tsé la misma relación que me unía a san Francisco desde hacía una década, poco más o menos. En mis meditaciones matinales comencé a oír que me hablaba

con su propia voz.

Cuando lo comenté en mi programa de radio semanal en HayHouseRadio.com, una artista llamada Magali me explicó en directo que había generado una imagen de Lao-Tsé durante un frenesí de pintura automática, y prometió mandármela. El cuadro llegó el día siguiente, por un servicio de paquetería, y me pasé literalmente todo el año 2006 hablando con él.

Cada semana me pasaba cuatro días y medio estudiando, meditando, intelectualizando y analizando un verso del Tao Te Ching. A mediodía, después de meditar en compañía del cuadro de Lao-Tsé, me limitaba a dejar fluir las palabras en la página. Comulgué con Lao-Tsé durante todo 2006, contemplando su retrato, cuyos ojos parecían seguir mis movimientos por el espacio donde escribo; pero lo más importante es que dejaba fluir las palabras a través del corazón hasta posarse en la página.

El año durante el que me impregné del Tao Te Ching cambió radicalmente mi vida. Aprendí y practiqué sus mensajes esenciales de humildad, misterio vivido, satisfacción, sencillez, serenidad y búsqueda de Dios en la naturaleza, y no en ninguna ortodoxia. La compañía de Lao-Tsé se hizo constante, y el Tao Te Ching me orientó hacia una forma de vida más iluminada. No solo a mí, sino a millones de personas: la radio pública —el Public Broadcasting Service (PBS)— me permitió exponer la esencia de las antiguas enseñanzas de Lao-Tsé en un programa benéfico que se emitió miles de veces (a menudo en *prime time*) en las principales emisoras de Estados Unidos y Canadá. Por algún misterio que solo conocían el Tao invisible o la Mente Única Divina, me convertí en un instrumento para que esos mensajes tan poderosos llegasen a un número elevado de personas veinticinco siglos después de la muerte de Lao-Tsé.

San Francisco y Lao-Tsé, y las enseñanzas de ambos, siguen teniendo un peso enorme en mi vida cotidiana, pero, más allá de su importancia como maestros espirituales, el caso es que sus apariciones en mi vida han incidido en las de innumerables personas, incluido tú, que te embarcas ahora en la lectura de este libro.

LA CARTA DE BRENDA

Voy a hablar de una carta excepcional que recibí hace pocos días, mientras me disponía a escribir las páginas introductorias de *Todo lo que puedas imaginar*. Te pido que la leas sin prejuicios, y que una vez leída me permitas explicarte la importancia que reviste para ti al empezar la lectura de este libro.

Querido doctor Wayne:

Los milagros existen. Me siento obligada a contarle una experiencia que tuve hace poco, porque fue usted uno de los protagonistas del milagro que viví.

Hace varios meses oí hablar de su viaje «Experimentar lo milagroso» y tuve la seguridad de que debía participar. Estoy viviendo momentos complicados; mi vida está pasando por un cambio profundo, y por eso la logística de embarcarme en el viaje por Europa habría necesitado de un milagro. Aun así, no me cerré a nada. Expuse en voz alta mi propósito. Dije: «Quiero vivir lo milagroso con el doctor Wayne», y lo dejé en manos de Dios.

Pasaron unos meses. Como mi situación tardaba mucho en cambiar, no reservé plaza en el viaje. Pero seguí teniendo fe, y la seguridad de vivir con usted lo milagroso, aunque la realidad insistiera en que era «poco probable». A principios de abril mi apretada agenda me llevó a Kelowna, en British Columbia, con mi hija de catorce años, Emily, que participaba en un festival de canto. Son ocho horas en coche desde donde vivo, pero Emily es una apasionada de la ópera, y fue todo un placer darle la oportunidad de ir a Kelowna para trabajar con un grupo de expertos. Como resulta que allí viven mis padres, los llamé para avisarlos de nuestra llegada.

Estuve hablando unos minutos con mi madre para decirle cuándo llegaríamos. Mientras hablábamos de varios temas, oí al fondo la voz de mi padre, que mascullaba algo. Mi madre me tradujo sus palabras: «Dice tu padre que el martes por la noche estará en Vernon el doctor Wayne Dyer, y que si quieres verlo». En fin... Después de recoger el teléfono del suelo (y levantarme también yo), le pregunté a mi padre si me acompañaría. Después compré entradas por internet. No hace falta que le diga cuánto me emocionó que Dios tuviera la bondad de llevarlo a usted hasta mí, en vez de llevarme a mí hasta Europa.

Llegó la noche de la conferencia. Me senté en la fila 14, impaciente. En el momento en que salía usted al escenario y empezaba a hablar pasó algo raro. Ya me había ocurrido una vez antes, al ver aparecer un halo enorme de luz alrededor de un niño que cantaba el Ave María. Era la misma luz que lo envolvía a usted. Esa luz seguía sus movimientos por el escenario, sin despegarse ni un momento de usted. Pensé que podían ser los focos, o el ambiente del pabellón, pero la presentadora no tenía ningún halo.

Después pasó algo todavía más raro, doctor Wayne: estaba usted hablando sobre san Francisco y se transformó ante mi vista. Llevaba una túnica larga, y sus facciones habían cambiado de tal manera que era usted san Francisco. Solo duró un momento, pero fue algo potente, emotivo y muy, muy real.

Lo que sucedió luego resultó aún más extraño. Empezó a hablar sobre Lao-Tsé... ¡y se convirtió en él! Le caía por la espalda una trenza muy larga, y vi que su cara se transformaba en la de Lao-Tsé. Fue tan solo un instante como en el caso anterior, pero es una experiencia que nunca olvidaré.

Durante el intermedio mi padre fue al lavabo y yo me levanté para estirar las piernas (y secarme los ojos). Al sentir una mano pequeña y caliente dentro de la mía, bajé la vista y vi a una mujer muy vieja, con una sonrisa maravillosa, que me instaba a sentarme a su lado. Lo hice. Ella me miró a los ojos. Me explicó que me miraba tanto porque yo irradiaba luz, y tenía la sensación de estar viendo a un ángel. Yo no podía apartar la vista de sus ojos. Pensé que la conocía de algo, porque reconocía aquellos ojos verdes y brillantes. Nos pusimos a hablar. De vez en cuando decíamos lo mismo al mismo tiempo, como «somos todos iguales», «solo existe el amor» y otras frases profundamente espirituales. Parecía un sueño. De repente, sin que nos diéramos ni cuenta, volvió usted al escenario y obró su magia. Decidí que necesitaba mantener el contacto con aquella mujer, y me propuse pedirle su nombre y su teléfono después del espectáculo, pero, a pesar de mis buenas intenciones, al final, cuando nos levantamos para irnos, ya no estaba. Me sorprendió, porque había estado sentada a dos butacas de distancia y yo no había visto que se fuera.

Mi padre y yo nos marchamos. Al salir del aparcamiento dando marcha atrás me vi en el retrovisor y fue cuando entendí dónde había visto antes aquellos ojos verdes y brillantes.

¿Imposible? Puede que sí... o tal vez no. No tengo explicación para nada de lo que me pasó durante aquella noche, pero cada día doy gracias por haber podido «experimentar lo milagroso» con el doctor Wayne de una forma tan excepcional y tan valiosa.

Namaste,

BRENDA BABINSKI

Si te ha extrañado lo de los «ojos verdes y brillantes», que sepas que a mí me parece de lo más normal, porque conservo muy vivo el recuerdo de cuando Marcelene, la madre de siete de mis hijos, me contó la experiencia de dar a luz a su primogénito, Shane. Estaba en el hospital, con dolores de parto ya que se negaba a que la anestesiaran. Entonces llegó una enfermera muy pelirroja que le secó

la frente, le explicó con palabras tranquilizadoras y cariñosas cómo tenía que respirar y se quedó con ella durante todo el parto. El día siguiente, al preguntar por aquella enfermera tan maravillosamente atenta, a quien quería dar las gracias, le dijeron que en el hospital nunca había trabajado nadie que se ajustase a aquella descripción. La ayuda de un ángel, tal vez... Por otra parte, el encuentro de Brenda con la viejecita también pudo ser un encuentro con su yo supremo (*véase* el capítulo 3).

Si reproduzco aquí la carta de Brenda, al principio del libro, es para que entiendas las posibilidades que se abren cuando empiezas a asumir la sensación de un deseo cumplido, tal como detallo en el capítulo 6. Mi primer pensamiento al leer las palabras de Brenda salió directamente de mi ego, que afirmó: «Es probable que en dos de tus vidas anteriores hayas sido Lao-Tsé y san Francisco. ¿Por qué no? Piensa en lo importante que eres, y en todo lo que haces para que en este mundo haya más iluminación espiritual». Más tarde hablé por teléfono con la escritora Anita Moorjani y le leí la carta. Anita, que estaba en Hong Kong, descartó de un plumazo las ideas surgidas de mi ego. Dijo que su vivencia del «otro lado» le había dejada muy clara una cosa: que todo ocurre a la vez. No hay pasado ni futuro; todo es uno y ahora. También me dijo que la explicación más aproximada que podía darme es que todas las vidas son paralelas.

Comprendo que es desconcertante plantearse la idea de que no existan ni el pasado ni el futuro, ni haya una conciencia lineal, sobre todo cuando el cerebro (que es lo único de lo que disponemos para hacernos ese planteamiento) pertenece a un cuerpo que es lineal y sí que tuvo un principio, como tendrá un final. Esta idea de que todo sucede al mismo tiempo es simplemente uno de los grandes misterios de la vida, pero el caso es que en sueños, o en algún que otro momento de meditación profunda, yo he vislumbrado esta no linealidad. Te aconsejo que leas el libro de Anita, *Morir para ser yo*; tal vez te ayude a entender un poco más cómo se le apareció la ahora-unicidad al embarcarse en su viaje curativo a partir de un pronóstico de muerte segura.

Durante la lectura de este libro te aconsejo que prestes atención a lo importante que es poder *sentir* físicamente lo que se desea poner de manifiesto. Atiende en especial a lo que significa *conocer* en tu interior que en realidad eres un ser divino, aquí, en la Tierra, en este mundo material. En las siguientes páginas subrayaré más de una vez la importancia de que tu imaginación cree una vida de deseos cumplidos. Ahora bien, la imaginación es un ámbito estrictamente controlado por tus procesos de pensamiento: una vez que introduzcas en ella un pensamiento sobre cómo quieres ser, te insto a vivir de ese momento en adelante como si el deseo ya se hubiera materializado físicamente.

Es lo que he estado haciendo yo con ambas enseñanzas, la de san Francisco y la de Lao-Tsé: vivir intelectualmente sus mensajes, escribir sobre ellos, dar conferencias al respecto, analizarlos e interpretarlos, todo ello en mi imaginación. A estas alturas de mi vida, sin embargo, ya he ido más

allá de mi intelecto en lo que se refiere a las doctrinas de estos divinos maestros. Aquella tarde en Vernon, al subir al escenario, y en Asís, al dirigirme al público y sentirme obnubilado por la presencia de san Francisco, los *sentía* dentro de mi cuerpo y vivía sus mensajes como si fueran yo (o, dicho de otro modo, *asumía la sensación del deseo de conocer sus verdades como algo ya cumplido*). Cuando se es capaz de sentir con apasionamiento lo que se desea tener o llegar a ser, se convierte uno en ello, y ello en uno, siempre a condición de que no haya ninguna discordancia respecto a nuestro yo supremo, es decir, Dios.

Enseñar estos mensajes tan profundos es para mí mucho más que un ejercicio intelectual: los siento, como observó Brenda Babinski en el fugaz momento en que me vio transfigurado sobre el escenario. Si lo imaginas, si lo vives como si fuera tu realidad, si no permites que nada te detenga, pero sobre todo si asumes ese sentimiento, te fundirás con él y se fundirá él contigo, de modo que ya no será una dualidad, sino la fusión de tu ser con lo que deseas.

Aquella misma noche, durante la firma de libros en el escenario, Brenda vino a verme. Todo el estadio de hockey estaba lleno de círculos, como si confirmasen que las verdades de san Francisco y de Lao-Tsé convergían en una sola al asumir yo el sentimiento de ambas en el centro de mi ser. Los círculos también aparecen en las fotos de la iglesia de Asís, donde sentí en mi cuerpo la presencia de san Francisco al estar donde había vivido él, y hablar donde había hablado él. Yo no creo que el hecho de que una espectadora me viera transformado en estos grandes maestros sea indicativo de que yo haya tenido una vida como la de ellos hace muchos siglos. Sé que cuando empiezas a ir más allá del intelecto y a sentir la presencia de lo que más deseas como un hecho ya presente, y lo adoptas como base vital, con una pasión sin cortapisas, te fusionas con él y comprendes que las leyes del mundo material no son aplicables en presencia de los que se han realizado en Dios.

NICOLLETTE

He decidido contar otra historia, aquí, al principio de *Todo lo que puedas imaginar*; una historia que resalta lo más importante de este libro: que dentro de todos existe una chispa divina, llamada «soy el que soy», y que cuando esa chispa se enciende y se alimenta puede hacer milagros a una escala asombrosa.

En mayo de 2011, durante un paseo junto al mar en Maui, conocí a un grupo de mujeres con el que iban una madre y su hija de veinte años. Linda, la madre, me reconoció, y conversamos un momento. Al mirar a su hija, Nicollette, me di cuenta enseguida de que sufría algún tipo de parálisis facial que le distorsionaba las facciones. Era como si en toda la mitad izquierda hubiese desaparecido cualquier actividad muscular. Algo me impulsó a tocarle la cara y a preguntarle qué le había pasado.

Fue el principio de una larga historia que con permiso de ambas he decidido contar aquí, en este libro, como muestra de las posibilidades que se abren cuando usamos el poder inherente a nuestra propia esencia (llamado «presencia Soy») para cumplir nuestros deseos de filiación divina.

Sentí el impulso de invitar a mi casa a todo el grupo de mujeres, y de hablar con Nicollette sobre las enseñanzas de deseos cumplidos que estaba transmitiendo y poniendo por escrito diariamente desde hacía varios meses. Estuve con ella aproximadamente una hora, mientras su madre, su abuela y dos de sus amigas se mantenían algo retiradas. Durante ese tiempo sentí en el cuerpo que algo portentoso y místico me infundía energías, no solo a mí, sino al conjunto de la sala.

Después de hablar con Nicollette, insistí en que pasase una hora con mi amiga Kate MacKinnon, una terapeuta craneosacral que me dispensaba tratamientos de CST (terapia craneosacral). Como estaba citado con ella al día siguiente, le cedí la consulta a Nicollette. A continuación reproduzco dos descripciones de los hechos. El primero es la carta de Linda a Kate sobre su interpretación de la experiencia.

Hola, Kate:

Quería decirte que antes de ir a Hawái Nicollette no sabía nada de Wayne Dyer. Es una universitaria que dedica todo el tiempo a clases, a trabajos, a estudiar y a fiestas. Nunca ha estado en ninguna conferencia de Wayne, ni ha leído ninguno de sus libros. De hecho sigue sin saber gran cosa, aunque ha empezado *El poder de la intención*.

El sábado llegué a Hawái con mi marido Gordon y mi hijo Jason. Al día siguiente Nicollette me llamó desde Victoria y me dijo que había tenido un extraño dolor de cabeza por la noche, y que se le estaba quedando dormida la parte izquierda de la cara. Le costaba sonreír por un lado. Estaba preocupada. Me mandó una foto por el móvil. Nosotros le dijimos que fuera rápidamente a urgencias, para que le echasen un vistazo. ¡Podía ser un derrame, o algo así! Nicollette no quiso ir; decía que tenía demasiado trabajo, que debía preparar los exámenes finales y que no se encontraba bastante bien para ir. Yo insistí en que necesitábamos una valoración profesional. Al final fue y la atendieron enseguida para hacerle una serie de pruebas.

Más o menos una hora después me llamó para decirme que le habían diagnosticado una parálisis de Bell grave, de causa desconocida. Los médicos tenían sus teorías, pero les desconcertaba no observar ningún otro efecto físico de los que provoca este tipo de parálisis. Le pusieron medicación antiviral profiláctica y altas dosis de prednisona. Al no haber peligro de muerte, le dijeron: «Perdona, pero no podemos hacer nada más; ya se irá viendo», y la mandaron a su casa.

Nicollette estaba fuera de quicio. Nos llamó desesperada. Nosotros le propusimos que se viniera a Hawái, siempre que los médicos no tuvieran nada en contra, o que cogería yo un avión e iría a verla. Los siguientes dos días se los pasó yendo de un médico al otro para asegurarse de que podía viajar. Llegó a Hawái el martes.

Cuando llegó nos dimos cuenta de que la parálisis se había agravado. Progresaba, estaba claro. A partir de entonces empeoró durante varios días. Yo, que estaba en contacto con nuestro médico de cabecera, le mandé otra foto de Nicollette con la parálisis en su apogeo, y él me dijo que por lo que se veía en la foto era un caso grave. Nos dijo que nos preparásemos para la posibilidad, muy elevada, de que solo se recuperase parcialmente... ¡o nada! Por si fuera poco, este tipo de parálisis (Ramsay Hunt) puede ser muy dolorosa y tener unos efectos secundarios tremendos, por las lesiones nerviosas.

A petición del médico fuimos a la farmacia más cercana y compramos parches para todo el ojo y unos lubricantes oculares, para que no se le ulcerase el ojo izquierdo, que ya no se cerraba.

Pasó una semana, día más, día menos. La parálisis seguía igual, sin movimiento ni sensaciones gustativas en la mitad izquierda de la lengua. Era como si ya no tuviera nervios en la ceja izquierda. No se le cerraba el ojo. También estaban afectadas la aleta de la nariz y la boca. A Nicollette le costaba masticar. Estaba agobiada, angustiada y con muchos dolores.

Fue entonces cuando intervino el universo y conocimos al doctor Wayne Dyer durante el paseo.

Estuvimos cerca de una hora en casa de Wayne, que se concentró totalmente en el estado de ánimo y en la curación de Nicollette. Tras oír que tenía la capacidad de curarse ella misma, Nicollette quiso hacerlo enseguida, pero no sabía acceder a la fuente de esa curación. Wayne le puso las manos en la cara y le dijo varias veces las mismas palabras hasta que lo entendió: «¡Ya no estoy paralizada!». Mis amigas, que estaban al fondo de la sala, lloraban. Mi madre estaba alucinada. Al irnos de su casa, Wayne insistió en que era necesario, imprescindible, que Nicollette viera a su terapeuta craneosacral al día siguiente, y al ser un caso urgente le cedió su cita. Hizo las gestiones necesarias.

Nicollette acudió a la sesión de terapia con mucha gratitud, y con la nueva idea de que se curaría, pero uno de los obstáculos, dijo, era que no podía ponerse en situación de «dejarse ir y dejarlo en manos de Dios», porque estaba en modo de lucha o huida. «¿Cómo voy a ponerme en un estado de relajación física y curarme, si no sé relajar el cuerpo?»

Recuerdo que te expuso sus temores, y que tú la entendiste. Le preguntaste (como ya le había preguntado Wayne) cómo era su vida antes de que le pasara todo aquello, y ella dijo: «Nada, todo bien. Estaba estudiando para los finales de económicas y de informática. Al mismo tiempo tenía que pintar un cuadro para el taller de arte y escribir una redacción sobre él. Mi compañera de cuarto está a punto de marcharse. También tengo muchas ganas de saber si me aceptarán en la McGill University de Montreal. Son muchas cosas, pero puedo con todo».

Tú le dijiste: «Nicollette, no es poca cosa, es mucho. En tu caso se ve que el pensamiento y el estrés provocado por el pensamiento pueden afectar al cuerpo. Es la conexión mente-cuerpo, o mejor dicho, la desconexión».

Al volver a Vancouver, Nicollette y yo fuimos a ver a nuestro médico de cabecera, que le dijo a mi hija que su caso era «muy moderado», aunque a juzgar por su expresión y por lo que me había dicho por teléfono en Hawái en realidad era grave. Nicollette se dio cuenta. Ella era consciente de la gravedad, pero no le importaba, porque desde su punto de vista se estaba curando. Entonces nuestro médico nos dio estadísticas sobre los grados de recuperación y nos mentalizó sobre que este tipo de parálisis puede tardar dos años o más en pasar, si es que pasa. Nos dijo que pidiéramos hora cuatro semanas después, y que entonces derivarían a Nicollette a un neurólogo.

No estoy del todo segura de cuándo mejoró de manera visible, porque volvió casi enseguida a la Universidad de Victoria para recuperar el tiempo perdido en Hawái en relación a los estudios. Volvió confiando en seguir adelante. Después de lo que había dicho el médico y teniendo en cuenta que seguía paralizada, me sorprendió que se separase de nosotros y volviera enseguida a la vida universitaria.

En todo caso, al margen de lo que pudiera pensar o decir yo, Nicollette siempre me decía lo mismo y con la misma convicción: «¡Mamá, que no lo entiendes! ¿No oíste lo que dijo Wayne? Estoy curada y sin parálisis. ¿No oíste que yo también lo decía? ¿Cuál es la parte que no entiendes? ¡Estoy curada, lo que pasa es que tú y el resto del mundo aún no lo veis!».

Cuatro semanas después la parálisis había desaparecido.

Namaste,

LINDA

Quizá te suenen raras, por no decir absurdas, las expresiones «Estoy curada» y «Ya no estoy paralizada» que pronunció Nicollette cuando los datos físicos indicaban todo lo contrario, pero te aseguro que lo entenderás a medida que leas *Todo lo que puedas imaginar*.

La segunda descripción son los recuerdos de Nicollette en una carta a la terapeuta craneosacral, Kate MacKinnon.

Hola, Kate:

Muchísimas gracias por contarle a mi madre lo del programa de hoy del doctor Dyer en la radio. Lo he escuchado esta noche con mi familia y te estoy muy agradecida por habernos permitido oír cosas tan maravillosas. Ha sido una experiencia increíble, de verdad. No tengo palabras para agradecerte todo lo que has hecho.

Al principio, cuando me diagnosticaron parálisis de Bell el primer día de primavera, lo único que me pasaba es que no podía mover el lado izquierdo del labio inferior de la misma manera que el derecho. Cuatro días más tarde ya no podía mover ninguna parte del lado

izquierdo de la cara. Ni siquiera podía cerrar el ojo izquierdo. Me lo tenía que pegar con celo cada noche. Veía que la parálisis empeoraba día a día, aunque yo pensase que mejoraría. Llegué a la conclusión de que no controlaba el lado izquierdo de la cara. Me dijeron que podía ser que nunca me recuperase, o que tardase años. Me desesperé. Estaba destrozada. Sufría.

El día antes de salir de Maui conocí al doctor Dyer. No sabía ni quién era ni a qué se dedicaba. Al enterarse de mi enfermedad, me pasó la mano por la cara y me explicó la idea de que tengo el poder de curarme a mí misma. Solo tengo que pensar en cómo me siento cuando no estoy paralizada. Me acordé de la foto que me hizo un amigo hace un año, cuando no tenía parálisis. Sonreía. Lo siguiente que le oí explicar fue que lo físico es una representación de lo que empieza en mi cabeza, en mi imaginación, de lo que quiero ser físicamente. Es de donde arrancan la manifestación y la curación. Empecé a pensar que si cambiaba mis procesos mentales y solo pensaba en conectar con la certeza de que no estoy paralizada, lo físico reflejaría mi nuevo estado mental. Después el doctor Dyer me aconsejó una sesión contigo y me dio tu número. Yo te llamé, y gracias a la generosidad y a la bondad del doctor Dyer me atendiste el día siguiente.

Justo después de conocer al doctor Dyer me costó conectar con la idea de no estar paralizada, porque veía reflejada la parálisis en todos mis actos. No podía masticar bien, ni notaba bien los sabores, ni podía pronunciar ciertas palabras sin molestias. De día siempre tenía el ojo seco, y de noche debía cerrármelo con celo después de ponerle un lubricante.

También pensaba en muchas cosas. La semana siguiente tenía dos exámenes finales que representaban más del 60 por ciento de mi nota de licenciatura, y tenía que mantener un determinado promedio para seguir en mi programa de la universidad de Victoria y conservar mis posibilidades de entrar en la McGill University. Encima solo me quedaban tres semanas para buscar piso. Tenía muchas cosas en la cabeza, y todo lo que hacía me lo incomodaba la parálisis. Me aferré al estrés. Seguía concentrada en la parálisis de Bell. No quería que tuviese una influencia negativa en mi vida, pero la tenía. El día siguiente fue el de la sesión contigo.

Me preguntaste cómo era mi vida antes de que pasara todo, y yo te dije: «Nada, iba todo bien». Tenía la sensación de gestionar bien el tiempo con mis estudios, entregando en el plazo exigido los trabajos de económicas, informática y bellas artes. Mi compañera de cuarto iba a marcharse, y yo también. Estaba impaciente por saber si me aceptarían en la McGill University. Yo era consciente de que llevaba a cabo muchas cosas a la vez, pero no acusaba la tensión. Hasta recuerdo haber pensado que debería haber sentido más estrés del que sentía.

Tú me dijiste: «Nicollette, no es poca cosa, es mucho. En este caso se ve que el pensamiento y el estrés provocado por el pensamiento pueden afectar al cuerpo. Es la conexión mente-cuerpo, o mejor dicho, la desconexión».

Me tumbé, y empezó la curación. Lo primero que hiciste fue ponerme las manos en los tobillos. Mientras tanto le hacías preguntas a mi madre: de dónde éramos, y cosas así. Fue una manera de que me sintiese a gusto, porque la situación me era desconocida; nunca pude imaginarme algo así. Al no saber cómo tomármelo, empecé a pensar en el modo de beneficiarme al máximo de la sesión. Pensé en lo que me había dicho el día antes el doctor Dyer, y en lo que había leído en el artículo de Anita Moorjani sobre la experiencia de estar al borde de la muerte. Me decía constantemente: «No estoy paralizada», y pensaba en la foto de hace un año donde salgo sonriendo.

Me preguntaste si me gustaba el mar. Contesté que sí. Me pediste que escuchase el ruido de las olas cuando rompen en la arena de la playa. Recuerdo haber oído el sonido tranquilizador del oleaje y haber mirado hacia arriba, al techo blanco. Al mirarlo, casi fue como si se me hubiera quedado todo el cuerpo insensible y ya no notara tus manos, que me estaban tocando las piernas. Al llegar a la parte izquierda de la caja torácica me preguntaste si me dolía la barriga. Yo te expliqué que cada vez que comía algo me dolía mucho toda la zona del estómago; lo atribuía a la medicación que me habían recetado para la parálisis de Bell. Pero había acabado la medicación hacía una semana y todavía me dolía. Tú te centraste en mi barriga y en mi caja torácica. Yo miraba el techo. Empecé a sentir una presión justo debajo de las costillas, pero no supe si decir algo. Entonces tú dijiste: «Si notas presión en algún sitio me lo dices».

Sentí enseguida más presión en el mismo lugar, así que te lo dije. Miraba fijamente el techo, que empezó a cambiar de colores. Tú me preguntaste de qué forma sería el dolor si tuviera forma, y de qué color. Yo dije que sería ovalado y amarillo. Tú preguntaste si el óvalo tenía nombre. No se me ocurrió nada. Entonces dijiste que podíamos llamarlo óvalo amarillo, y me preguntaste si el óvalo colaboraba conmigo. Tuve la sensación de que no, de que iba contra mí, y lo dije. Tú contestaste: «Pues eso no está bien». Estaba de acuerdo contigo aunque no lo expresé verbalmente.

Me pediste que hablara con el óvalo amarillo y le preguntase si podíamos colaborar. Fue lo que hice. Unos segundos más tarde me di cuenta de que había desaparecido. Era como si el óvalo hubiera explotado en un millón de trozos que flotaban por todo mi cuerpo. Me fundí con él y alcancé un estado de relajación completa. Yo diría que a partir de esa experiencia me ayudaste a darme cuenta del

control que poseo sobre mi propio cuerpo. Me ayudaste a establecer la comunicación entre mi mente y mi cuerpo. Entré en contacto con la idea de que mi mente y mi cuerpo eran una sola cosa.

Recuerdo que oía las olas y me repetía: «No estoy paralizada». Llegaste a mi cabeza. Sentí tus dedos justo al principio de la columna, donde empieza el cuello. Me pareció que dejabas los dedos un momento en el mismo sitio. Después sentí el contacto entre la base de mi espalda y la superficie en la que me apoyaba. Sentí como si hubiera salido de mi cuerpo lo que en todo aquel tiempo me había incomodado tanto. Respiré profundamente, y tengo muy vivo el recuerdo de la facilidad con que entró el aire. Al notar la libertad con que entraba y salía el aire, me sentí conectada con mi cuerpo.

Después te centraste en el lado izquierdo de mi boca y estuviste unos minutos con los dedos al final de mis muelas, las de arriba a la izquierda. Luego me tocaste el lado izquierdo de la cara. Yo estaba relajada, y me veía sonriendo. Me abrí a la idea de que ibas a ser la catalizadora de mi proceso curativo. Me pediste una palabra que ayudara a curarme, y el color que necesitaría. Me salió la palabra «sentir», y un color azul claro. Te los repetí.

Entonces me pediste que sintiera tu mano en la cara e imaginase esta última como una esponja que absorbía tu energía. Visualicé cómo se contraía la esponja azul. Sentí tu mano en mi cara, efectivamente. Tuve una imagen mental de la esponja y me dije: «Ya no estoy paralizada». Cuando imaginaba la esponja, sentía tu mano y oía las olas del mar estaba en un estado de total relajación. Me sentía una con mi cuerpo; notaba que lo controlaba y que sonreía sin estar paralizada.

Me pareció que dejabas tus manos en mi cara cinco minutos, aunque mi concepto del tiempo en aquella sesión podría ser erróneo. Después apartaste la mano de mi cara y abrí los ojos. Me mirabas. Me preguntaste cómo me encontraba. No recuerdo mi respuesta, aunque estaba relajada y era consciente de lo que ocurría dentro de mi cuerpo y a su alrededor. Recuerdo que me dijiste que apretase los dientes en el lado izquierdo de la boca, y me preguntaste si me pasaba algo en la frente. (Más tarde te conté que el día antes me había dado un golpe con el techo del coche al llegar a Hawái.) Me acuerdo de que me dijiste que tenía que hacer más a menudo lo que solía hacer antes para relajarme, porque aquello me curaría.

Aparte de las sensaciones que acabo de describir, en general tengo un recuerdo confuso de toda la sesión. Al final casi esperaba poder sonreír físicamente sin parálisis, pero me decepcionó un poco darme cuenta de que no. Luego, en cuestión de minutos desde que entró en mi cerebro aquella idea de desilusión, entraron otros pensamientos, pensamientos curativos. Después de ponerme los zapatos que me había quitado antes de la sesión, me di cuenta de que experimentaba una sensación rara en el cuerpo, algo físico: estaba claro que algún cambio se había producido. Tuve una sensación de paz. Supe que mi sufrimiento había terminado. Ya no estaba físicamente incómoda, sino llena de entusiasmo y energía. Sabía que me estaba curando. Lo sabía.

Durante varias semanas seguí pensando en lo que habías dicho, lo de que una se cura al relajarse. Por eso cada vez que notaba que me hablaban mis sentidos para convencerme de que aún padezco una parálisis facial grave (por ejemplo al no pronunciar bien ciertas palabras cuando hablaba con mi madre justo después de la sesión), pensaba en la esponja azul claro y en la sensación de tu mano en mi cara. Cada vez que pienso en la esponja vuelvo a aquel espacio de relajación total y desaparecen de golpe todas las sensaciones de dolor y de incomodidad en mi cuerpo. Oigo que el ruido de las olas ensordece lo que me dicen mis sentidos, y lo único que queda en mi cerebro es la imagen donde sonrío. Al irme de Maui tuve una sensación y una imagen de curación abrumadoras. ¡Ya no estoy paralizada, ya no estoy paralizada, ya no estoy paralizada!

NICOLLETTE

A las diez semanas de mi primer y único encuentro con Nicollette, tenía programada una conferencia vespertina en Canadá, en el Jubilee Auditorium de Calgary, Alberta. Linda ya me había llamado para hacerme saber que a su hija se le había pasado del todo la parálisis, y que aquella experiencia había supuesto un cambio radical de rumbo en toda su misión vital.

Llamé a Nicollette por teléfono. Estaba entusiasmada. Me contó lo bien que le sentaba haber aprendido a los veinte años que llevaba dentro aquella presencia increíble del *yo soy*, y me dijo que tenía ganas de contarle a todo el mundo aquel descubrimiento tan profundo. Yo la invité a venir con su madre a Calgary y a contar su experiencia ante un público de miles de personas; y lo hicieron,

vaya si lo hicieron.

Nicollette tardó muy poco en cautivar a los espectadores con pruebas reales y en 3D de todo el contenido de mi conferencia de esa noche. Al bajar del escenario (con el público en pie), me dio una tarjeta con dos fotos impresas. En la foto donde salimos los tres en Hawái (Nicollette, Linda y yo) el lado izquierdo de su cara está paralizado. En la otra foto, lleva un vestido muy bonito y sonrío, sin parálisis... ¡y con un círculo muy claro sobre el hombro izquierdo! El texto de la postal es el siguiente: «Un deseo cumplido. Con amor, Nicollette y Linda».

Al seguir con la lectura de este libro, que para mí ha supuesto un viaje milagroso, ten en cuenta que no aspiro a llevarme ningún mérito por lo que explica. En eso me recuerda a la película de 1977 *¡Dios mío!*, cuando Dios, interpretado por George Burns, dice algo así como que si quieres un milagro intenta hacer un pez desde cero. Esa capacidad solo la tiene la presencia Soy.

Todo el mérito se lo atribuyo a esa presencia, y te insto a comprender que también tú puedes tener acceso a ella. Hazlo. ¡Desde cero!

Con amor,
WAYNE DYER

PRIMERA PARTE

Tus aspectos superiores

Una parte de mí sospecha que soy un fracasado, y otra piensa que soy Dios todopoderoso.

JOHN LENNON

Cambiar el concepto del yo

La salud, la riqueza, la belleza y el genio no se crean; solo se manifiestan a través de tu disposición mental, es decir, de tu concepto del yo, y tu concepto del yo es todo lo que aceptas como cierto y a lo que como tal das tu consentimiento.¹

NEVILLE GODDARD

Hay un nivel de conciencia a tu alcance que es probable que ignores. Se extiende hacia lo alto y trasciende el nivel habitual al que estás acostumbrado. En este nivel superior de existencia, al que tienes acceso (como cualquier ser humano que ha existido), el cumplimiento de los deseos no solo es probable, sino que está garantizado. Este capítulo no es más que una preparación para ingresar en este ámbito en el que tu influencia sobre lo que entra en tu vida supera con mucho lo que puedas haberte imaginado.

Tras dieciocho meses de aislamiento relativo, durante los que estudié, medité y experimenté literalmente en qué consiste vivir en este plano milagroso de la existencia situado más allá de todo lo que cabe etiquetar como «corriente» o «normal», he emprendido la gozosa labor de escribir sobre el cumplimiento de los deseos. He visto con mis propios ojos que casi todos los deseos en los que he depositado mi atención han pasado de ser un pensamiento mental a ser un hecho objetivo.

Lo que propongo, sin embargo, no es memorizar ninguna fórmula esotérica que conduzca a un nirvana teórico. Lo que subrayo a lo largo del libro es que se trata de una manifestación *real*, y que ocurre cuando tomas la firme decisión de cambiar tu manera de verte a ti mismo y de lo que puedes conseguir dentro de esos paréntesis en la eternidad que reciben el nombre de «tu vida».

Te invito a ser receptivo a una idea nueva y radical de tu persona; radical porque desde el momento en que sales del útero materno has estado sometido a un condicionamiento cultural, cuya intención era ayudarte a no desear otra cosa que una «vida normal» en el plano de la conciencia común, lo cual suele significar la aceptación de lo que trae la vida. En muchos aspectos te han programado para creer que careces de los conocimientos y de las facultades necesarias para llevar a cabo el cumplimiento de tus deseos.

En estas páginas introductorias digo lo siguiente, tan claramente como sé decirlo: *Existe un plano de conciencia en el que puedes optar por vivir, y en el que a condición de estar dispuesto a cambiar tu concepto de ti mismo como ser corriente puedes ver cómo se cumplen todos los deseos que albergas respecto a tu persona.* A lo largo de este libro profundizaré contigo en lo que he

estudiado, aprendido, interiorizado, practicado y vivido (sí, vivido) en torno a los poderes de manifestación. El primer paso es cambiar el concepto que tienes de tu yo.

Quiero dedicar unas palabras a estos dos conceptos, el de lo común y el de lo extraordinario.

Lo común es... pues eso, muy común. Significa hacer todo lo que tu cultura y tu familia te han programado para que hagas. Consiste en adaptarse, estudiar mucho, acatar las normas, atender a las obligaciones, rellenar los formularios, pagar los impuestos, buscar trabajo y hacer lo que hacen todos los ciudadanos respetuosos con la ley. Después te jubilas, juegas con tus nietos y al final te mueres. Quiero subrayar que este guión no tiene nada de malo, en absoluto; está muy bien, pero si a ti te resultase totalmente aceptable no estarías leyendo este libro.

Lo extraordinario comprende casi todo lo común, puesto que todos vivimos en el mismo mundo físico. Habrá formularios que cumplimentar, leyes que exijan tu obediencia, facturas que pagar y obligaciones familiares que atender. La conciencia extraordinaria, sin embargo, se vincula con tu alma, esa energía invisible e ilimitada que mira desde detrás de tus globos oculares y posee unos intereses muy distintos a los de tu yo común.

El ideal de tu alma, lo que anhela, no es saber más. A ella no le interesan las comparaciones, ni ganar, ni la luz, ni la posesión; por no interesarle, no le interesa ni la felicidad. El ideal de tu alma es el espacio, la expansión, la inmensidad, y si algo necesita es tenderse a lo infinito y abarcarlo. ¿Por qué? Pues porque tu alma es el propio infinito. No tiene restricciones, ni limitaciones; se resiste a que la confinen, y se apena cuando intentas contenerla con normas y obligaciones.

Tu yo invisible es extraordinario porque es un fragmento del alma universal, que es infinita. La parte de tu ser que conoce la grandeza que hay en ti, la que se siente estimulada por la idea de expandirte y prescindir de todas las limitaciones: de eso trato aquí, en *Todo lo que puedas imaginar*. He ahí tu nuevo concepto del yo, un concepto inspirado en tu alma.

Vamos, pues, a echar un vistazo a esta idea. Después analizaremos lo que hay que hacer para que tu concepto del yo esté en consonancia con la forma en que deseas vivir, y el poderoso papel que puedes empezar a adoptar como cocumplidor de todos tus deseos racionales/sensibles.

¿QUÉ ES EL CONCEPTO DEL YO?

Para decirlo simplemente, tu concepto del yo es todo lo que consideras cierto; y todo lo que consideras cierto acerca de ti mismo te ha hecho estar exactamente donde vives y respiras cada día de tu vida. Las creencias que albergas sobre tu persona son como los ingredientes de una receta que usas para crear tu concepto del yo. Dichos ingredientes o creencias se dividen en dos categorías específicas: tu concepto externo del yo y tu concepto interno del yo.

TU CONCEPTO EXTERNO DEL YO

Dentro de estos ingredientes está todo lo que aceptas como cierto acerca de lo que es capaz de hacer tu yo físico. Probablemente estés de acuerdo en que tu concepto externo del yo precisa de una determinada cantidad de agudeza intelectual: inteligencia, pero sin llegar a la genialidad. Más capacitación en algunos ámbitos que en otros, como el conocimiento tecnológico. Tal vez le añadas ciertas facultades para la escritura, pero detectes más fluidez con los números y la resolución de problemas matemáticos que talento para la prosa. Tus creencias sobre el yo externo pueden ser fuertes y avezadas en algunos ámbitos, pero con una incapacidad o debilidad equivalentes en otros. Es más que probable que tengas un marco conceptual sobre tu grado de inteligencia, y que hayas albergado esa creencia desde que eras pequeño, en la escuela primaria.

Tu concepto externo del yo incluye todo lo que crees sobre tus talentos y facultades innatos y aprendidos. Tus creencias sobre tu torpeza, coordinación, desempeño deportivo y talentos musicales y artísticos constituyen una lista parcial de los ingredientes que forman la receta de tu yo. Estos descriptores también son válidos para cualquier otro aspecto del yo externo. Tu concepto externo del yo incluye tu manera de verte en relación con la salud, tu inmunidad o propensión a las enfermedades. Sabes si eres propenso al sobrepeso o a la adicción a diversas sustancias como el azúcar, la cafeína, la grasa, la carne, los lácteos, etc. Te defines como propenso o inmune a resfriarte, con tendencia a engordar, con inclinación a las irritaciones cutáneas o predispuesto a necesidades bajas de energía o elevadas de sueño.

Lo importante, aquí, es que tu concepto externo del yo viene a abarcar todo lo que consideras que es capaz o incapaz de hacer tu cuerpo. Si te pusieran un test de los de verdadero o falso acerca de ti mismo, podrías decir con seguridad: «Sí, todo esto en mi caso es verdad». Son las creencias (los ingredientes) que usas para crearte.

Además de tu intelecto, facultades y rasgos corporales, sazona tu concepto externo del yo con los rasgos de tu personalidad. Sabes si eres firme o cohibido, ruidoso o tranquilo, mandón u obsequioso, temeroso o valiente, atrevido o asustado... Y todo esto es solo una lista parcial de descriptores, o especias, de la personalidad. Estas características individuales se interpretan como tópicos que definen tu persona y tu funcionamiento en sociedad.

Podría seguir detallando el resto de los ingredientes que participan en la confección de tu concepto externo del yo, pero he optado por un libro corto, sucinto y que vaya al grano. A estas alturas me limito a animarte a reconocer que tu concepto del yo contiene un sinfín de descriptores relativos a eso que llamas cuerpo físico, y que probablemente consideres esos descriptores como verdades absolutas.

En nuestra cultura puede ser bastante difícil adquirir esta categoría en proporciones óptimas. En el concepto interno del yo entran tus creencias sobre la energía invisible y la inteligencia que forma la parte más significativa de tu ser. A este mundo interior me he referido con frecuencia como «el alma dentro de la máquina». La máquina de mi conceptualización es tu cuerpo, con sus cinco sentidos, así como los componentes físicos que integran ese cuerpo. Los tejidos, huesos, corrientes de fluidos, órganos, dientes, cerebro y demás forman la máquina, y dentro de ella hay un *yo* invisible al que llamas *mente* o *espíritu*, formado por pensamientos que la gobiernan.

Una vez hablé con un neurocirujano que puso en duda la presencia de este mundo invisible diciendo que él había diseccionado miles de cuerpos sin ver jamás un alma. Recuerdo su mirada de perplejidad cuando le pregunté si había visto alguna vez un pensamiento al hurgar en un cerebro.

Es obvio que en tu ser existen una parte interna invisible y una parte externa. Dispones de una conceptualización de tu persona en la que participa esta parte invisible y sin forma de tu ser, y te haces una idea bastante concreta de lo lejos que puede llevarte la parte interna de ti mismo. Tal vez creas que tu dispositivo pensante es algo bastante extraordinario, aunque no entiendas con exactitud qué es lo que (dentro o a tu alrededor) te permite rascarte la frente, o coger un lápiz, o mover los pies en una pista de baile, o cualquier otra de las infinitas órdenes que es capaz de vehicular tu mente cada día a lo largo de tu vida.

También tienes un concepto del yo respecto a lo que no puede hacer tu alma energética interior. ¿Tiene la capacidad de curarse de una enfermedad grave con el pensamiento, o eso solo son chorradas? Tu inteligencia invisible, tu imaginación, ¿pueden realizar hazañas alquímicas? ¿Tu concepto del yo contiene el poder de realizar grandes actos de transformación, incluso mágicos?

Tu concepto del yo es la mezcla de tus creencias sobre tu conexión con un poder más alto. Algo coliges sobre la existencia o no de Dios. Tienes varios puntos de vista sobre lo lejos que te puede llevar la fe. La cuestión de si hay algo dentro de ti a lo que puedas recurrir para realizar actos místicos o milagrosos está teñida por tus creencias. Has adquirido creencias específicas sobre el poder de tu mente. Por lo general, confías en poder recurrir a tu invisibilidad para llevar a cabo los actos normales de la vida, como acordarte de una lista que no ves y que tienes guardada en un rincón de tu memoria, y hacer encargos al volver del trabajo. Pero ¿qué traman tus creencias en lo relativo a la capacidad de obrar *milagros*? Curar tu cuerpo, o manifestar un alma gemela que se ha deseado mucho tiempo, ¿son ingredientes de tu concepto del yo?

Dedica un momento a analizar esa lista que no ves y que tienes guardada en el cerebro. Pregúntate: ¿Dónde está? ¿Cómo lo he puesto ahí? ¿Dónde queda el sitio al que llamo «ahí»? ¿Qué poderes utilizo al evocarlo? ¿De dónde proceden esos poderes? Es la lista de ingredientes que usas para

crear tu concepto interno del yo. A partir de ahí es posible que quieras abrirte a la existencia de otras creencias o ingredientes que desees incluir, y plantearte otras maneras de condimentar tu vida.

La cuestión es que una lista invisible implica un catálogo de milagros inexplicables que das por sentados cada día. Tu concepto interno del yo te dice lo que crees que es capaz de hacer tu mente, así como lo que es incapaz de hacer. Sabes que tu mente, ese alma invisible dentro de la máquina, es insondable, pero también *sabes* que lo que puede hacer tiene sus límites.

¿Te has planteado alguna vez cómo creas tu vida mediante esta lista de ingredientes del concepto interno del yo? Si te parece interesante contemplar algún cambio, sigue leyendo.

CAMBIAR EL CONCEPTO DEL YO

Si quieres convertirte en alguien dotado de la facultad de que se cumplan todos sus deseos, tendrás que pasar a ese nivel más alto de existencia en el que te conviertes en cocreador de tu vida, y para ello debes emprender una tarea con fama de difícil: cambiar tu concepto del yo.

Recuerda que el concepto del yo es todo lo que consideras cierto acerca de tu yo externo y de tu yo interno. Estas creencias han forjado la vida que estás viviendo ahora, en lo que llamo nivel común de la conciencia. Para pasar a ese espacio extraordinario del que trata el libro es necesario que cambies lo que consideras cierto. Puede ser un proyecto laborioso y una tarea que, a juzgar por mi experiencia, pocos están deseosos o dispuestos a emprender. Si escribo este libro es para darte orientaciones muy precisas, y ayudarte justamente a conseguirlo.

Citaré a un tal Neville Goddard, que se dirigió por escrito y de palabra a un numeroso público estadounidense como Neville a secas. Este Neville, orador famoso sobre temas metafísicos desde finales de los años treinta hasta su muerte, en 1972, escribió diez libros en los que plasmó en toda su lógica los principios mentales creativos. Su obra me ha influido muy profundamente; de hecho, hace unos años que lo considero como uno de mis grandes mentores.

Aunque a muchos les resulte arduo interpretar el estilo de Neville, a mí me parece que sus enseñanzas encajan con muchos de mis primeros textos sobre la manifestación y la cocreación. Las enseñanzas de Neville, con todo, aportan una dimensión que yo hasta ahora no me había planteado en profundidad. Al estudiar su libro *El poder de la conciencia*, empecé a fundir muchas de sus enseñanzas con las ideas de otros grandes pensadores, y revisé y perfeccioné su teología personal (que es algo único en su género) hasta obtener una práctica que considero dirigida al mundo en el que vivimos hoy en día.

Cuando les di a cada uno de mis ocho hijos un ejemplar de *El poder de la conciencia*, todos contestaron en la misma línea: «Me encantan sus ideas, papá, pero tengo que leer cada párrafo unas

cuantas veces y pararme a pensar en lo que dice. Sé que tiene razón, y veo la lógica, pero necesito que me lo expliquen más claramente, con palabras que pueda entender y aplicar». Sus comentarios alimentaron mi deseo de difundir muchas de las ideas de Neville, compatibles casi siempre con las mías, y crear una síntesis que trate sobre la capacidad de cumplir los deseos del siglo XXI.

Quiero hacerte partícipe de lo que entiendo que pueden hacer por ti las ideas de este gran maestro, como lo han hecho por mí. Sé que a él no le molestaría, porque daba plena libertad a sus alumnos y a su público para grabar sus charlas de modo gratuito. Hoy en día sus cintas siguen divulgando informalmente su mensaje, y las he escuchado al preparar este libro. Siento que Neville y yo somos almas afines, puesto que yo he seguido la misma política en toda mi trayectoria de orador, y me he sumergido en el mismo tipo de indagaciones espirituales que este gran maestro que me precedió solo por una generación.

Escuchemos la postura de Neville sobre lo que significa cambiar el concepto del yo para elevar la vida: «Si te niegas a asumir la responsabilidad de la encarnación de un concepto de ti mismo nuevo y más alto, *rechazas el medio, el único medio, por el que puede efectuarse tu redención, es decir, la obtención de tu ideal*».²

Que te quede bien claro en este primer capítulo: *un concepto más alto del yo implica adoptar nuevas verdades, y prescindir de posturas anteriores sobre lo que eres capaz de conseguir. Es la única manera de que puedas ver cumplidos tus deseos*. Por eso lo subrayo tanto al principio del libro. Tienes que empezar por sustituir tu antigua serie de verdades por la fe en la existencia de un yo más alto en tu interior, algo que quizá no te hayas planteado nunca hasta ahora.

Un concepto del yo que incluya algún tipo de límites solo puedes revisarlo tú mismo, nadie más. No lo conseguiré nada de lo que yo diga o escriba. Yo lo he hecho por mí, y puedo *ayudarte* en el camino, pero lo que abre la posibilidad de un cambio en tu interior es que seas tú quien decida cambiar. Un nuevo concepto superior del yo puede resultarte chocante, y hasta puedes rechazarlo, según la cantidad de condicionamientos que hayas absorbido a lo largo de la vida. A ti te corresponde planteártelo y reflexionar sobre ello en los siguientes dos capítulos. De momento límitate a imaginar que eres capaz de crear un nuevo concepto superior del yo. En la mayoría de los casos lo primero que aparecerá, de forma casi inmediata, será la resistencia. Te invito a reconocerla en tu interior.

SUPERAR LA RESISTENCIA

La transición desde un nivel de conciencia común hasta el nivel de la superconciencia entraña una renovación fundamental, un cambio drástico de personalidad. Son muy pocos los que están

preparados para entregarse a esta culminación de su finalidad divina. Lo que te invito a hacer, si quieres realizarte de verdad, es superar tu resistencia a incorporar *todo lo que eres* a tu vida terrenal. Posees la facultad de acceder a regiones más altas para satisfacer de manera consciente, ahora mismo y aquí mismo, y en beneficio de todos, los deseos más altos que albergas. Es como dar un salto mortal y aterrizar en una nueva realidad donde todo es posible, y donde ya no te identificas con los memes y virus culturales con los que te programaron en tu más temprana edad, como preparación para una vida corriente.

El primer paso de esta aventura tan emocionante que es cambiar el concepto del yo es estar dispuesto a morir para tu yo actual. Sí, has oído bien: renunciando a tu historia personal como árbitro de tu vida, dejas de resistirte a tu potencial más pleno. Simplemente, optas por que tu identidad ya no se construya sobre la base de lo que te han enseñado. Recuérdate que todo lo que creías cierto te ha llevado a un punto en el que ya no quieres *resistirte* a tus poderes más altos, sino que desees *explorarlos*.

Hace años leí *Piense y hágase rico*, de Napoleon Hill. El autor, si no me falla la memoria, decía que las personas que viven la vida a un nivel superior, con una riqueza que no se reduce a las ganancias monetarias, tienen una característica que las distingue: esos individuos raros y excepcionales arden en deseos de tener éxito. *Arder en deseos* es muy diferente de un deseo normal, porque quema por dentro, y una vez encendida la chispa no se apaga nunca, pase lo que pase. Yo conozco muy bien esa característica. A menudo se vive como una obsesión... y a mí en mi vida me han llamado obsesivo muchas veces. De todos modos, no ha supuesto una cruz para mí, porque siempre me ha servido para cumplir el anhelo que sentía en mi interior. Me lo imagino muchas veces como una vela interior que no llega a temblar ni en las peores circunstancias. Todas las transformaciones empiezan por un deseo ardiente de cambiar.

La convicción interna y el deseo ardiente son requisitos imprescindibles para convertirse en una persona capaz de manifestar sus deseos más íntimos. En *El poder de la conciencia* Neville enfatiza lo siguiente: «Para transformarse toda la base de tus pensamientos tiene que cambiar, pero la única manera de cambiar tus pensamientos es teniendo *nuevas ideas*, porque piensas a partir de las ideas».³ ¿Y cómo se encuentra el camino que conduce a unas ideas que te ayuden a cambiar de pensamientos? Empieza por decir y escribir alguna afirmación que te resulte atractiva. Crea una afirmación propia, íntima e intransferible, como «ardo en un deseo, en una llama interior que no apagará ninguna fuerza externa: conocer y vivir desde regiones más altas, transformarme para que mi nuevo concepto del yo deje de incluir limitaciones. Estoy dispuesto a cuestionar y a cambiar cualquier pensamiento que me impida tener una visión más elevada de mí mismo».

Antes de cerrar este capítulo introductorio, será útil analizar tus creencias sobre qué son realmente los pensamientos, y cómo pueden cambiarse.

¿DE VERDAD PIENSAS?

Nadie ha sabido decir nunca de dónde proviene un pensamiento, o de qué se compone. Suele aceptarse que pensamos cosas y que fabricamos todos nuestros pensamientos. Yo, con franqueza, durante una larga parte de mi vida compartí la idea de que los pensamientos tienen su origen en cada individuo, pero en esta coyuntura tiendo a ver todo el proceso como un acto de observación, contemplación y elección. Disfruto al darme cuenta de que me recorre un flujo constante de ideas llegadas de... a saber dónde. Carecen de límites o formas que quepa analizar, y su número y permutaciones parecen infinitos. Me recuerdan la cinta de datos bursátiles que corre por la base de la pantalla, y en la que el precio de cada título representa un pensamiento.

En pocos instantes es posible albergar una gran cantidad de pensamientos contrapuestos, y saltar sin orden ni concierto de una idea a otra: euforia, contrariedad, miedo, éxtasis, preocupación, etc. A falta de guía, y de vigilancia, despachamos sin cesar un abanico interminable de pensamientos, desde que nos despertamos hasta que nos dormimos. Incluso en lo más profundo del sueño nuestra mente persiste en observar, tomar y analizar estos pensamientos omnipresentes. La vida ofrece muy pocos respiros en este proceso mental de generar pensamientos. Si estás convencido de ser el creador de todos tus pensamientos y de controlar el proceso de principio a fin, haz una cosa: para. Sí, has oído bien: intenta no pensar. Puede que consigas ralentizar considerablemente el flujo de tus pensamientos, pero lo que es del todo imposible es dejar de pensar durante todo el día y mantenerse en un estado de inconsciencia.

Te propongo abrir tus procesos mentales a una nueva idea que te ayudará en esta fase en la que empiezas a cambiar tu concepto del yo. En vez de verte como una persona que no tiene elección en lo que respecta a los pensamientos, puedes concebirte como un ser divino y carente de límites. Concíbete como un observador que contempla y selecciona pensamientos elegidos dentro de ese flujo interminable que discurre veinticuatro horas al día, siete días a la semana y trescientos sesenta y cinco días al año por tu pantalla interna. Observa cómo brotan los pensamientos de su lugar de origen, y la rapidez de sus transiciones, combinaciones, apariciones y desapariciones. Arranca un pensamiento de la cinta de ideas y analízalo. Al darle vueltas, fíjate en lo que sientes: tristeza, abatimiento, alegría, miedo... Cada pensamiento que pasa deja su huella en tu concepto del yo. Sé primero observador, y después contemplador. Conviértete, por fin, en quien decide y puede optar conscientemente por devolver el pensamiento a la corriente y coger otro que tal vez le permita sentirse mejor.

Me encuentro bien, mi aspecto es bueno, voy a perder algunos kilos, me quieren, soy divino...

estos, y millones de otros parecidos, son pensamientos por los que puedes optar en sustitución de los que te habías acostumbrado a elegir. Así es como inicias un nuevo proceso cuyo objetivo es cambiar tu concepto del yo. Aceptas como algo irrevocable que no eres tú quien pone en marcha el flujo de los pensamientos, y que en esta fase de tu evolución es imposible dejar de pensar. En esta etapa, la esencia de tu ser es observar, contemplar y elegir. Todo ello puede hacerse en menos de un nanosegundo. Por tu televisor mental seguirán transcurriendo pensamientos como las cotizaciones de la bolsa, pero ahora elegirás en cuáles deseas centrarte y cuáles quieres acumular, retener o soltar.

Te invito a que adquieras la costumbre de elegir pensamientos e ideas que te ayuden a sentirte bueno y poderoso y te eleven a un nivel más alto de conciencia, en el que tu concepto del yo se abra a tu yo superior.

Me encanta cómo describe este proceso Uell S. Andersen en su libro *Tres palabras mágicas*. Te dejo que medites sobre sus palabras, ahora que te dispones a entablar amistad con ese yo que vive en tu interior y que desea enormemente realizarse a ese nivel extraordinario, y no en el común, donde has vivido demasiado tiempo:

Hemos convencido al Yo interior de que tan solo es válido aquello que se acepta y en lo que se confía, y ahora tenemos que desarrollar el hábito de elegir solo los pensamientos y las ideas que aportan algo positivo. Tenemos que aprender a aceptar solo lo bueno. [...] Hemos de disponernos deliberadamente a aceptar el amor, la ternura, la esperanza, la alegría, la expansión, la abundancia, la salud y el vigor. Al mismo tiempo debemos rechazar conscientemente el dolor, el sufrimiento, la depresión, el malestar, la inferioridad, los pesares y las desgracias. Estamos diciendo que nada es verdad salvo lo grande, lo bueno y hermoso, aquello que puede aportarnos beneficios.

He ahí tu nueva manera de elegir pensamientos que te darán a conocer lo que llamo tu yo superior, siempre con la premisa básica de que si quieres conseguir algo (lo que sea) primero debes esperarlo de ti mismo.

TRES PROPUESTAS

- Redefine tu concepto del yo cuestionando todas las verdades referentes a tu persona en las que creías hasta ahora. No te cierres a analizar nada que hayas pensado previamente que te limitaba de alguna manera. Afirma lo siguiente: *No pongo límites ni restricciones a todo lo que deseo conseguir y ser a partir de este momento.*

- Toma conciencia de la realidad no física de la que formas parte. Entra en contacto con los ángeles u ocupantes de este plano invisible y superior. Date cuenta de que puedes acceder a los consejos de los que han vivido antes que tú en este lugar. Dedicar tiempo a meditar y a acceder a las

emociones de un plano superior de la conciencia.

- Siempre que sientas incomodidad o tristeza, no intentes cambiar el pensamiento que subyace a tu estado emocional; basta con que lo devuelvas a la cinta de pensamientos que no se para nunca, y elijas otro pensamiento distinto. Sigue haciéndolo hasta haber elegido el que te permita encontrarte bien. Así dejarás de reprocharte haber creado pensamientos infelices.

El yo superior

Desde el principio he tenido un sentido del destino, como si mi vida fuera una asignación del hado y tuviera que cumplirse. De ello me vino una seguridad interior, y aunque no haya podido demostrarlo nunca, se me demostró a sí mismo. No era yo quien tenía la certeza; me tenía ella a mí.

CARL JUNG

En los últimos dieciocho meses, más o menos, me he sumergido en el estudio de lo que se conoce como ciencia iniciática, cuyo principal objetivo es ayudar al iniciado/alumno (es decir, tú y yo) a conocer el yo superior y confiar en él. Estas antiguas enseñanzas explican y reiteran que poner todo el énfasis en las necesidades de nuestro yo físico e ignorar las del yo superior hace que el alma y el espíritu se ahoguen y mueran de hambre y sed. Los antiguos iniciados hacían hincapié en la importancia de conocer el yo superior, porque esa conciencia abre enormes posibilidades de crecimiento, progreso y, cómo no, cumplimiento de nuestros deseos.

Tal vez te cueste imaginar que estás tan dividido para generar un yo superior y otro yo inferior. Es muy probable que la idea de que en tu interior exista un yo más alto que el que consideras como tu *yo real* sea ajena a tu modo de pensar. Por mi parte, hace tiempo que me refiero a este yo más bajo, o falso yo, como el ego, una parte que cree que te defines por tus logros, posesiones o victorias. Suele creerse que el estatus que acumulas demuestra que eres un ser aislado con fortalezas o limitaciones concretas. Probablemente no te sorprenda si te digo que existen otras creencias capaces de encaminarte a la felicidad, al éxito y a la salud que desees, y que lo harán.

Puede ser difícil interiorizar esta idea de que tenemos un yo superior que trasciende el descriptor *yo* derivado de la identificación casi universal con el ego. Si has leído el primer capítulo del libro, ya sabes que es necesario *tomar la decisión* de cambiar lo que se considera cierto. Recuérdate que tu concepto actual de lo que eres te ha llevado hasta aquí, hasta la lectura de un libro que explica cómo convertirse en una persona más poderosa.

¿Estás dispuesto a interiorizar ideas nuevas, radicales, que requieran un cambio en tu concepto del yo? ¿Eres receptivo a la idea de tener un yo superior que no se define por las inquietudes del ego? ¿Eres capaz de albergar la idea de un yo más alto, ilimitado, que se encuentra en tu interior? ¿Te imaginas capaz de eludir las restrictivas exigencias del ego que te mantienen en un nivel común de conciencia? Dicho de otra manera, ¿puedes abordar con un desconocimiento total la cuestión de «quién soy yo»? El primer paso para concebir la idea de un yo superior es esta indagación interna

personal. Empezaremos, pues, por el análisis de esta cuestión, la de quién eres.

¿QUIÉN SOY YO?

Piensa en cuántos cuerpos has ocupado desde que naciste. ¿Quién es el yo que va dejando atrás un cuerpo y entrando en el siguiente? Sabes con certeza que tú, la persona a quien llamas «yo», esa que intenta discernir quién eres, empezó en un cuerpecillo de bebé que pesaba entre dos y cinco kilos. El yo que eres entró de lleno en ese cuerpecito de bebé y lo ocupó. Poco a poco fuiste despojándote de ese cuerpo de bebé para pasar al cuerpo de un niño pequeño que gateó, caminó, corrió y adoptó un aspecto completamente nuevo. A tu yo de dos años le costaría reconocer el cuerpo de bebé que a esas alturas ya habías abandonado por completo. En este cuerpo de niño pequeño viviste durante un tiempo, y después también te despojaste de él, incluidas todas las células que estaban en tu cuerpo al nacer. El siguiente cuerpo en el que entraste fue el de un niño prepúber que guardaba parecido con el de niño pequeño, pero que era totalmente distinto.

Aún no hemos descubierto al yo de la pregunta, pero ha quedado clarísimo que si algo no somos, obviamente, es nuestro cuerpo. ¿Por qué? Porque a pesar de despojarse una y otra vez del cuerpo que ocupaba, el yo ha permanecido. Este extraño fenómeno de ser un yo que entra, abandona y vuelve a entrar continuamente en nuevos cuerpos ha tenido continuidad hasta este mismo instante.

Actualmente ocupo un cuerpo de setenta años que no tiene nada que ver con el que ocupaba hace cincuenta. Me acuerdo muy bien del aspecto de aquel cuerpo de veinte años, de lo que podía hacer, de lo que sabía y de lo que no sabía, pero no lo encuentro en ningún sitio. Es una simple ilusión. Ha desaparecido de este mundo físico, como todos los cuerpos que hemos ocupado tú y yo a lo largo de nuestras vidas. El yo que uso para describirme no está tan obsesionado para insistir en quedarse en un solo cuerpo. De hecho, ese yo que soy reconoce por fin la antigua verdad espiritual que han propagado desde la antigüedad los Divinos Maestros: *En realidad nadie hace nada; nos limitamos (nuestros cuerpos) a ser hechos.*

¿Qué entidad está creando tu cuerpo? Pues una inteligencia organizadora invisible que toma sus células, las transforma en otras nuevas y prescinde de las viejas. Todo este proceso lo observa, casi siempre inerte, el yo que crees ser. El cuerpo físico que concibes como «tú» se reorganiza siguiendo una pauta ideada por una inteligencia sin forma, independiente de tus opiniones. El yo que usas para describirte no es la forma física que ocupas y te llevas a todas partes. Según la física cuántica, el cuerpo que ocupas, y que ahora mismo lee este párrafo, es totalmente distinto al cuerpo en el que estabas al leer el párrafo anterior. Así es el mundo físico en el que vivimos todos.

Hace miles de años, el filósofo Heráclito lo formuló de una manera que sigue siendo cierta: «Todo

se mueve, nada está en reposo. [...] No puedes entrar dos veces en el mismo [río]». Un río es un fenómeno en cambio constante, al igual que un árbol, una montaña, una cabra, un ser humano y el universo físico, incluida la Tierra. Lo que define una cosa, por lo tanto, no es de naturaleza física, sino metafísica. A la pregunta de «¿Qué es real?», un antiguo avatar espiritual respondió sin titubeos: «Real es lo que nunca cambia». Y puesto que tu cuerpo se halla en un estado de cambio continuo no es real.

Si tratas de encontrar el cuerpo de niño pequeño que ocupaste, te das cuenta de que no es real porque ha dejado de existir. Aunque años atrás te hallases dentro de él no podrías decir que fuera real, porque en el mismo momento en que lo señalases y lo definieses como real sería otra cosa, algo nuevo. Lo que llamas real ya habría desaparecido. Y, sin embargo, a pesar de todos estos cambios, sabes que en lo que eres existe un componente que no cambia. El yo de aquel cuerpo de niño pequeño no ha cambiado. Está en el cuerpo que ocupas en este momento. Es tu yo superior, inmutable y real. Una vez realizado este descubrimiento, y entablada una amistad consciente con el yo que eres, nada es imposible.

En el primer capítulo he explicado la necesidad de crear un nuevo concepto del yo como ser espiritual infinito que vive una experiencia humana y temporal. Durante la lectura de este libro, ten en cuenta que *si algo cambia no es real*. El «yo» de la pregunta *¿Quién soy yo?* no guarda relación con el yo físico, porque este último cambia y desaparece constantemente. Por lo tanto, responder a la pregunta *¿Quién soy yo?* con alguna referencia a tu cuerpo y a sus diversas facultades, logros, acumulaciones o rendimiento físico es *definirse como irreal*. Lo que eres, pues, debe ser *inmutable*, y por consiguiente *innato e imperecedero*. Lo que eres es una energía sin forma (un *espíritu*, si lo prefieres), dotada de la facultad de ser inmutable a la vez que ocupa una infinidad de cuerpos.

Piénsalo. Es un fenómeno realmente asombroso. No cambias, y por consiguiente eres *real*. Lo que creías que eran hechos que explicaban quién eres no son más que ilusiones, o lo que llaman los metafísicos *irrealidades*. Una serie de parientes, profesores e influencias culturales te habían convencido con buena intención de que eras este ego tuyo, de que lo eras de verdad, cuando lo cierto es que todo lo que usa el ego para definirte desaparece a la misma velocidad con la que puedes evaluarlo. Todas tus pertenencias, logros, fama, trofeos o cuentas bancarias (y hasta tus familiares, hijos incluidos) son aspectos de un mundo que cambia y se disuelve en la nada. Todo es irreal.

He aquí la descripción poética que de este fenómeno hizo una literata de talento:

*Este polvo silencioso, caballeros y damas,
jóvenes y doncellas,
fue risas, talentos y suspiros,
vestidos y rizos.
Este pasivo lugar fue una alegre mansión estival,*

*donde flores y abejas
recorrieron su circuito oriental,
y un día como ellos cesaron.*

Con su franqueza deslumbrante, Emily Dickinson recuerda en su poema que todo se acaba y se convierte en polvo, todo lo que pudieras haber pensado que constituía tu yo real, incluido el cuerpo y todos sus logros, y hasta sus risas y suspiros. En cambio, el yo real es el que sonríe ante todos estos hechos característicos del yo inferior e identificados con el ego. Tu yo superior existe más allá de este yo inferior y falso. De hecho, supera todas tus identidades terrenales.

Tienes un yo capaz de contemplar desde su altura este otro yo inferior y dominado por el ego. Empieza, pues, por darte cuenta de que eres mucho más grande que los aspectos siempre mutables y perecederos que han dominado tu imagen de lo que eres. Desde esta postura, la respuesta a *¿Quién soy yo?* es la siguiente: *Soy un ser infinito que no fue originado por sus padres, sino por una Fuente que ni ha nacido, ni muere, ni cambia.*

CONECTANDO CON LA FUENTE

Todos hemos sido creados a partir de una sola Fuente. Mi conclusión es que debemos parecer nos a nuestro lugar de origen. Poco importa el nombre que le pongamos a esa Fuente. «El Tao que se puede nombrar no es el Tao eterno»: tal es el mensaje de los versos iniciales del Tao Te Ching. Da igual cómo lo llamemos: Tao, Dios, Jehová, Mente Divina... Lo único que te interesa es reconocer que fuiste originado en la Fuente de toda vida, con una forma que conoces como tu cuerpo físico y siempre cambiante, cuerpo que, huelga decirlo, contiene la energía creativa de la que procedes.

Lee estas palabras grabadas durante una conferencia de 1967 de un maestro de la ciencia iniciática, Omraam Mikhaël Aïvanhov:

Dentro de todas las criaturas el creador ha plantado un fragmento de sí mismo, una chispa, un espíritu que es de la misma condición que él, y gracias a este espíritu cualquier criatura puede convertirse en creador. Lo que quiere decir esto es que, en vez de estar siempre a la espera de que alguna fuente externa satisfaga sus necesidades, los seres humanos pueden trabajar internamente con su pensamiento, voluntad y espíritu para obtener los elementos nutritivos y curativos que necesitan. Por eso las enseñanzas que os traigo versan sobre el espíritu, sobre el creador, no sobre la materia...

Me gusta mucho esta cita, porque se dirige a una parte de tu ser a la que se ha hecho poco caso durante todas tus actividades e hitos pedagógicos. Las palabras clave son «un fragmento de sí mismo, una chispa» contenida en ti, pero que en gran medida se ha pasado por alto. Es una imagen magnífica para empezar a comprender la magnitud del yo superior. Dentro de ti hay una chispa de Dios que es

la invisibilidad a la que tantas veces he hecho referencia. Es lo que no puedes percibir con los sentidos. Hace latir tu corazón, crecer tu pelo y aspirar y espirar tus pulmones. Tú te has acostumbrado a darlo por sentado, a la vez que centrabas la atención en tu yo físico (irreal).

En este capítulo, y en el siguiente, mi objetivo será proporcionarte la inspiración necesaria para reconocer que dentro de ti hay una chispa (un fragmento diminuto de la fuente creadora del universo), y ayudarte a aumentar la fuerza de esa chispa para que se convierta en el principal motor de tu vida cotidiana. Relee el primer capítulo y corrobora tu disposición a cambiar tu concepto del yo para reconocer y alimentar mejor la chispa. Después de eso, dedícate a profundizar en el yo superior sobre el que escribo.

Tu yo superior es la chispa de que hablamos, pero una chispa es una parte infinitesimal de tu ser físico. Si pesas setenta kilos, la chispa podrá pesar cerca de medio gramo. Se trata de una imagen puramente simbólica (puesto que la «chispa» es inmutable), pero te invito a conceptualizar esa chispa de Dios que llevas dentro. Imagínate que crece hasta doblar su tamaño y se multiplica por diez; que luego es una brizna, y después un segmento, y luego un trozo, y luego un bulto, y después una parte o sección... Visualiza la chispa de Dios como tu yo real, que se hace visible por obra de tus atenciones, cuidados e incitaciones hasta que sientas la presencia sagrada de tu yo superior como la luz que guía tu vida.

A la larga, como explicaré más tarde, superará al yo que estaba dominado por el ego y tu aparato sensorial. Lo que era una chispa diminuta será el fundamento de tu vida. Esta antigua chispa podría conceptualizarse como una luz sagrada que está dentro de tu cabeza y es del mismo tamaño que tu cerebro. Ahora dispones de un buen trozo de Dios para ayudarte a llegar a una situación en la que el cumplimiento de tus deseos sea lo más fácil del mundo. Este nuevo cerebro se compone en exclusiva de energía infinita de Dios.

TU YO SUPERIOR EN LA VIDA COTIDIANA

Te voy a pedir que te plantees seriamente otra de las observaciones del maestro espiritual iniciático Omraam Mikhaël Aïvanhov, expuesta en una conferencia de enero de 1971: «Nuestro yo superior es perfecto, omnisciente y todopoderoso, un fragmento del propio Dios, una quintaesencia pura, transparente y luminosa».

Es probable que suponga todo un reto, ahora que en tu camino hacia un nuevo concepto del yo aceptas una serie de verdades que a causa de tu educación creías falsas. Aun así, te pido que estudies esta antigua enseñanza espiritual, pensada para familiarizarte con una idea radical sobre los poderes de los que dispones por el mero hecho de ser un hombre que vive y respira. Si estás decidido a

acceder a tu conciencia superior, debes estar dispuesto a hacer lo necesario para incorporar lo que nos brinda este gran maestro iniciático.

Para poder convertirse en un ser todopoderoso es necesario que tu yo superior (Dios) crezca y pase de ser una chispa a una parte más significativa de tu esencia. Dado que eres una parte de Dios, y por lo tanto llevas esa condición en tu interior, no hace falta que dudes de tu divinidad. Como te recuerda Jesús, «¿No está escrito en vuestra Ley: “Yo he dicho: dioses sois”?» (Juan 10:34). En tanto que chispa de Dios en crecimiento tienes que estar dispuesto a decir: «La parte de mí que no ha expulsado a Dios tiene que ser perfecta; es omnisciente y todopoderosa. No hay nada que no pueda conseguir este yo superior que soy».

Escuchemos otra vez lo que nos dijo Jesús: «Para Dios todo es posible» (Mateo, 19:26). Nada queda excluido de ese *todo es posible*. Como me recordaban a menudo mis maestros en las ciencias iniciáticas, este yo superior —esa parte de Dios que nos conforma— solo empieza a fijarse en nosotros y a prestarnos la atención que anhelamos cuando ampliamos su tamaño original de breve chispa e invitamos a que entre la energía en nuestra vida.

Saber que Dios no es algo externo a ti, sino una *parte* de ti, representa sin duda un paso gigantesco dentro de tu evolución espiritual. Puedes decirte con pleno conocimiento de causa: *Soy perfecto*. (Todas las formas del *soy* poseen una importancia colosal, como aprenderás al embarcarte en el siguiente capítulo, que habla de tu yo *supremo*.) En este capítulo estás descubriendo a tu yo *superior*. Dios ya no reside fuera de ti, ni se anda con favoritismos. En resumidas cuentas, has revisado la imagen que la humanidad se ha formado de un dios a semejanza de la idea egoísta que tenía de sí misma.

¿Un dios que sabe dispensar la curación, pero que se la niega a algunos y la brinda a otros que supuestamente han saldado una especie de deuda? ¿Un dios que se enfada? ¿Un dios que da a los seres humanos el placer de la sexualidad pero promete consumir en el infierno a quien no siga las reglas concebidas por otros seres humanos? ¿Un dios que nos da ojos y, aun permaneciendo invisible, amenaza con condenar a los que no crean en él? ¿Un dios que exige que le paguen sus servicios con templos lujosos y vestiduras bordadas de oro para sus máximos representantes? Eso es un dios del ego.

Tu yo superior forma parte de una Fuente creativa que lo ama todo y todo lo contiene. Lo único que debes hacer es aceptar que no se trata de algo externo a ti, sino que reside en tu interior (el reino de los cielos está dentro de ti) —de hecho *es tú*—, y solo tienes que empezar a ponerte en sintonía con esta esencia divina, actuando como ella y pensando como ella. De ese modo pondrás en marcha el proceso de manifestarte de la misma forma que ella. He ahí la verdadera esencia de vivir una vida en la que se cumplan tus deseos. Dale una oportunidad a tu naturaleza divina. (La segunda parte de este libro explica paso a paso un plan para que tu yo superior pueda ocuparse del proceso de cumplir

tus deseos.)

En estos primeros capítulos, mi esperanza es despertarte a la conciencia del auténtico poder que posee un ser como tú una vez que se desmarca de gran parte del absurdo condicionamiento que ha dominado nuestra inculturación. Desecha todas las ideas autolimitadoras sobre tu condición divina y lo que es capaz de conseguir. Hazte amigo de la chispa, consúltala a menudo, aliméntala, préstale mucha atención, cree en ella y ejercítate en describirte como un ser principalmente espiritual, un ser que siempre que le es posible centra su vida en ese espacio todo amor y todo donación y todo dicha, que recibe el nombre de yo superior. Tu yo superior es justamente eso, superior a tu falso yo y a tu yo físico material. Es la parte de ti que se halla en sintonía con la propia Fuente del ser.

En el próximo capítulo tendrás ocasión de plantearte una afirmación todavía más inverosímil a la luz de todo lo que te han inculcado a partir de la infancia. No solo posees un yo falso y basado en el ego y un yo superior de base espiritual que es un trozo de Dios, sino que también posees un *yo supremo*, un yo que te han enseñado a creer que no puedes reivindicar. Tu yo supremo te espera en el tercer capítulo.

TRES PROPUESTAS

- Reserva varios momentos del día para hacer una pausa y formularte una pregunta clave: *Ahora mismo, en lo que estoy a punto de decir o hacer, ¿de dónde nacen mis deseos, de mi yo inferior o del superior?* El ego consiste en ayudarse a uno mismo, ganar, juzgar, etc. El yo superior consiste en ayudar, amar y hallarse en un estado de paz en el que no se juzga a nadie. Hazte la pregunta y crea la oportunidad de sintonizar más plenamente aún con Dios. Podrás entonces acceder a los mismos poderes de manifestación que tu Fuente del ser. Cuando se analiza con franqueza esta pregunta, nos ayuda a sintonizar con el poder de cumplir nuestros deseos. No hace falta que anules tu condición animal de ego; lo que sí debes hacer es tenerla amaestrada para que no se le permita eclipsar o destruir tu espíritu. Dale una oportunidad a tu condición divina formulándote esta pregunta.

- Cuando medites en silencio, dedica unos momentos a visualizar el brillo en tu interior de una pequeña chispa de conciencia. Ejercítate en ver cómo esta parte de Dios que hay en tu ser amplía su brillo dentro de tu mente. Observa cómo adquiere un tamaño personalmente satisfactorio. Prolonga este ejercicio de expansión sintiendo que la chispa/resplandor es tu esencia divina. Así empezarás a basar tus acciones en esta imagen interna realizada en Dios.

- Usa a menudo estas afirmaciones: *Soy omnisciente, Soy todopoderoso, Soy ilimitado.* Te

ayudarán a alejar dudas y a relacionarte con la parte de tu ser que vive en un mundo espiritual donde no hay restricciones. Basta con que te lo afirmes a ti mismo, sin explicárselo a los demás ni demostrar orgullo por lo que haces. Te estás desprendiendo de mensajes mentales dominados por el ego que siguen queriendo convencerte de que lo esencial de ti es tu cuerpo y sus cinco sentidos.

El yo supremo

Tened entre vosotros los mismos sentimientos que Cristo, el cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios.

FILIPENSES, 2:5-6

El capítulo anterior examinaba la idea de que dentro de ti hay una chispa de Dios que, si así lo deseas, puedes aumentar de forma consciente hasta convertirlo en un elemento fundamental de tu vida cotidiana. Esta chispa es nuestra esencia espiritual, nuestro yo superior. A medida que tomes conciencia de tu condición de ser realizado en Dios, la acogerás como el centro de tu vida.

El concepto de *yo superior* irá convirtiéndose gradualmente en el del *yo supremo*, que es, él sí, omnisciente y todopoderoso, y tiene la capacidad de obrar milagros. Verás entonces una nueva realidad, una idea majestuosa de ti mismo que hasta entonces parecía inconcebible. Tu yo supremo está descrito en la cita que encabeza este capítulo, perteneciente al Nuevo Testamento, a las cartas de san Pablo a los filipenses. Pasas de ser una chispa o un fragmento de Dios a poder afirmar «Yo soy Dios» sin sentir que incurres en blasfemia o pecado cardinal. Fue el propio Jesucristo quien promovió la idea de que somos iguales a Dios, y es él quien nos anima a tener «los mismos sentimientos».

No es este el Dios creado por los seres humanos, la deidad que sigue los dictados del ego, no esconde sus favoritismos, requiere lugares de culto ostentosos, sufre rabieta, exige reparaciones y, llena de ira, castiga a quienes no acatan su voluntad. ¡Ni mucho menos! De lo que hablo aquí es de la Fuente creativa de todo lo que existe, de un Dios responsable de crear el milagroso movimiento del no ser al ser, un Dios que no tiene forma ni hace nada, pero no deja nada sin hacer; un Dios que se halla en todas partes. Es una presencia divina invisible que se encuentra en tu interior. Esta idea forma la base de todas las grandes enseñanzas espirituales de la historia.

La doctrina religiosa organizada proclama en gran medida que Dios *es un ser todopoderoso ajeno a ti*. Se trata de una idea a la que te han expuesto desde que tuviste edad para procesar un concepto tan absurdo. Dios, te dijeron, te vigila y te castiga si te portas mal, pero te oye rezar, y si haces lo debido y lo complaces te ayuda a resolver tus conflictos.

Quizá te parezca una idea radical declarar «Yo soy Dios» y «Dios es amor», o creer que se refieren a ti las palabras «Quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él» (1 Juan 4:16). Cuando eres este Dios, esta esencia de amor puro, no tienes nada más que dar que amor, y

cuando te realineas a ti mismo en esta vena (citando otra vez a Jesucristo) «Para los hombres eso es imposible, mas para Dios todo es posible». Y «todo es posible» no excluye nada; tampoco tu capacidad de cumplir cualquier deseo que esté en sintonía con Dios.

Es posible que al principio te resulte difícil decirte «Yo soy Dios», pero te aseguro que cuando lo sitúes en el contexto de Dios como amor (y el amor puro te permite ser todopoderoso, omnisciente y realizado en Dios) empezarás a recuperar la omnipotencia que es tu esencia desde el momento de tu transición del no ser (espíritu) al ser (humano). Si hago hincapié en estas enseñanzas de Jesús es para demostrar que la declaración *Yo soy Dios* no solo no es contraria a las enseñanzas del cristianismo u otras prácticas espirituales, sino que sintoniza plenamente con estas enseñanzas anteriores. La razón de que pueda parecer blasfemo decir *Yo soy Dios* es que hemos adoptado al Dios del ego, creado por seres humanos a partir de ideas basadas en el ego sobre un Dios que imita nuestros atributos humanos más profanos.

Durante los preparativos de este libro he dedicado varios años a estudiar en profundidad a dos grandes maestros espirituales. Uno de ellos es Uell S. Andersen, y el libro que he leído y estudiado, sobre el que he meditado y que ahora vivo y enseño, se titula *Tres palabras mágicas*. Se trata de un libro de 352 páginas, pero hasta el último capítulo (después de múltiples meditaciones y ejercicios específicos, de muchas palabras esclarecedoras sobre la conciencia, la intuición, la fe, el amor, el éxito, la inmortalidad y otras cuestiones, y de invertir tiempo y energía en lo que enseña el autor) no descubrí cuáles eran esas tres palabras.

Escuchemos el principio del último capítulo, titulado «La llave»:

Este es el secreto inefable, la última iluminación, la clave de la paz y del poder: *usted es Dios*. Si acepta esta verdad fundamental y se mantiene con firmeza en esta magnífica posición, le será revelada desde dentro la conciencia universal. Dios está aquí. Él es quien asoma por sus ojos, quien está en su conciencia y quien constituye su verdadero Ser. Usted no es *una parte* de Dios, sino Dios en su *plenitud*, de manera que Dios forma parte de su *totalidad*.

Eso es tu yo supremo. Premisa fundamental, qué duda cabe, pero si se usa en su contexto, y en sintonía con la Fuente creativa de todas las cosas, es la clave para dominar la capacidad de que se cumplan tus deseos en tu vida. A fin de cuentas, siendo Dios tú y tú Dios, todo es posible. No se trata de una afirmación limitada a enseñanzas occidentales o a la fe cristiana. Las antiguas enseñanzas precristianas del Vedanta nos recuerdan que no formamos parte del espíritu absoluto del mundo, sino que somos idénticos a él.

Antes de seguir me gustaría que prestases atención a unas palabras de mi otro gran maestro espiritual, Neville, sobre esta idea de que en realidad todos somos Dios.

El libro de Neville *El poder de la conciencia* se compone de veintisiete capítulos cortos. Es un libro que se lee sin problemas en un par de horas. Sin embargo, se parece mucho al Tao Te Ching en

que, a pesar de que puede leerse en poco tiempo, también podría estudiarse una y otra vez y seguir encontrando significados más profundos. (Como he mencionado anteriormente, dediqué todo un año a estudiar, a meditar, a practicar y, por último, a escribir unos textos sobre cómo aplicar las enseñanzas de los ochenta y un versos del librito de Lao-Tsé. El resultado se publicó en forma de compendio, con el título de *Nuevos pensamientos para una vida mejor*.) El breve libro de Neville ejercía sobre mí el mismo magnetismo que el Tao. Fue durante mi séptima lectura completa del texto de Neville, y después de escuchar algunas grabaciones de sus conferencias, cuando decidí escribir este libro, con la intención de que sus formidables intuiciones resultaran de más fácil acceso y aplicación a quienes ocupamos actualmente este planeta como residentes temporales.

Sobre el mensaje de Neville he escrito largas notas, que he puesto en práctica en mi propia vida. He dado conferencias por el mundo entero sobre la idea de cumplir nuestros deseos a través de la asunción del poder de Dios, que no solo es nuestro por derecho sino que constituye nuestra propia esencia. Las palabras de Neville me recuerdan que busque a mi yo supremo, y cada vez que resuelvo fundamentar mi vida en esta conciencia me siento inmediatamente en paz y creo ver que la conciencia divina se alinea conmigo en obtener el cumplimiento de todo lo que pido.

Durante mi séptima lectura de Neville, al acabar los primeros veintiséis capítulos, volví a oír el mismo estribillo sagrado que ofrecía Uell S. Andersen en la conclusión de *Tres palabras mágicas*. Neville empieza su último capítulo, titulado «Reverencia», con las siguientes palabras:

En toda la creación, en toda la eternidad, en todos los ámbitos de tu infinito ser, lo más maravilloso es lo que se subraya en el primer capítulo de este libro. *Eres Dios*. Eres el «soy el que soy». Eres la conciencia. Eres el creador. He ahí el misterio, he ahí el gran secreto sabido por los videntes, profetas y místicos de todas las épocas. He ahí la verdad que nunca podrás conocer *intelectualmente*. [...] Lo importante es que *está dentro de ti, que es tú, que es tu mundo*.⁴

Se trata de una conciencia prodigiosa, de un conocimiento que solo es posible sentir. Se manifiesta como un sentimiento de amor inefable y que no se puede conocer intelectualmente. La conclusión de Neville lo explica a la perfección:

Saber que tu creador es ni más ni menos que tu propio yo, y que jamás te habría creado en caso de no *amarte*, debe colmar tu corazón de devoción, es más, de adoración. [...] Cuando más cerca estás de Dios es cuando es más intenso el sentimiento de reverencia, y *cuando más cerca estás de Dios es cuando más rica es tu vida*.⁵

Mi conclusión es que la manera de estar más cerca de Dios es reconociendo lo que explica todo este capítulo: que no es posible aproximarse más a Dios que *siendo* Dios. Cuando comprendes esta extraordinaria afirmación recuperas el poder de tu Fuente, porque ya no vives como si estuvieras distanciado de ella. Ves que Dios se manifiesta en un abanico innumerable de formas, y que tú, efectivamente, eres una de esas formas sublimes.

Al concluir que somos Dios, Neville usa la frase «eres el “soy el que soy”». Estas cuatro palabras son un componente absolutamente decisivo de la esencia de este libro, y te serán de enorme ayuda para superar el obstáculo de saber, saber de verdad, que eres Dios. ¿Por qué? Porque lo más probable es que te hayan condicionado para que creyeras que era una afirmación blasfema, con la que se corría el riesgo de incurrir en la cólera divina al osar poner en tela de juicio su supremacía.

UN VIAJE AL SOY EL QUE SOY

Como ha ocurrido siempre con mis textos, parece que al seguir mi propio camino espiritual, y cumplir un dharma que expresó también Carl Jung al hablar sobre la obra de su vida, me dirijan unas fuerzas invisibles. Como él, he sentido a menudo ese «sentido del destino, como si mi vida fuera una asignación del hado y tuviera que cumplirse». Jung añadió que gracias a ello tenía una «seguridad interior» con la que también me identifico; y aunque no pudiera demostrarlo, dijo que «se me demostró a sí mismo. No era yo quien tenía la certeza; me tenía ella a mí».

También yo, en el ejercicio de mi profesión, al sentirme arrastrado hacia un lugar espiritual más alto, me he sentido guiado. Es como si recibiera información de ángeles, información relacionada con el tema sobre el que escribiré y que viviré, mucho antes de la escritura/charla en sí. Empiezo a recibir materiales audiovisuales de desconocidos, y algo se despierta en mi interior al escucharlos o leerlos. Las referencias reiteradas a películas, en conversaciones o en críticas, encienden una chispa interna de inquisitividad que lleva a lo que no sabía que necesitase para el siguiente peldaño en la escalera de la iluminación vital.

Así ocurrió cuando me disponía (o posiblemente era dispuesto) a analizar la idea del cumplimiento espiritual de los deseos: la obra de Neville llamaba y llamaba a mi puerta de mil modos, al igual que la ciencia iniciática y las *Tres palabras mágicas* de Uell S. Andersen. Sin embargo, las enseñanzas que debía estudiar, experimentar y en última instancia conocer tenían que penetrar en mi conciencia. ¿Cómo conseguiría para mí esta información mi consejo de inmortales angélicos, esta antigua enseñanza de la que había estado alejado casi por completo durante toda la vida? Como he dicho muchas veces, cuando el alumno está preparado es cuando aparecen los maestros.

Tengo la sensación de que me estaban preparando, y de que los maestros y las enseñanzas aparecían de la manera justa para conducirme al cumplimiento de mi propio dharma, y quizá del tuyo (puesto que ahora estás leyendo estas palabras, y por lo tanto también te conectas con lo que me están enseñando). En esto obviamente estamos todos juntos. El hecho de que tengas este libro y estudies los mensajes que contiene puede ser tan misterioso para ti como la vía por la que me llegaron a mí

las enseñanzas.

Había estado varios meses fuera de Maui, donde escribo. Me dedicaba a dar conferencias y a estar con mi familia. A mi regreso recibí una llamada de mi profesor de yoga, que me dijo que me habían dejado un paquete en el estudio. Al ir a recogerlo me encontré con lo que parecía un regalo del rey Midas, envuelto en papel dorado, con un lazo precioso. Me lo llevé a mi casa, lo dejé al lado de donde acostumbro a comer y estuve tres semanas mirándolo a diario, pensando siempre que era un simple paquete más que abrir en la montaña de correo que se había acumulado durante mis meses de ausencia. Sin embargo aquel paquete tenía algo que destacaba, así que lo dejé en su sitio durante todas mis comidas, mientras me decía: «Ya lo abriré». Al mismo tiempo sentía una atracción extraña.

Una noche, finalmente, decidí abrirlo, y debo decir que sentí un entusiasmo que en ese momento no entendí. Al desatar el lazo descubrí una nota pegada a la caja y firmada por una tal Carol Ann Jacobs, a quien no conocía ni de nombre ni en persona. Se había enterado por el boca a boca de que yo practicaba yoga en el estudio Lahaina, y había dejado el paquete como si tal cosa, para que me lo entregasen cuando volviera. La nota decía así:

Este regalo de oro es una perla de la sabiduría más elevada del planeta, descendida a través de los éteres desde la Octava de Luz. Si se toma, se usa y se convierte en llama viva dentro de uno mismo, guiará a la persona en su ascensión cuando llegue al final de su presente encarnación.

♥ Con sincero amor y gratitud por todas las vibraciones que has alimentado en este mundo, y por todos los «seres de los elementos».

Afectuosamente,

CAROL ANN JACOBS

Al retirar el papel dorado vi que la caja contenía un librito que inmediatamente decidí (o creí) que sería imposible leer, porque ya tenía, amontonados en un rincón, al menos veinticinco libros más provenientes de todo el mundo, con peticiones de que los leyera, los promocionara o les escribiera un prólogo. Yo siempre tengo muchos libros que donar a ONG, a causa del volumen de este tipo de material que aparece perpetuamente ante mi puerta. Dejé el libro sobre la mesa y me dije: «Lo pondré con los otros destinados a alguna causa noble. No doy abasto, la verdad».

El paquetito, sin embargo, parecía dotado de energía propia. Después de cogerlo y echarle un vistazo, lo dejé sobre la mesa con la firme intención de incorporarlo a la montaña de textos que nunca leería, pero siguió varias semanas a mi lado, y un día en que lo tenía en las manos sentí un haz de energía que atravesaba mi cuerpo. Se me puso toda la piel de gallina. Así empezó un nuevo capítulo en mi vida. En ese mismo instante decidí leer sus trescientas sesenta y dos páginas, sin saltarme ni una. El contenido del libro me llevó a nuevas indagaciones que culminaron en ¿mi? (no, probablemente mía no) decisión de incorporar aquellas pepitas de oro de verdad espiritual a mis conferencias y textos, pero sobre todo a mi vida. El libro era el tercer volumen de la serie de Saint

Germain, y se titulaba *Discursos del «Yo Soy»*.

Durante mis lecturas cotidianas del texto empecé a ver claramente el mensaje de que tú, yo y todos los demás somos Dios. Los treinta y tres discursos del libro fueron recibidos por canalización directa del maestro ascendido Saint Germain y otros (incluido Jesucristo) entre el 3 de octubre de 1932 y el 1 de enero de 1935, fecha en la que fueron publicados como *Discursos del YO SOY*.

La persona presente en los dictados fue Guy Ballard, que los publicó con el pseudónimo de Godfre Ray King. Escuchémoslo:

Los treinta y tres Discursos que contiene este libro fueron dictados en nuestra casa en 1932, a través de un Rayo Luminoso y Sonoro visible, por el Maestro Ascendido Saint Germain y los otros Maestros Ascendidos a los que atañía directamente esta Actividad. El sonido de Su Voz fue físicamente audible para todos los presentes en la sala. [...] Nunca, salvo en los Retiros de la Gran Hermandad Blanca, se le había dado a ninguna persona una Instrucción tan intensificada y trascendente sobre el «YO SOY».⁶

Me limito a presentar lo que está escrito en el prólogo del libro. No me corresponde entrar en la veracidad o autenticidad de los textos canalizados; para mí todo lo canaliza Dios. No sé de dónde provienen las palabras que estoy escribiendo ahora mismo; mías no son, está claro, y cuando me encuentro en vena o inspirado las siento manar a una velocidad endiablada. Lo que sí me atañe es la magnificencia de los mensajes, y mi conciencia de que nuestro mundo podría estar hecho de amor, paz y alegría. Tenemos la capacidad de acceder a un cumplimiento ilimitado de nuestros deseos, siempre y cuando sintonicen con la fuente de nuestro ser. Por eso expongo la esencia de las enseñanzas del «YO SOY» y te invito a ahondar en su contenido. La esencia es muy sencilla: *yo soy* es toda la actividad de Dios, y el hecho de que todos, sin excepción, podemos realinearnos para que nuestros *yo soy* reflejen al Dios que somos, no al ego en que nos hemos convertido la mayoría.

He aquí otra observación importantísima del Primer Discurso presentado por Saint Germain:

La primera expresión de cualquier individuo, en todo el universo, sea con palabras, pensamientos mudos o sensaciones, es «YO SOY», con lo cual reconoce Su Propia Divinidad Conquistadora.

El discípulo que se proponga comprender y aplicar estas Leyes, poderosas pero simples, debe vigilar de modo más estricto sus pensamientos y expresiones, orales o de cualquier otro tipo, ya que cada vez que decimos «NO SOY», «no puedo» o «no tengo» sofocamos, a sabiendas o no, esa «Gran Presencia» que llevamos dentro.⁷

Estas palabras me hablan de manera tan directa, a mí y al mensaje que quiero transmitir... Cada vez que piensas en la expresión *yo soy* pones a Dios en acción. ¿Por qué no recordarte en todo momento que *vivo, me muevo y tengo mi ser como Dios, el soy el que soy?*

Voy a desviarme durante unos párrafos para remitir a una transmisión grabada en un libro que es probable que conozcas: la Biblia (tanto la Torá —los primeros cinco libros del Antiguo Testamento — como el Nuevo Testamento). Si eres de formación cristiana o judía, verás que estas verdades

espirituales de las que te hago entrega se encuentran en perfecta armonía con tus enseñanzas básicas. Estas cuatro palabras —*soy el que soy*— contienen un mensaje que fue codificado en tu alma. Según antiguas enseñanzas espirituales que se remontan a mil trescientos años antes del nacimiento de Jesucristo, las palabras *yo soy* te hacen sintonizar con lo Divino, a la vez que te recuerdan que eres lo Divino y que tienes el mismo poder creador que Dios.

DIOS HABLA COMO YO SOY

Tal vez recuerdes que a Moisés, de bebé, lo metieron en un cesto y lo dejaron en el Nilo, entre los juncos, por ser hijo de una esclava israelita. El faraón había dado orden de ahogar en el río a todos los hijos varones de esclavos israelitas. Quiso la suerte, sin embargo, o bien la intervención divina, que la hija del faraón encontrase al bebé flotando en el río, lo rescatase y lo criase como a un príncipe entre sus despóticos enemigos.

De joven, Moisés fue testigo de los malos tratos de un soldado egipcio a un esclavo israelita. Su reacción fue matar al soldado y esconder el cadáver, pero su abuelo adoptivo, el faraón, descubrió el delito y mandó ejecutar a Moisés, que huyó a la tierra de Madián, donde le dio refugio Jetró, un sacerdote de aquellas tierras con cuya hija Séfora contrajo matrimonio. Durante cerca de cuarenta años Moisés se dedicó principalmente al pastoreo y a la vida conyugal.

He aquí, pues, a un hombre nacido de una esclava israelita, que supuestamente debería haber sido muerto al nacer por orden del faraón, pero que fue salvado por la hija de este último, y que luego fue pastor. Un día, mientras atendía a su rebaño, vio una zarza en llamas que ardía sin consumirse. Acto seguido, según nos explican las antiguas escrituras, Moisés oyó hablar a Dios:

El ángel de Yahvé se le apareció en forma de llama de fuego, en medio de una zarza. Vio que la zarza estaba ardiendo, pero que no se consumía. [...] [Yahvé] lo llamó de en medio de la zarza, diciendo: «¡Moisés, Moisés!». Él respondió: «Heme aquí». Le dijo: «No te acerques aquí; quita las sandalias de tus pies, porque el lugar en que estás es tierra sagrada». Y añadió: «Yo soy el Dios de tu padre, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob» (Éxodo, 3:2-6).

El resto de la historia está en el libro del Éxodo. Cuentan que Dios ordenó a Moisés ir a ver al faraón y liberar a los hijos de Israel, y que lo hizo con estas palabras: «Ve, pues; yo te envío al Faraón, para que saques a mi pueblo, a los hijos de Israel, fuera de Egipto» (Éxodo, 3:10).

A continuación Moisés le preguntó cómo podía hacer él solo tan ingente tarea, y Dios contestó: «Yo estaré contigo» (Éxodo, 3:12). A lo que inquirió Moisés: «Si voy a los israelitas y les digo: “El Dios de vuestros padres me ha enviado a vosotros”, cuando me pregunten: “¿Cuál es su nombre?”, qué les responderé?» (Éxodo, 3:13). «Dijo Dios a Moisés: “Yo soy el que soy”. Y añadió: “Así

responderás a los hijos de Israel: ‘Yo soy’ me ha enviado a vosotros”. [...] Este es para siempre mi nombre, por él seré invocado de generación en generación» (Éxodo, 3:14-15).

Por él es también invocado en esta generación, la tuya y la mía. El nombre de Dios, que es tú y yo, es *Yo Soy*. He aquí la enseñanza fundamental de los *Discursos del YO SOY*; esta y la de conocer a nuestro yo supremo.

¿Sigues teniendo problemas en verte como Dios? Prueba con lo siguiente: imagínate a Dios como el mar. Si sacas de él un cubo de agua, ¿el agua del cubo es el mar? Mar es, sin duda; y el mar, pese a su mayor tamaño, sigue siendo la totalidad del mar contenido en el cubo. Ahora piensa en ti como en un cubo de Dios. Dios, completamente; y Dios tú, completamente. El agua solo se seca cuando te alejas del mar. Es lo que tienes que hacer al aprehender tu yo supremo: mantenerte en concordancia con tu Fuente, sin separarte de ella, y recordar lo que dice Dios en los Salmos, 46:11: «Basta ya; sabed que yo soy Dios».

En *El código Moisés*, su autor, James Twyman, aboga con fuerza por la conquista de esta verdad; tanto es así que el subtítulo del libro es *La herramienta de manifestación más poderosa en la historia de la humanidad*. (Os aconsejo leer este libro fascinante, que trata con mucha más extensión el poder de las palabras que, según se dice, contestó Dios a Moisés en respuesta a su pregunta acerca de su nombre.)

Supuestamente la Torá fue escrita unos mil trescientos años antes del nacimiento de Cristo. El lugar santo donde se manifestó por vez primera Dios y le pidió a Moisés que se quitara los zapatos es donde Moisés descubrió quién era de verdad mediante sus primeras palabras a Dios: «Heme aquí».

Te lo digo con la más absoluta certeza: el *Yo Soy* que ha estado contigo en todas las formas físicas que has ocupado desde que naciste es Dios. Estas dos palabras, *Yo Soy*, son el nombre de Dios. ¿Cómo las usas tú? Te esfuerzas por *saber* —como enseñó Dios al decir «Sabed que yo soy Dios»— que mediante el uso del nombre de Dios desechas cualquier duda sobre si eres capaz de manifestar tus deseos, y vives desde las alturas de tu yo supremo.

Aunque solo sea para remachar la idea de que eres efectivamente el soy el que soy, o Dios, plantéate un salto en el tiempo hasta la época en la que Jesús estuvo en la Tierra como hombre. Sus palabras te informan de que la idea de afirmarte diciendo *Yo soy Dios* no es ninguna interpretación New Age, ni tiene nada de ofensiva con el cristianismo. No pecas de blasfemo al permitir que viva en tu interior esta creencia. Si te acometen sentimientos de culpa, relee la cita que encabeza este capítulo, escrita por san Pablo. Eres igual a Dios, sí. ¡No pasa nada!

En el evangelio de san Juan, cuando le preguntan a Jesús si ha *visto* a Abraham, contesta así: «En verdad, en verdad os digo: antes de que Abraham existiera, Yo Soy» (Juan, 8:58). De ese modo Jesús indica que Dios, la fuente creadora del universo, definido como amor, lleva el nombre de Yo Soy. A lo largo del Nuevo Testamento, muchos de los mensajes de más peso que se nos imparten empiezan por el nombre de Dios, que también tú has llegado a utilizar, aunque lo hagas demasiado a menudo para definirte como diferenciado o alejado de la Fuente: *Yo soy débil, soy una persona enferma, soy pobre, soy una persona triste, etc.*

Al usar las palabras *Yo Soy*, Jesús nos dice que Dios y él son una misma cosa. No se limita a pronunciar el nombre, sino que lo reivindica para sí, y como pronto verás te pide a ti que hagas lo mismo. Escuchemos a James Twyman en *El código Moisés*: «Cuando Jesús llegó y básicamente dijo: “YO SOY DIOS”, reaccionaron de la manera más violenta. Pero ahora, esta es la esencia del Código Moisés, la realización de que somos uno con Dios y, una vez nos hayamos dado cuenta de ello, actuar con el poder y la pasión de Dios en el mundo. Cuando Jesús lo hizo, le siguieron milagros allí adonde fuera».

Y a ti te digo, y lo subrayo, que al interiorizar este mensaje, y aprehenderlo, también conseguirás que se produzcan milagros en tu vida.

He aquí algunos de los mensajes, cargados de fuerza, de las enseñanzas de Jesús en las que invoca el nombre de Dios como prefijo a las admoniciones que nos dirige a todos:

«Yo soy la puerta; si alguien entra por mí, estará a salvo.» (Juan, 10:9)

«Yo soy el buen pastor.» (Juan, 10:11)

«Yo soy el pan de la vida. El que venga a mí no tendrá hambre, y el que crea en mí no tendrá nunca sed.» (Juan, 6:35)

«Yo soy la luz del mundo; el que me siga no caminará en la oscuridad, sino que tendrá la luz de la vida.» (Juan, 8:12)

«Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Nadie va al Padre sino por mí.» (Juan, 14:6)

«Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el viñador.» (Juan, 15:1)

«Yo soy la vid; vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, ese da mucho fruto; porque separados de mí no podéis hacer nada.» (Juan, 15:5)

«Yo soy el Alfa y la Omega, Aquel que es, que era y que va a venir, el Todopoderoso.» (Ap, 1:8)

De todos modos, es probable que la afirmación más importante de *Yo Soy* que nos dejó Jesús fuera esta:

«Yo soy la resurrección. El que cree en mí, aunque muera, vivirá» (Juan, 11:25).

Repara en que Jesús no dijo «Yo soy la crucifixión», sino «Yo soy la resurrección», en el sentido de que Dios es la resurrección, el ser de luz que es eterno y reside en todos nosotros.

Cuando mi hija pequeña, Saje, iba a segundo curso en un colegio privado religioso, nos dijo a su madre y a mí que no le gustaba nada entrar en la capilla y ver un cuerpo muerto empalado en una

cruz. Le angustiaba tanto que pidió a los directores que le permitieran no ir a la capilla, porque la imagen la entristecía hasta el punto de que ni siquiera podía concentrarse en sus deberes. Nos informaron de que la asistencia a la capilla era obligatoria, y lo que hicimos fue cambiarla a otro colegio donde no hubiera aquellas imágenes de sufrimiento.

A menudo pienso que la experiencia de Saje a los siete años trasluce un problema idéntico en todo el planeta, solo que mayor. Jesús dijo «yo soy la resurrección», el ser trascendente de luz, hecho de amor (Dios es amor), que está en todos nosotros, pero gran parte de la atención cristiana mundial se centra en la crucifixión de Jesús en el ser doliente con clavos en las manos y los pies, corona de espinas, el rostro cubierto de sangre y una herida en el costado. Es una imagen que se centra en el alma dolorida y atormentada que hay en todos nosotros, y que a su vez fomenta más dolor y miedo. Se basa en la falsa idea de que Dios equivale a sufrir.

A las versiones donde Jesús aparece como un alma torturada yo prefiero la interpretación artística que lo presenta como la resurrección, llena de amor y luz, que trasciende el sufrimiento terrenal y nos incita a amarnos mutuamente. ¡Qué distinto podría ser nuestro mundo si en vez de centrarnos en la crucifixión lo hiciésemos en la resurrección! Podríamos vivir este mandato de forma colectiva, y ver la luz eterna y resurrecta que define realmente nuestra condición de *Yo Soy*. Podríamos dar un paso de gigante hacia la idea reflejada en las palabras «Así en la tierra como en el cielo» (Mateo, 6:10).

Mientras investigaba para este libro y leía las sagradas escrituras, observé que la palabra *yo*, cuando la usa Jesús, aparece en mayúsculas o en cursiva, para darle más énfasis. ¿A quién se refería este gran maestro al emplear palabras como «Separados de mí no podéis hacer nada» o «Nadie va al Padre sino por mí»? Si alude a Jesús como el hombre que anduvo entre nosotros entonces tendría sentido idolatrarlo como el único ungido que posee todos los poderes de Dios por ser su único hijo. Según las mismas escrituras, sin embargo, Jesucristo nos recuerda con sus propias palabras: «El espíritu es el que da la vida; la carne no sirve para nada. Las palabras que os he dicho son espíritu y son vida» (Juan, 6:63). Es un punto que requiere toda tu atención.

Al decir «Yo», o «Yo soy el camino», Jesús no se refiere a su yo físico, al hombre que camina y habla, sino que habla como Dios, cuyo nombre nos ha dicho que es *Yo Soy*. Jesús nos recordó que la carne no sirve para nada, así que podemos suponer que también se refiere a su propia carne. Este aspecto lo confirma al decir: «Las palabras que os he dicho son espíritu y son vida».

Jesús como persona sabía que la Fuente creadora del universo se encuentra en las palabras *soy el que soy*. Fue tan sabio y santo que comprendió que en las palabras *yo soy* era *el espíritu de Dios* el que hablaba, no el cuerpo humano hecho de carne y hueso. He ahí el mensaje esencial de este capítulo sobre el yo supremo. Tú eres Dios. Más tarde, Jesús te dirige estas palabras: «En verdad, en verdad os digo, el que crea en mí hará él también las obras que yo hago, y hará mayores aún» (Juan,

14:12).

Otra vez el *Yo*, ese mismo *Yo* que eres cuando estás en concordancia y sabes que también puedes hacer grandes cosas, cosas aún mayores, y que las harás; cuando descartas cualquier duda sobre tu divinidad y vives como se te anima a vivir, no como una simple parte de Dios, sino como Dios mismo. *No, no debes considerar el hecho de ser igual a Dios como una usurpación de personalidad.* Es la secuencia lógica que puede permitirte (y te permitirá) cambiar tu concepto del yo y reconocer tu condición divina, así como la verdad fundamental de que cuando te vuelves uno solo con tu creador obtienes, como cocreador que eres, todos los poderes inherentes al hecho de decir «Yo soy Dios». Y, claro está, debes recordar que Dios significa amor.

Como tan escuetamente resumió Neville, «Es el concepto de sí mismo del YO SOY lo que determina la forma y el paisaje de su existencia. Todo depende de la actitud que guarde hacia sí mismo. Lo que no afirme como cierto acerca de sí mismo no podrá despertar en su mundo».⁸

A ver si puedes aceptar esta secuencia lógica que desemboca en un concepto totalmente nuevo de ti como Dios:

- Dios le habla a Moisés y anuncia su nombre para que lo sepan todas las generaciones venideras:
Soy el que soy.
- Unos mil trescientos años más tarde Jesús reconoce a Dios como *yo soy*.
- Con sus abundantes pronunciamientos de que *Yo soy el camino*, Jesús nos recuerda que él también es Dios.
- Jesús nos dice que todos somos iguales a Dios.
- Jesús nos asegura que habla como espíritu, y que la carne no vale para nada.
- Jesús nos dice que todos podemos hacer lo mismo que él porque también somos Dios.
- Tú eres Dios, el soy el que soy. Tenlo presente, y mantente en armonía con esta presencia divina del *yo soy*.

Tal vez ya no te suene tan extraño afirmar tu condición divina. Convendría empezar por ser prudente y no usar las palabras *yo soy* al describirte de alguna manera que no encaje con el yo realizado en Dios que acaba de despertarse en ti.

Regreso a los poetas para sintetizar el encuentro inicial entre Moisés y Dios disfrazado de zarza ardiente que se resiste a consumirse:

*De cielo repleta está la tierra,
y las zarzas vulgares arden todas en Dios,
Pero solo el que ve se quita los zapatos.
El resto hace corro alrededor, y coge bayas.*

ELIZABETH BARRETT BROWNING

Así es: la tierra está abarrotada de cielo, y tú eres tierra llena a rebosar de Dios, así que quítate los zapatos y respeta el espacio sagrado que eres.

TRES PROPUESTAS

- Toma conciencia del uso exacto que das a la palabra *soy* en tus conversaciones cotidianas. Si lo que la sigue no está en absoluta concordancia con tu percepción de cómo hablaría la Fuente creadora del universo, corrígete enseguida. Dite: «*Yo soy* la resurrección y la vida en pensamiento y sentimiento». Los *Discursos del YO SOY* de Saint Germain lo formulan así: «Encauza de manera inmediata toda la energía de tu Ser hacia el centro de tu cerebro, que es la fuente de tu Ser. Sería imposible exagerar el Poder de esta Afirmación. Lo que se puede hacer con ella es ilimitado. Fue la Afirmación que más usó Jesús en sus trances más difíciles».⁹

- Fíjate en el uso y abuso del poder inherente al *yo soy* que hacen en sus vidas los que te rodean, sobre todo tu familia y tus amigos íntimos. Observarás que muchos dicen: «Soy una persona débil, pobre, deprimida, enferma, triste, asustada, sin suerte», etc., y que siguen atrayendo todas esas cosas hacia su vida. Si están dispuestos a escuchar y a cambiar, recuérdales con amabilidad que la única manera de atraer lo que desean pasa por reconocer y aplicar la presencia activa de Dios dentro de ellos. No discutas. Recuérdaselo con buenas palabras. Observando y enseñando la conciencia del *soy*, te pondrás más en concordancia con tu yo supremo.

- Recuérdate a menudo que debes expulsar por siempre de tu vida las viejas mentiras inviábiles acerca de tu yo supremo. Sé capaz de decir «yo soy Dios» con orgullo y con la seguridad de no estar blasfemando ni diciendo ninguna inconveniencia. Creer en la idea (impulsada por el ego) de Dios como ser superior y malévolo que distingue entre buenos y malos y monta en cólera si lo disgustas es como creer en el conejito de Pascua y rezarle para que resuelva tus problemas. Ten siempre en primera línea de tus pensamientos las palabras de Jesús («Dios es amor»), y el orgullo de ser tú mismo ese Dios todopoderoso.

Los cinco pilares de los deseos cumplidos

¡Todo lo que puede pensar y captar le pertenece! Rechace la duda. Resístase a aceptar la ansiedad, la prisa y el miedo. Todo lo que sabe y todo lo que hace reside en usted y se expresa en un suave murmullo.

UELL STANLEY ANDERSEN

Primer pilar de los deseos cumplidos: usar la imaginación

La imaginación es más importante que el conocimiento. El conocimiento es limitado. La imaginación abraza el mundo.

ALBERT EINSTEIN

Hace muchos años, en una calle muy transitada de Londres, me llamó la atención un escaparate dedicado al poeta inglés William Blake. Releí varias veces una cita escrita en un cartel, y tuve la impresión de que sus palabras me llegaban al alma. Siguiendo un impulso interior, las anoté en el dorso de un sobre. Dentro de mí tuvieron un gran eco esas palabras escritas doscientos años antes por Blake, y abrigué la curiosa convicción de que algún día escribiría sobre ellas.

Demos un salto de diez años hasta el día en que empecé a escribir este capítulo sobre el pilar más misterioso de todos los que sustentan nuestras vidas humanas: la imaginación. La mañana antes de ponerme a escribir hurgué en un cajón del escritorio, buscando documentación fiscal, y de improviso apareció la cita de Blake escrita en el dorso de un sobre perdido hacía mucho tiempo. Al coger el sobre, que ya tenía diez años, reflexioné un momento en que la sincronicidad divina siempre está en funcionamiento y cambia las piezas de sitio mientras nuestro ego cree que somos nosotros los que lo controlamos todo. Justo cuando me disponía a empezar a escribir un capítulo sobre el uso de la imaginación reaparecían aquellos garabatos, después de una década «perdidos». ¿Cómo ignorar aquella sincronía?

Reproduzco por lo tanto, para vuestra lectura, las palabras de mi mentor espiritual del siglo XVIII:

El árbol que a algunos les arranca lágrimas de dicha no pasa de ser, en otros ojos, algo verde interpuesto en su camino. Algunos la Naturaleza la ven toda Ridiculedad y Deformidad [...] y algunos la Naturaleza no la ven apenas. Pero a los ojos del Hombre de Imaginación, la Naturaleza es la Imaginación misma.

El mayor don que has recibido es el de tu imaginación. Tu mágico reino interior contiene la capacidad de hacer que se cumplan todos tus deseos. Allá, en tu imaginación, reside el máximo poder que llegarás a conocer. Es el ámbito del que dispones para crear la vida que desees, y lo mejor es que eres tú el monarca, dotado de todos los poderes inherentes para regir el mundo como te parezca.

La esencia de este gran regalo está en otra observación de William Blake, el poeta intuitivo que vivió en los tiempos de la independencia americana. En *El matrimonio del Cielo y el Infierno* hizo

este comentario irónico, que es el gran secreto para llevar una vida de manifestación creativa: «Ahora está demostrado lo que en otros tiempos solo se imaginó». Párate a pensarlo. A medida que esta frase tan sabia penetra en tu conciencia, tu imaginación empezará a tomar el mando.

Mira a tu alrededor. En algún momento todo lo que puedes experimentar con los sentidos estuvo en la imaginación de alguien. Es la gran verdad que debes entender por ti mismo. Para que exista algo en este mundo donde existen cosas, y como dice Blake «están demostradas», primero tienen que arraigar en tu imaginación. Sin tu imaginación como motivo de futuras creaciones se detendría el proceso de la creatividad. Es un gran poder que llevas dentro; un poder prácticamente ilimitado, y que te pertenece por derecho.

Antes de ponerlo en práctica, es esencial que sepas que casi todas las enseñanzas espirituales se han referido al poder que comenta Blake en su aguda sentencia: «Ahora está demostrado lo que en otros tiempos solo se imaginó». Durante el año que pasé investigando y viviendo el Tao para mi libro *Nuevos pensamientos para una vida mejor* me asaltó esta verdad en el verso 40 del Tao Te Ching. «El ser nace del no ser», observó Lao-Tsé hace dos mil quinientos años. El mundo visible del ser se origina en el no ser. Unos quinientos años después, Jesús dijo a sus seguidores: «El espíritu es el que da vida» (Juan, 6:63). Y así podría repasar todas las grandes tradiciones espirituales e ir acumulando citas en las que se afirma que la chispa que origina la vida empieza en ese ámbito invisible y sin forma.

Actualmente, el mundo de la física cuántica confirma que el universo está compuesto de energía sin forma (espíritu), y que las partículas (es decir, las cosas) no tienen su origen en otras partículas (cosas). Todo surge de algo afín a tu imaginación. No lo puedes tocar, saborear, ver, oír ni oler. No tiene límites. No puedes demostrarlo con fórmulas matemáticas ni verificaciones científicas. Y aun así todos sabemos que existe. Esos pensamientos invisibles que tienes, esas ideas que siguen filtrándose a través de ti, esas imágenes extravagantes que están siempre en tu interior quedan fuera del alcance de las demostraciones o refutaciones científicas.

Hay una observación de Max Planck, el padre de la teoría cuántica, que me fascina: «La ciencia no puede resolver el misterio último de la naturaleza; y eso porque en el análisis final nosotros mismos formamos parte de la naturaleza, y por lo tanto del misterio que intentamos resolver». Sabes que tienes imaginación y punto. Sabes también que esa imaginación es la Fuente de todo lo que existe. En tus manos está encauzarla y usar este magnífico atributo para trabajar en la creación de todo lo que decidas situar dentro de esa imaginación.

Mi definición favorita del éxito, que he citado en muchas ocasiones, la formuló Henry David Thoreau en la laguna de Walden, a mediados del siglo XIX: «Si avanzáramos confiadamente en la dirección de nuestros *sueños* y nos esforzáramos por vivir la vida que habíamos *imaginado*, nos encontraríamos con un éxito inesperado en las horas corrientes». He puesto en cursiva dos de las palabras con las que Thoreau define el éxito: *sueños* e *imaginado*.

Lo que dice Thoreau es de enorme importancia para ti en este momento. Tienes que estar dispuesto a soñar y a imaginar que te conviertes en todo lo que quieres ser. Si basas tu vida en esas visualizaciones, el universo se pondrá en concordancia contigo para hacer posible todo lo que deseas, y aún más de lo que imaginabas al vivir en un nivel de conciencia común, o lo que llama Thoreau «horas corrientes». Que no se te olvide este axioma básico: si todo lo que existe ha sido imaginado en algún momento, lo que quieres que exista para ti en el futuro debe ser imaginado ahora.

A medida que vayas leyendo sobre los pilares necesarios para el cumplimiento de tus deseos, verás que usar la imaginación requiere de tu parte una mayor intensidad que limitarte a imaginar de vez en cuando algún anhelo. Primero tienes que desaprender algunas de las maneras con las que has hecho un mal uso o has dilapidado la capacidad que tiene tu imaginación de proveerte de una facultad ilimitada para manifestar todo lo que deseas. Thoreau lo definió como avanzar con confianza en la dirección de tus sueños. Por desgracia, la mayoría hemos aprendido a hacer justo lo contrario con nuestra imaginación, y en vez de eso la usamos de forma sistemática para crearnos el hábito mental de avanzar justo en la dirección opuesta a los sueños más elevados que albergamos sobre nuestra persona.

En el próximo capítulo analizaré en profundidad cómo se pueden usar los *soy* y vivir a partir de la conciencia de *Yo soy Dios*, empezando por la imaginación. Recuerda que *Yo soy Dios* no se refiere en modo alguno a tu cuerpo. Se refiere al espíritu innato, imperecedero e inmutable que permanece en todas las formas cambiantes que adopta tu cuerpo en cada momento de tu vida temporal aquí en la Tierra.

Es importante que reconozcas algunos de los pasos en falso de la imaginación que se interponen en el cumplimiento de los deseos propios y exclusivos de cada persona. Recuerda que tu imaginación no pertenece a nadie más que a ti. Posees la facultad connatural de usarla como quieras. De *tu* imaginación no es responsable nadie más. Todo lo que penetre en tu imaginación y se mantenga en ella acaba convirtiéndose en tu realidad.

Esta idea la recalca Nikos Kazantzakis a través de Zorba (el pintoresco protagonista de su libro *Zorba el griego*, que apura al máximo su vida desde el primer día hasta el último): «Creyendo con pasión en algo que aún no existe lo creamos. Lo no existente es lo que no hemos deseado bastante». Es el poder que tiene tu imaginación cuando imaginas lo suficiente tus deseos para convertirlos en tu

realidad. No depreciés este gran regalo usándolo de manera antitética a su naturaleza original de *Yo soy Dios*.

Es posible que el mal uso más frecuente que se hace de la imaginación consista en subrayar lo que *no se desea* para uno mismo. Es la categoría más amplia de usos erróneos. Si prestas atención a las conversaciones de la calle quedarás sorprendido por su omnipresencia. La actividad imaginativa expresada en frases como *no me merezco la prosperidad, siempre tengo mala suerte, nunca me salen bien las cosas y tengo mala salud y no puedo curarme* es un tipo de ideas que uno puede haber tenido desde la niñez. Las personas realizadas y que funcionan en un plano elevado *nunca* imaginan lo que *no desean* que esté en su realidad, y punto.

Empieza a prestar atención a las ideas que no quieres que se materialicen, y pon empeño en que se ausenten de tu imaginación. Activa la costumbre de llenar al máximo tus pensamientos creativos con ideas y deseos que tengas toda la intención del mundo de manifestar. Da cumplimiento a lo que imagines, aunque a otros pueda parecerles una locura, o algo imposible. Recuerda las palabras de Kazantzakis, y cree apasionadamente en lo que contiene tu imaginación y que todavía no existe en el plano físico.

Algunas normas para una imaginación saludable

- **Norma número uno:** no pongas *nunca* en tu imaginación ningún pensamiento que no te gustaría que se materializase.

- Igual de importante es la **norma número dos:** nunca dejes que tu imaginación se contamine con ideas sobre *lo que era antes* tu vida. Necesitas fe en tu capacidad de convertir lo no existente en tu realidad. El hecho de que hasta ahora no hayas percibido en tu vida cotidiana la magia de lo no existente no es motivo para envenenar tu imaginación con los pensamientos que te han llevado a donde estás, o a donde has estado casi toda la vida. *No puedo remediarlo, yo siempre he sido así:* esta es una afirmación que indica el uso que has hecho en el pasado de tu imaginación, y que te retrotrae al nivel común de conciencia al que me he referido en el primer capítulo. Ahora tienes que estar dispuesto a modificar tu concepto del yo, pero no podrás llevarlo a cabo si sigues aferrándote a ideas viejas que en otro momento fueron tus verdades. Esas verdades te han impedido lograr el total cumplimiento de tus sueños.

Tu imaginación puede ser sometida a una completa revisión. Cambia esas viejas ideas de *Siempre he sido así, es mi manera de ser, es lo único que he conocido*, por *Yo soy Dios, soy una persona capacitada, soy fuerte, soy rico, soy feliz...* Por usar las palabras de Saint Germain, «¡YO SOY la

presencia dominante! Y en uso de mi dominio hago que esta “Presencia YO SOY” gobierne a la perfección mi mente, mi casa, mis asuntos y mi mundo». ¹⁰ Aplica tu imaginación al cumplimiento de todos tus deseos realizados en Dios y en concordancia con él. Amplíala más allá del concepto del yo que te limita a la conciencia común.

• La **norma número tres** te recuerda con énfasis que tu imaginación es pura y exclusivamente tuya. Se trata de un ámbito vasto y sin límites que está dentro de ti, y en el que no puede entrar nadie más. Nadie puede echar una ojeada a tu imaginación, ni introducir pensamientos que les convengan a ellos, ni sacar ninguna idea que se esté filtrando a través de esa magna imaginación que posees. Tu imaginación es el terreno fértil del que dispones para cultivar los brotes que decidas plantar para futuras cosechas. Esta norma te aconseja no dejar jamás que ocupen tu imaginación ideas ajenas sobre lo que te resulta posible o imposible, sobre cómo deberías pensar, sobre quién deberías ser o sobre cualquier otra cosa. Haz inventario cada cierto tiempo de todas las ideas contenidas en tu imaginación. Fíjate en que muchas de ellas tuvieron su origen en las sugerencias bienintencionadas de *otros*, y que remontándose a tu más tierna infancia, llegan hasta hoy.

Puede que te hayan dicho que siempre has sido un soñador, como si fuera un defecto. Sobre esto puedo hablar por experiencia. Mis parientes, amigos, profesores y hasta consejeros menospreciaban con frecuencia las ideas que ardían con fuerza en mi imaginación. Oía a menudo comentarios de este estilo: «Pero qué soñador eres, Wayne. Pon los pies en el suelo. Nunca triunfarás como escritor, ni en un programa de la tele, ni te harás famoso en el cine. Sé realista. Nosotros sabemos lo que te conviene».

A los veintidós años, cuando me licenciaron del ejército, mis superiores me advirtieron de que entrar en la universidad a mi «avanzada edad» comportaba un gran número de riesgos, debido a mi falta de experiencia en los estudios superiores y a que competiría con chicos más jóvenes que acababan de salir del instituto. Como en el ejército ya era un criptógrafo cualificado, me aconsejaron seguir con lo que les parecía mejor para mí. Yo, sin embargo, tenía un sueño, una imaginación llena de ideas sobre dar clases, escribir y dirigirme a grandes públicos. Me veía sobre un escenario. Me veía como un escritor de primera. Y esa visión no podía sabotearla ni la sabotearía la visión de otra persona sobre lo que yo debía o podía ser en el futuro.

De niño, en mis casas de acogida, casi nunca hacía caso a las ideas de los demás sobre lo que tenía que pensar o hacer. Era sencillamente indiferente a sus opiniones respecto a lo que podía imaginar para mí mismo. Este tipo de disciplina interna en lo tocante a mi imaginación la he seguido de manera rotunda, negándome a que las opiniones externas anulasen o empequeñeciesen lo que para mí era tierra sagrada.

Hace poco, otras personas me aconsejaron no salir en una película a los sesenta y ocho años sin

haber tenido ninguna experiencia como actor. Según ellos, no era sensato por mi parte. Una vez más, me acordé de colgar el cartel de NO MOLESTEN a la entrada de mi imaginación y empecé a recibir clases de interpretación y a adoptar el régimen *autoimpuesto* que me permitió rodar una película. Hoy en día me enorgullece el resultado, y todo por haber practicado diligentemente la tercera norma.

Nunca (digo bien: *nunca*) dejes que ideas ajenas mancillen tu sueño o contaminen tu imaginación sobre lo que puedes o no puedes llegar a ser. Es tu territorio, y es una gran idea poner un letrero de PROHIBIDO EL PASO en todas las entradas de tu imaginación.

Generalmente, los puntos de vista de las otras personas sobre cómo te conviene ocupar tu imaginación están teñidos por sus intereses personales. En el fondo, a mis superiores de la marina no les importaban mis ideas sobre ser profesor, escritor y orador; ellos veían a un oficial de marina en ciernes y prometedor, y querían que me reenganchase y los ayudase a cumplir sus propios objetivos y cuotas. Lo mismo ocurre con la mayoría de personas que con toda la buena intención se erigen ellos mismos en tus asesores personales y te dicen cómo tienes que pensar en tu futuro. Muchas veces lo que intentan es cumplir sus deseos de sentirse superiores aconsejando a los demás. A menudo esa tendencia a entrometerse en tu imaginación es debida a un interés egoísta por parte de ellos, al convencerte de que tus sueños son una locura. Prescinde de cualquiera (incluido tú mismo) cuyo principal interés no sea lo que ves u oyes acerca de tu vida en tu imaginación.

- La **norma número cuatro** puede que te sorprenda. Trata de lo que no te conviene dejar que monopolice tu imaginación. Bajo ningún concepto dejes que se restrinja tu imaginación a las actuales condiciones de tu vida, o a lo que llamo «obsesionarse con lo que es». Tu imaginación es ilimitada, y si has optado por un nivel de vida común es tentador quedarse en «lo que es» en vez de en lo que estás resuelto a manifestar. Recuérdate en todo momento que tus viejas creencias te han llevado justamente al punto en el que estás. Dado que se trata de un tema bastante persistente de este libro, merece la pena repetirlo: si quieres elevar tu vida y convertirte en manifestador, tienes que cambiar lo que creías de ti mismo y que te ha llevado a donde estás. Los sentimientos de *Esto es la realidad, es que las cosas son así, no puedo hacer nada para cambiar las cosas tal como están* y otros por el estilo son pensamientos perniciosos que mancharán y envilecerán tu gran don del *soy el que soy*, que es la herencia divina recibida de tu creador.

De la misma manera que no se puede crecer si se siguen haciendo las cosas exactamente igual que ayer y que mañana, a tu imaginación se le plantea el mismo desafío. Dentro de ella, puedes sustituir el pensamiento de *Algún día estaré en un lugar mejor* por el de *Mentalmente ya estoy donde deseo estar*. Tal vez te suene irracional, porque estás acostumbrado a evaluar tu vida a partir de lo que te dicen tus sentidos sobre cómo es tu realidad. Después de haber leído el capítulo 5, y haberte familiarizado con este enfoque imaginativo de la vida, podrás adueñarte de esta idea a tu propia

manera.

Como pequeño adelanto, voy a pedirte que recuerdes que Dios no le dijo a Moisés «Mi nombre es *Yo seré*», porque sería como admitir que a Dios, ahora mismo, le falta algo en lo que acabará por convertirse. Dijo: «*Yo soy el que soy*». También tú has recibido el legado del *Yo Soy*. Puedes decidir reprogramar tu imaginación para que te conduzca a donde quieres estar: en el presente. La creación tiene su origen en el mundo del Espíritu. Por decirlo de otro modo, tu imaginación es la Fuente de todo lo que aún no se te ha manifestado. Si solo te quedas con lo que dicen tus sentidos que es la realidad, eriges una barrera que impedirá que tu imaginación cree todo lo que desees. Tu imaginación es ilimitada. La restricción a lo que existe ahora es justamente eso: lo que existe ahora.

Albert Einstein hizo una observación de gran perspicacia: «La lógica te lleva de A a B. La imaginación te lleva a todas partes». Tu lógica (es decir, los hechos que has aceptado como verdaderos) te ha llevado al punto B. Ahora *reprogramarás* tu imaginación para que te lleve a cualquier sitio, cualquiera en el que tengas la valentía de ubicarte con el pensamiento.

En el pasaje sobre el éxito citado anteriormente, el de Henry David Thoreau, la última frase se ajusta bien a este primer pilar de una vida de deseos cumplidos: «Nos encontraríamos con un éxito inesperado en las horas corrientes». Thoreau nos da a entender que el universo empezará a conspirar contigo para que se cumplan tus deseos. Lo que te aportará lo que desees no es solo tu imaginación, sino el haberte resituado en concordancia con el *Soy el que soy*. Cuando te conviertas mentalmente en ello obtendrás los mismos poderes que los que han pasado a compartir tu suerte: Dios o el Tao.

TU YO SUPREMO Y TU IMAGINACIÓN

Tu esencia, el tú que es un ser espiritual inmerso en una experiencia humana temporal, se cultiva en tu imaginación. El *Soy el que soy* (es decir, el tú que es Dios) es impermeable a los sentidos. Dentro y alrededor de ti hay un mundo invisible que eres tú, y tu imaginación es la clave de la que dispones para situarte de nuevo en concordancia con esta presencia del *Yo soy* que, según dijo Albert Einstein, «te lleva a todas partes». En este mundo siempre hay quien te oriente cuando (1) *estás abierto a ello*, y sobre todo cuando (2) *estás en concordancia física, mental y espiritual*, lo cual implica vivir en armonía con tu propio dharma personal, tener la sensación de ir por el buen camino y vivir como se tiene que vivir, y sentir la presencia de tu yo supremo.

Esta orientación adopta vías que no experimentas cuando tu vida está mal encarrilada, o cuando prefieres emociones negativas como el miedo, la angustia, la preocupación, el odio o la tristeza; estados emocionales dudosos, que te apartan de tu yo realizado en Dios. Recuerda que el nombre de Dios es *Yo Soy*. Así las cosas, ¿cómo podría Dios decir «Soy temeroso, aprensivo, irritable, triste» y

seguir siendo Dios? Imposible, porque Dios es amor, y Dios es unidad. Para que Dios fuera temeroso, aprensivo, irritable o triste tendría que dividirse y tener algún otro motivo que él mismo para el temor, la aprensión, la irritación o la tristeza. Entonces Dios serían dos: Él mismo y el destinatario de su mal humor o de su enfado, y eso no podría hacerlo Dios sin dejar de ser Dios.

Lo mismo ocurre en tu caso. Cada vez que añades a la palabra *soy* un descriptor que no sea Dios niegas tu condición divina. La palabra *soy* es tu identificación sagrada como Dios, tu yo supremo. Ten cuidado al usar este término, porque añadir a *soy* algo que no concuerde con Dios... ¡eso sí que es tomar su nombre en vano! Ejercítate en el uso de la imaginación para definirte de maneras siempre compatibles con tu yo superior. Entonces el universo te aportará la felicidad, el amor y el éxito que hasta entonces habías imaginado que te eludían. Eso significa exactamente la afirmación de Thoreau de que «Nos encontraríamos con un éxito inesperado en las horas corrientes». Las *horas corrientes* son los momentos que pasas en estado de «conciencia común», sin parar mientes en la naturaleza de tu ser realizado en Dios. Lo subrayo basándome en mi propia experiencia.

Ahora que ya he superado los setenta, empiezo a darme cuenta con más facilidad del vínculo entre mi invitación consciente al Dios que está dentro de mí y lo que me tiene reservado el universo. Para mí, basar mi vida en la certeza de que *Yo soy Dios*, en todo el sentido de la palabra, es un imperativo nada menos que sagrado. El resultado es una concordancia absoluta con mi propio dharma, de maneras que no siempre parecen ligadas entre sí. A este fenómeno lo llamó Carl Jung *sincronicidad*, una colaboración con el destino que parece darse en medio de extrañas y maravillosas «coincidencias».

Es como si unos seres invisibles cogieran las riendas de mi vida, en un sentido profundo. Yo los siento, y ellos se me dan a conocer de varios modos, que en otros tiempos yo mismo habría tildado de descabellados e imposibles. La presencia de seres, incluidos los difuntos, se ha convertido en mi realidad. Estos seres angélicos hacen que nunca pierda el rumbo de mi dharma y de mi yo supremo. No es que tenga la impresión de ser gobernado por seres invisibles, sino que me siento en un estado nuevo de conciencia, y de esa manera me doy cuenta de las influencias que recibo, sin dejar de actuar desde mi preciadísimo libre albedrío. Se me ocurre un ejemplo reciente.

Durante mi paseo de todas las tardes me di cuenta de que no iba por el camino de siempre. La dirección que había tomado no era exactamente la habitual. Después de comprar comida para casa, resolví volver por una ruta que nunca había seguido. En un momento dado vi una fuente y decidí pararme. Después, por un camino totalmente a oscuras, oí que me llamaban. Mis nuevos actos me habían puesto en concordancia con alguien que me reconoció, aunque fuera de noche.

Charlamos un poco y lo invité a venir a casa con su mujer y sus dos hijos pequeños. Michael y Angela estaban en Maui para conmemorar la muerte de su hija de dos años y medio, fallecida hacía nueve años. Hablamos de la pérdida. Angela explicó que no dejaba de sentir ni un solo día la

presencia de su primogénita. Lo describió como una sensación de alegría casi vertiginosa que impregnaba su vida cotidiana. *Sabía* que el fallecimiento de su hija era una experiencia divina, y que su hija angélica estaba en todo momento junto a la familia, además de intentar enseñarle a su madre algo que esta no acababa de aprehender, pero que la llenaba de entusiasmo.

¿Cuántos movimientos no planificados hice para que nos conociéramos y nos pasáramos toda una noche hablando justamente de lo que estoy escribiendo en este instante? ¿Era yo quien controlaba mis acciones? ¿O me estaban guiando? ¿Habían guiado también a Michael y a Angela hasta aquel lugar para que se produjese nuestro encuentro? Yo no tuve la sensación de que me gobernasen; lo que ocurrió fue que tomé *conciencia* fugazmente y me dejé orientar sin ninguna sensación de oír voces extraterrestres, con la idea de que se presentaría por sí solo un hecho de gran importancia. Solo más tarde, al pensarlo, me di cuenta de que todas mis desviaciones de la rutina habían respondido a algún tipo de orientación favorable a nuestro encuentro nocturno. Lo ocurrido en dicho encuentro es lo que me ha incitado a referir la anécdota, porque es un ejemplo de vida vivida a partir de dejar que actúe libremente la imaginación. Parece que algo interceda y genere circunstancias que hacen que se cumplan los deseos.

Durante la velada que pasé con Michael y Angela les conté mi experiencia con un orbe, una figura opaca y circular que aparece inesperadamente en las fotografías. Concretamente, se la veía encima de mi hombro izquierdo en una foto de una conferencia. La autora de la foto, Linda Millek, amplió la manchita hasta que dio la impresión de estar compuesta por rostros humanos, presentes en mi charla sobre los *Discursos del YO SOY*. Resulta que el único hijo de Linda llevaba muerto dieciocho años, poco más o menos, y se estaba comunicando con ella por la vía del *Yo Soy*. Linda tiene miles de fotos de orbes que capta con su cámara. Siente la presencia de su hijo en orbes que aparecen majestuosamente en toda una serie de formas. Se ha embarcado en el proceso de hacer que su hijo la ayude a comprender qué significan las apariciones.

En la isla de Saint Marteen, Linda me hizo varias fotos donde aparecen orbes en forma de megáfono tanto en mi hombro izquierdo como en el derecho. Sus formas son idénticas a las que aparecen en las que hace desde la ventana de su dormitorio, en Michigan, donde vivió su hijo. Ella está absolutamente convencida de la existencia de estos orbes, e inmersa en el proceso de averiguar su significado y la mejor manera de usar la información para dar cumplimiento a una vocación superior.

El de los orbes, y su finalidad, es un tema fascinante. Acabo de terminar mi primera lectura de un libro de Klaus y de Gundi Heinemann que se titula *Orbs: Their Mission and Messages of Hope*. Contiene sesenta y cinco fotos en color de estos bichitos invisibles, más bien místicos, junto con comentarios y pruebas visuales capaces de convencer y convertir al más escéptico. Tengo en casa las

fotos de estos orbes, ampliados al máximo, y me ha dejado estupefacto descubrir que mi impresión de no estar solo en este nuevo viaje hacia el *Yo soy* no solo se traduce en una conciencia más aguda de las cosas, sino en pruebas fotográficas.

Como me dijo Linda al mostrarme sus vídeos de los orbes, y la montaña de fotos en las que aparecen, y las transmisiones de su hijo, «es como seguir migas de pan espirituales. De repente te empiezan a cuadrar las cosas raras que te pasan». No he visto a nadie más seguro de que su ser querido lo orienta desde el otro lado, y de que estos orbes, con sus formas fascinantes y rostros humanos, contienen mensajes poderosos de esperanza para todos.

Durante mi encuentro «fortuito» con Michael y Angela sentí el impulso de explicarles mi experiencia reciente con los orbes, especialmente después de que Angela me confiase lo profundamente que sentía la presencia de su hija, aunque hubiera muerto nueve años atrás. Les enseñé las fotos y les expliqué hasta qué punto lo que me ocurría era (por citar de nuevo a Thoreau) «inesperado en las horas corrientes». Me enteré de que ellos tenían cientos de fotos con orbes, que interpretaban como apariciones misteriosas de su hija, manifestada para indicarnos algo a todos.

Es posible que todo lo que concordó para que conociera a esa familia sucediese para que algún lector de este libro, al leer estas palabras, se plantee la posibilidad de obtener orientación de otros ámbitos que el nuestro, y resuelva usar de otra manera su imaginación. Ese lector podrías ser tú. Deja que tu imaginación explore este ámbito invisible para que tu vida se impregne de esta nueva energía. Desplázate a un lugar de tu interior en el que *Todo lo que puedas imaginar* no sea solo el título de un libro, sino una nueva manera de ser.

El doctor C. Norman Shealy, profesor de prestigio, y rector de una institución académica, tiene lo siguiente que decir acerca del tema de los orbes:

Quando Anthonie van Leeuwenhoek usó el microscopio para darnos a conocer las bacterias y los microorganismos, abrió una nueva dimensión. Ahora se nos está dando a conocer otra dimensión misteriosa, la del orbe. Mi previsión es que esta nueva experiencia abrirá un mundo aún más fascinante que el que desveló el microscopio. ¡En él encontrarás una belleza y un misterio sin igual!

«Una belleza y un misterio sin igual.» ¡Y tanto! Yo aún diría más: «¡Las pruebas suprarreales de que en este mismo instante tienes sobre tu hombro una inteligencia que te orienta!». Date el gusto de seguir tus sueños, y fomenta tu imaginación *abriendo el pensamiento a todo, sin atarlo a nada*.

Descubrirás que cuando tu imaginación condense tu intención de manifestarte a ti mismo y a los demás, el increíble mundo de la sincronicidad se expandirá ante tu propia vista; y será por haberte puesto en concordancia con la poderosa fuerza de Dios que creó la forma a partir del espíritu. Como ya has oído muchas veces, *con Dios todo es posible*. Esta fuerza divina espera tu energía imaginativa. Le es muy fácil enviar a las personas indicadas en el momento preciso, y aunque en el momento mismo pueda resultar desconcertante, tu yo supremo dice: «¡Pues claro!». Es algo que

ocurre con toda naturalidad al concentrar nuestra atención e imaginación en el Dios interior. Un sentido sagrado de que todo está bien te dice que te encuentras en plena evolución hacia un nuevo nivel, en vez de vivir a través de las ideas limitadas de tu ego sobre lo que eres y en qué puedes convertirte.

La presencia de unos ángeles que te dan ánimos en los momentos bajos, y que lo redistribuyen todo para que lo que parecen circunstancias enigmáticas e inexplicables sean la realidad. Una curación tan bienvenida como desconcertante, la turbadora aparición de una ayuda económica en el momento en el que hacía más falta, la sorprendente recepción de un libro que contiene los datos que tanto deseabas pero que te rehuían, la inesperada llamada telefónica que te da las respuestas que buscabas, el brusco cambio a una actitud más sana por parte de un ser querido para el que no se albergaban ya esperanzas... Las posibilidades son infinitas. La consonancia con la Fuente creadora del universo en tu imaginación divina hace que lo que deseas sea probable; más aún, inevitable.

Quiero volver a referirme a mi alma gemela espiritual, Neville, el que me dio la inspiración para escribir este libro. Neville nos remite a la carta de san Pablo a los habitantes de Éfeso —«A Aquel que tiene poder para realizar todas las cosas incomparablemente mejor de lo que podemos pedir o pensar, conforme al poder que actúa en nosotros» (Efesios, 3:20)— y da a entender que el «Aquel» del pasaje, capaz de hacer más de lo que podamos pedir o pensar, es *la imaginación, el poder que actúa en nuestro interior*.

Ahora que has comprendido —afirma Neville— que la imaginación es ÉL, capaz de hacer todo lo que le pidas, y que la atención es el poder con el que creas tu mundo, ya puedes construir tu mundo ideal. Imagina que eres el ideal que sueñas y deseas. No apartes la atención de este estado imaginado, que se manifestará en tu mundo como *realidad* en el mismo momento en el que sientas totalmente que ya eres ese ideal.¹¹

En los capítulos siguientes expondré en profundidad la importancia de sentir que ya eres dicho ideal, y de la palabra *atención* cuando se trata de manifestar tu nueva realidad. Ahora que llegamos al final de este capítulo sobre la relevancia y el peso incuestionables de nuestra imaginación, ten presentes las palabras de san Pablo. Hay en el universo un poder capaz de ir más allá de todo lo que puedas llegar a pedir, e incluso a pensar, y ese poder *actúa en tu interior*. ¿Qué otra cosa podría ser que tu imaginación? Mantente en un estado de gracia y gratitud por este don radiante que está siempre a tu disposición para que hagas con él lo que desees.

TRES PROPUESTAS

- Sé categórico al presentar tu imaginación como un espacio interior privado y sagrado. Deja claro

que nadie tiene ni tendrá permiso para contaminarlo de ninguna manera. Habla con reverencia a tu imaginación. Ríndele homenaje. Consérvate en un estado permanente de gratitud por este bello sanctasanctórum interior que es tu *Soy el que soy* supremo, compartido con la Fuente creadora de todo el universo.

- No pongas límites a lo que te atreves a imaginar. Guarda esas ideas tan elevadas en un lugar privado de tu ser para que nadie pueda ensuciarlas ni frenarlas, y pon en las fronteras de tu imaginación un letrero de PROHIBIDO EL PASO que te recuerde que se trata de un espacio privado.

- Invita al mundo misterioso y oculto del Espíritu a guiarte. Crea un ambiente en que lo dejes entrar, pero sin presionarlo. Recuerda el consejo de san Pablo: «Lo que se ve resulta de lo que no aparece». Tal vez en pleno siglo XXI nos parezca curioso este lenguaje, pero no deja de ser un mensaje lleno de fuerza, que conviene que guardes en tu corazón. Todo procede del Espíritu, y si estás en concordancia con lo oculto tu imaginación será ese propio Espíritu.

Segundo pilar de los deseos cumplidos: vivir desde el final

Delante de Aquel a quien creyó, de Dios que da la vida a los muertos y llama a las cosas que no son para que sean.

ROMANOS, 4:17

Este pilar, el segundo de una vida de deseos cumplidos, puede resultar la más problemática y menos convencional de todas las ideas que acometas. Si ves que es así, te animo a recurrir a toda tu fuerza de voluntad. Estás a punto de reconvertir tu imaginación para que acepte la idea de que cualquier elemento puesto en ella no está reservado a futuras experiencias, sino que *representa tu realidad, aquí y ahora*. Lo que se te pide es meter los cinco sentidos en una caja fuerte para que no puedan convencerte de que estás haciendo caso omiso de lo que perciben *ellos* como la realidad. Estás cruzando el umbral de una nueva dimensión, la realidad inusitada de la que habla san Pablo en sus cartas a los habitantes de Roma, en el pasaje de Romanos 4:17 citado anteriormente.

No olvides en ningún momento un axioma básico de este libro, la gran certeza que he descrito en el tercer capítulo y que subrayo desde la primera hasta la última página: *Todos somos Dios*. «¿No está escrito en vuestra ley: “Yo he dicho: dioses sois”?» (Juan, 10:34). Fue la respuesta de Jesús cuando se disponían a apedrearlo. «No queremos apedrearte por ninguna obra buena, sino por una blasfemia y porque tú, siendo hombre, te haces a ti mismo Dios» (Juan, 10:33). Lo cito para recordarte que quien dice estas palabras no soy yo, un escritor loco del siglo XXI, sino que proceden directamente de las Escrituras.

Ahora límitate a releer la frase que pronuncia san Pablo en Romanos 4:17: «Y llama a las cosas que no son para que sean». Dios actúa así. Cuando tu imaginación se pone en concordancia con los principios más altos de tu yo supremo, es Dios en acción. Puedes convertir tu imaginación en un lugar donde «llamar a las cosas» como insistes que sean, aunque no hayan aparecido en la tercera dimensión tal como la captan tus cinco sentidos. Es desde ese lugar desde donde tienes que aprender a confiar, pensar y *vivir*, no *prever*. De ahí el título de este capítulo: «Vivir desde el final».

Donde escribo ahora mismo hay un libro con una sobrecubierta muy bonita, pegada con cinta adhesiva. La sobrecubierta es exactamente igual a la portada del libro que estás leyendo, titulado *Todo lo que puedas imaginar*. De momento solo llevo escrita una tercera parte del texto, pero cada día, al llegar a mi espacio sagrado de escritura, veo el libro completo. Es una costumbre que tengo

desde hace muchos años. Durante el proceso de escritura veo cada día el libro terminado, tanto en mi imaginación como en su representación simbólica.

Mi imaginación es donde mis pensamientos son los de Dios, y donde, consecuentemente, soy Dios creando lo que sé que ya existe. Estoy «llamando a las cosas que no son para que sean». Saberlo, y sentirlo, significa que no hay nada capaz de disuadirme de esta fuerza creativa contenida en mi imaginación. No existe el miedo a completar la sobrecogedora empresa de escribir un libro, puesto que en mi cabeza el libro ya está terminado. Lo único que hago es dejar que fluya la energía en mi interior, y que, después de atravesar mi corazón, se derrame en las páginas. Hace poco, en mi web, formulé esta observación sobre la pregunta «¿Eres escritor?»: «Deja de juzgar y apartarte de tu propio camino. Al hablar de la escritura siempre digo a mi público: escribir no es nada que haga, sino algo que soy. Yo soy escribir. Es una simple expresión de mi ser».

Fíjate en las palabras *Yo soy* (el nombre de Dios invocado de generación en generación), que le fueron dichas a Moisés en la Torá. Empieza a centrar tu atención en las palabras que siguen al nombre sagrado de Dios (tu yo supremo), es decir, *Yo soy*. Empieza a reconocer el poder de tu imaginación creadora para cumplir deseos con el *soy*.

EL PODER DE TU IMAGINACIÓN

Tatúate en la frente (no en sentido literal) estas palabras de Neville. Dicho de otra manera, memorízalas y repítelas cada vez que te mires al espejo:

Haz caso omiso de las apariencias, de las condiciones, de todos los datos sensoriales que nieguen el cumplimiento de lo que deseas. Da por hecho que ya eres lo que quieres ser, pues en esa asunción tan resoluta tú y tu Ser infinito os fundís en una unidad creativa, y *con tu Ser Infinito (Dios) todo es posible*. Dios nunca falla.¹²

Tu concepto del yo está siendo sustituido por otro.

El primer paso para un nuevo concepto del yo es situarlo en tu imaginación y vivir a partir de esta nueva perspectiva. Puedes dar por descontado que tus cinco sentidos intentarán convencerte de que solo tienes que rendirles pleitesía a ellos y tratar tu imaginación como algo ilusorio, carente de importancia, pero eso no significa que dejes que usurpen tu nuevo concepto del yo.

Puedes practicarlo ahora mismo. Di en voz alta, o para tus adentros: *Poniendo nuevos soy en mi imaginación mi sueño futuro es un hecho presente*. Repítelo unas cuantas veces. ¿Sientes la resistencia de tu ego? ¿Cuál de tus cinco sentidos es el que más se encrespa? Obsérvalo y repite la frase. Este nuevo concepto de ti mismo como Dios, o al menos como chispa de Dios, requiere que pienses como Dios, que «llama a las cosas que no son para que sean».

Estás creando un ideal de lo que quieres ser, y dando por hecho que ya eres esa persona. Es lo que llama Neville Ley de la Asunción. «Si se persiste en esta asunción hasta que se convierta en sentimiento dominante —dice con énfasis—, la conquista del ideal será algo inevitable». ¹³

Recuérdate que puedes usar como decidas tu imaginación, y que todo lo que desees manifestar en tu mundo físico debe plantarse primero con firmeza en tu imaginación para que crezca. Que te guíen las palabras de Neville:

Así pues, para encarnar un valor nuevo y más alto de ti mismo debes dar por hecho que ya eres lo que quieres ser, y a partir de ese momento vivir con fe en esta asunción (que aún no se ha encarnado en el cuerpo de tu vida), confiando en que el nuevo valor o estado de conciencia se encarnará en virtud de tu fidelidad absoluta a la asunción de que eres lo que desees ser. ¹⁴

Se trata de una transformación completa de tu ser.

Dentro de tu imaginación puedes concebir pensamientos en los que ya existe lo que quieres ser, antes de su nacimiento como formas del mundo sensorial. La consecuencia es que tus pensamientos no van en la línea de *seré, espero que salga bien o rezo por conseguir buenos resultados*, sino que te dices a ti mismo: *Yo soy, reconociendo la presencia del Yo Soy como que Dios mora en mí*. Así tu mente, como presencia del *Yo soy*, pasará a ser el aspecto creativo dominante de tu vida. Al ser concebida por ti, esta fuerza generadora hará valer suavemente su auténtica creatividad y su poder, y en ese proceso sustituirá la dependencia respecto a tus capacidades físicas e intelectuales. Tu renovada realidad no se basa exclusivamente en los cinco sentidos que te mantienen atado a las falsas creencias de que eres tu cuerpo o sus pertenencias, logros y reputación.

Ya has descubierto que los cuerpos que ocupaste a lo largo de tu vida ya no existen. Ya no pueden experimentarlos tus sentidos. Ahora tienes la opción de ser partícipe consciente de esta realidad suprema no sensorial (tu imaginación) en la que asumes que tu sueño futuro es un hecho presente, y vives a partir de esa conciencia. No se trata de ninguna simulación, ni de ningún engaño; se trata de invitar a tu espíritu, y no a tu forma física, a generar la esencia creativa de tu realidad. Es lo que significa *transformar* tu vida.

La palabra *transformación* tiene justo en el centro la palabra *forma*, precedida por *trans-*, en el sentido de ir más allá de la forma. Haz que el punto de partida de tu vida sea el lugar que te hará superar los límites de una vida que parece estar llena de ellos. Explora la imaginación, que es la Fuente de todo ser o realidad física.

A mí, a lo largo de mi vida, me han acusado muchas veces de ser demasiado persistente, y hasta obsesivo, al perseguir lo que deseo que se cumpla. Lo cierto es que tengo en mi interior una seguridad muy poderosa: la de que cada vez que introduzco una idea en mi imaginación para mí ya es un hecho. Es como si no tuviera la capacidad de borrar de mi mente lo que ya es mi realidad. Tiempo

atrás, por ejemplo, al inscribirme en unos cursos de doctorado, ya me veía doctor, aunque no hubiera cursado ni una sola asignatura que me aproximase al título. Cuando me dijeron que nueve de cada diez alumnos de doctorado no se sacaban el título por no poder cumplir los severos requisitos de escribir una tesis, supe que en mi caso no sería así, porque yo ya era doctor en mi imaginación. Actué con persistencia como si mi sueño fuera un hecho presente.

Esta manera de «pensar desde el final» la he tenido en todas las fases de mi trayectoria profesional. De niño, me veía en programas de la tele, y mantenía vehementemente en mi imaginación esta imagen interna, sin hacer caso a muchos negativistas. Tarde o temprano todas estas visualizaciones pasaron de mi mente (donde eran reales) al mundo material, en el que mis sentidos acababan por ponerse al día y confirmar que eran verdad.

El caso es que para mí las imágenes de mi imaginación ya son mi realidad. Vivo desde esta perspectiva, y no hay nada capaz de disuadirme, porque no es que *espere* llegar a otro sitio, *es que ya estoy en él*. Soy incapaz de borrar lo que vivo en mi imaginación, aunque todo el mundo intente convencerme de que mis sueños son una locura. Es una actitud mental por la que tú también puedes optar.

Prescinde de todas las dudas y olvídate del *cuándo*. Se convertirá en un hecho material en el tiempo divino. Olvídate del *cómo*. Vívelo interiormente. Es un gran poder, a condición de que estés dispuesto a reivindicarlo.

Sería imposible insistir demasiado en que es esencial que reivindiques este poder inherente de Dios y lo uses para manifestar la vida que deseas. Sé obstinado con esta idea. Mantén sin tregua tu visión, y, más aún, vive cada día como si la idea que tienes en la imaginación fuera tu realidad a todos los efectos. En los *Discursos del YO SOY*, Saint Germain nos recuerda sin descanso que somos dueños de nuestras vidas, y que estas se hallan bajo nuestro dominio. Una vez consciente de ello, podrás acceder a la energía, al poder y a la inteligencia de la poderosa presencia del *Yo soy*, la cual te corresponde por derecho. Esta presencia del *Yo soy* te acompaña en todo momento.

¡PASA DEL NO SOY AL SOY!

A lo largo de tu vida has sido sometido a un proceso de condicionamiento que ha creado una actitud mental plagada de *No soy*. Cuando ibas al colegio, y sacabas notas por debajo del aprobado, pensabas: *No soy listo*. Si acabas en cualquier puesto que no sea el primero dices: *No soy una persona de talento*. Si te sientes criticado, crees: *No valgo nada*. Si te miras en el espejo y te comparas con una estrella de cine de esas con tanto glamour, o con la reina de la fiesta, te dices: *No soy atractiva*. Si tu relación se rompe piensas: *No soy una persona querida*, o *No soy merecedor de*

que me quieran. Todas esas cosas, y muchas parecidas, se repiten en tus años de desarrollo y en tu vida adulta, convirtiéndose en tu concepto básico del yo, el que te define.

Si estás leyendo este libro es porque albergas el deseo de elevar tu vida a cimas superiores a lo común. Haces todo lo posible por adoptar nuevas verdades que armonicen con tus yos superior y supremo. Ahora es el momento perfecto para empezar a descubrir al Dios que llevas dentro, y a ti mismo como Dios, y a ampliar tu concepto del yo. ¡Te aplaudo! Tu concepto del yo es todo lo que consideras cierto sobre ti.

El primer paso para superar esta mentalidad de *No soy* es confiar en tu mundo interior espiritual. Tu mundo interior no tiene restricciones. En cambio, tu visión del mundo y tu concepto del yo en el mundo externo están definidos por tus cinco sentidos. El mundo externo es cambiante, es decir, que según nuestra anterior definición no es real. Saberlo podría llevarte a recibir aquí y ahora un majestuoso toque de atención.

¿Cómo sienta darte cuenta de que casi todas tus creencias acerca de ti mismo y de tus limitaciones se basan en una ilusión, una ilusión bienintencionada que te transmitieron personas en cuerpos que ya no existen y en un tiempo que ha quedado atrás? Gran parte de tu concepto del yo es una ficción basada en creencias que son falsas y que no contenían ni una gota de veracidad en el momento en que te las inculcaron. Lo detalla de forma inmejorable Anita Moorjani, que al vivir una experiencia cercana a la muerte (ECM) vio cuestionados todos sus conceptos anteriores sobre quién y qué era. Su historia demuestra que existe otra dimensión en la que puedes fundirte con Dios y obrar milagros en tu vida cotidiana.

Anita tenía un linfoma de Hodgkin que se le había extendido por todo el cuerpo. Víctima de un fallo generalizado de su organismo, le pronosticaron menos de treinta y seis horas de vida. En la web de la Near Death Experience Research Foundation (nderf.org) lo cuenta ella misma: «Al final efectué el “cruce” a otra dimensión, que me envolvió en una sensación total de amor. También experimenté una claridad enorme sobre la razón del cáncer, sobre la de haber venido al mundo, el papel de cada uno de mis parientes en mi vida, en el sentido más amplio, y el funcionamiento de la vida en general».

Durante su experiencia cercana a la muerte, Anita vio que todo lo que ocurre en nuestras vidas depende de la energía que nos rodea y que creamos. Nada es sólido. Somos creadores de nuestro propio entorno y nuestras propias condiciones de vida, en función de cómo usemos la energía en cuestión. Nuestros cuerpos físicos enferman a causa del nivel energético en el que vivimos. En palabras de Anita: «Me di cuenta de que si volvía sería con una energía muy sana. A partir de ese momento el cuerpo físico se pondría muy deprisa, y permanentemente, a la altura de las condiciones energéticas. Llegué a entender que este principio puede aplicarse a todo, no solo a las enfermedades».

A Anita se le dio la oportunidad de volver a su cuerpo devorado por el cáncer, y transcurridos cuatro días desde su cuasi muerte, aunque parezca imposible, apenas presentaba indicios de la enfermedad. Básicamente, descubrió la lección *Yo soy Dios* de este libro, así como el gran mensaje de Jesús que he detallado en los capítulos previos.

Me puse en contacto con Anita y la animé a escribir un libro que explicase al mundo entero un caso tan excepcional. El libro, titulado *Morir para ser yo*, es un relato estimulante y conmovedor de sus vivencias. El cuerpo físico de Anita, con miles de millones de células cancerosas, pasó de estar a punto de morir a quedar libre de cáncer tras su experiencia en el umbral de la muerte. Anita Moorjani tiene mucho que contarnos. Me enorgullece haber escrito el prólogo del libro.

Anita se dio cuenta de que el mundo que nos brindan los sentidos, y que tan sólido parece, es una ilusión. Cambió el desenlace previsto por las pruebas médicas y llegó a la conclusión de que podemos cambiarlo todo solo con modificar nuestra energía, creada con nuestros pensamientos. Para Anita, esto último incluía una *realidad* llamada cáncer, que desapareció mediante un cambio de conciencia. «Por lo que vi parecía que fuéramos ante todo energía, y que lo físico solo fuera un resultado para expresar esa energía. Si cambiamos nuestra energía, podemos cambiar nuestra realidad física.» Es lo que puede hacer por ti tu declaración de *Yo soy Dios*. Dios no es físico, sino energía, y esta energía divina no se parece en nada a la energía del mundo material de la que dejan constancia tus sentidos.

Anita declara haber vivido una profunda conciencia de que todo y todos estamos interconectados, sin que exista la menor separación. Para curar su cuerpo físico solo tenía que fundirse con la conciencia-Dios, y ser amor perfecto: «Me sentía unida a todo lo viviente, y parecía que todo el universo estuviera en mi interior». Cuenta que en aquella dimensión el tiempo y el espacio se sentían de manera muy distinta. «No se perciben como algo lineal, a diferencia de aquí, sino como algo que ocurre simultáneamente.»

Anita descubrió que ni siquiera las vidas pasadas son pasadas; las palabras que mejor las describen son *vidas paralelas*, porque no hay tiempo ni separación. Para nuestros sentidos esta idea resulta poco menos que imposible de entender, porque *pensamos linealmente*, en términos de causa-efecto. Para Anita solo había amor, un amor devorador que, según su descripción, construía el mundo entero: «También me inundó una energía que lo abarcaba todo y era de un amor sin condiciones. [...] Esta energía universal siempre está con nosotros, seamos quienes seamos o lo que seamos. Sentí en mí un poder y una magnificencia sorprendentes».

El mundo que experimentó Anita durante su experiencia cercana a la muerte también es tu mundo. Requiere dar el paso hacia una verdadera comprensión de lo que significan para ti las palabras *Yo soy*. Vive desde la perspectiva de que *todo es posible*, firmemente plantada en lo más hondo de tu

imaginación. Cuando más crees en tu propia condición divina, más real empieza a volverse para ti.

La curación casi instantánea de Anita a partir de un pronóstico de muerte inminente le enseñó que nuestro yo supremo es un amor incondicional, sin separación, tiempo ni juicio. Por decirlo con sus propias palabras, «Creas en lo que creas verás que tienes razón». Piensa en lo importante que sería vivir desde una perspectiva así a partir de este momento, en vez de esperar que se convierta en realidad en algún punto del futuro, o una vez que haya muerto tu cuerpo.

Para vivir desde la conciencia de *Yo soy Dios* hay que saber que se es uno con el amor trascendente e incondicional del universo. Saberlo atrae hacia tu vida todo lo que confirma tus creencias acerca de ti mismo. Ya no haces caso a los sermones que te echan tus sentidos. A la palabra *soy* le añades ahora *esplendoroso*.

Para citar a Anita en sus explicaciones sobre lo que aprendió de su insólita experiencia cercana a la muerte, «Cuando te das cuenta de tu esplendor, lo único que traes a tu vida es más esplendor», y «Si crees en eso de que “los iguales se atraen”, la mejor forma de atraer lo que más te conviene es quererte hasta estar llena de amor, y traer a tu vida solo aquello que confirme esta idea de ti misma. En el fondo es muy fácil, de verdad».

Durante su experiencia cercana a la muerte Anita entró en el mundo de la realización en Dios y vivió en él, pero también regresó a un cuerpo sano después de un fallo generalizado de sus órganos y un pronóstico de muerte inminente. No es que *ame*, es que *es amor*, y para ser amor no es necesario hacer nada; todo se reduce a quererse a sí mismo y a su esplendor, quererse de una forma tan total que rebose y alcance a los demás.

Recuerda lo que dijo Jesús: «Dios es amor, y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él». En este caso tu *soy* es un simple *soy amor*. Desde esta constancia es como tienes que vivir, y no en la expectativa de llegar algún día. Así captarás la quintaesencia de este segundo pilar de los deseos cumplidos. Si te cuento la experiencia de Anita es porque quedé pasmado con su descripción de una emoción tan fabulosa como la de estar sumido en un amor sin condiciones. Por eso la busqué y le pedí que pusiera sus vivencias por escrito para dárselas a conocer al mundo entero.

Me gustaría que prestases atención a un último comentario de Anita sobre el concepto de hallarse en el estado de *realización en Dios*. No existe un «allá» (todo es, y basta); por lo tanto, tampoco existe un «estar aquí», puesto que «aquí» comporta la existencia de un «allá».

Anita lo explica así: «Cuando “perseguiamos” algo externamente parece que veamos el mundo como algo competitivo y limitado, y usemos mediciones externas para calibrar lo que hemos conseguido. Para mí es donde estriba la ilusión. No existe una cantidad limitada de “ser”. Parece que midamos nuestro “ser” por la obtención de metas. No es mi caso, ni el de la mayoría de las personas que son felices. Lo digo para que veáis las cosas de otra manera. Percibid el esplendor de vuestro

ser, seáis ricos o pobres, con o sin minusvalías físicas, en compañía o no del ser querido, etc. Ahora yo solo me centro en ser. Me he convertido en la creadora de mi vida, es decir, en la artista de mi vida».

La conclusión de Anita sobre el mensaje de este capítulo es la siguiente: «Lo único que tienes que aprender es que ya *eres* lo que intentas conseguir».

Así te invito a vivir yo, primero en tu imaginación, *siéndolo*, y después, como indica san Pablo, tratando lo que no existe como si existiera. Ten por seguro que se convertirá en tu realidad.

TUS YO SOY RECONSTRUIDOS

Haz un inventario lo más extenso que puedas de lo que querrías que definiera tu vida. Acto seguido, da el salto en tu imaginación de un *no soy* o *espero ser* al *soy*. Te conviene que a *soy* le siga algo en consonancia con tu yo supremo, que es Dios. Empieza por tu diálogo interior, pero cambiando las palabras que definen tu concepto del yo. No analices tus actos, ya que implicar a otras personas en tus *Yo soy* invitará al ego de esas otras personas a afirmar su importancia. Redefine tu concepto del yo a base de elegir las palabras que optes por situar en tu imaginación. Prueba esta reverbalización de tu mundo interior como paso inicial en el acceso a la ayuda de tu yo supremo, y al cumplimiento de tus deseos.

En el libro de Joel, Dios da un consejo que concuerda con lo que he escrito en este capítulo: «Diga el débil: “¡Soy un bravo!”» (Joel, 3:11). Es tan sencillo como indican estas seis palabras de la Biblia, de verdad que sí. Diciendo «soy débil» manchas el nombre de Dios, que es tu yo supremo. ¿Cómo es posible que la Fuente creadora del universo, la energía primordial que crea las palabras, diga «Soy débil»?

Como he citado antes, Jesús dijo: «¿No está escrito en vuestra Ley: “Yo he dicho: dioses sois”?»). Ahora que tu yo supremo se ha convertido en el punto de partida de tu vida, ¿cómo podrías concebir no ya un pensamiento como *Soy débil*, sino una definición tan blasfema de tu ser? Pensando *Soy fuerte*, dotas a tu imaginación de los instrumentos necesarios para que se hagan realidad tus pronunciamientos, y te sitúas en concordancia con la Fuente de todo. No lo haces con debilidad, sino con fuerza. Alíneate para invitar sincronísticamente la orientación que se te escapa al declarar «Soy débil».

Cambia *Soy incapaz de conseguir trabajo* por *Soy capaz*. De la misma manera, sustituye todas tus proclamas de que *Soy incapaz de vivir en paz* por la de *Soy una persona que vive en paz*. *Soy desafortunado en amores* se convertirá en *Soy amor*. *Soy indigno de ser feliz* pasa a ser *Soy felicidad*. La palabra *soy*, que empleas sistemáticamente para definir quién eres y de qué eres capaz,

es una expresión sagrada del nombre de Dios, el aspecto supremo de tu yo. Rompe con tu sempiterna costumbre de mancillar este nombre sacrosanto. Deja de usar etiquetas peyorativas para poner en entredicho tu yo sagrado.

Entre las múltiples lecciones, a cuál más importante, de los *Discursos del YO SOY* figura la de pensar siempre en primer lugar en nuestro yo divino. De hecho, si lo adoras podrás ascender a cumbres que hasta entonces habían sido inconcebibles. Debes hacer que tu yo externo acepte el poder ilimitado de tu presencia interna.

AMPLÍA TU PRESENCIA INTERNA

No podría exagerar la importancia de usar esta palabra: *soy*. Su energía transformadora es capaz de guiar y dirigir el más alto poder del universo, revelándote como un ser realizado en Dios. Los cuatro capítulos siguientes analizan en detalle la manera de manifestar una vida de deseos cumplidos. Este capítulo hace hincapié en aprender a admitir sin que nos sintamos incómodos nuestra tendencia a pensar y a decir *no soy* o *espero ser*, y a sustituirla por *soy*. Así lo expuso Neville: «Creando en tu mente un ideal, te puedes identificar con él hasta que seáis ambos una sola cosa, y transformarte así en él». ¹⁵

Poco importa el tiempo que lleves atascado en una pauta que te impide convertir en realidad tu ideal más elevado de ti mismo. Cambiándola para reformular en tu imaginación lo que eres, y optando por vivir desde esa perspectiva, lograrás esa transformación, como indica Neville. Poco importa que hayas sido drogadicto o tartamudo crónico, que hayas tenido escarceos con la pobreza, que te haya asolado la enfermedad, que hayas sido un perezoso contumaz, que no hayas tenido suerte en el amor, que hayas padecido deficiencias intelectuales... ¡o cualquier otra cosa que hayas deseado no ser! Aplica las enseñanzas de los siguientes cuatro capítulos. Hazlo primero mentalmente, y después con acciones acordes con tu *soy* interior.

He aquí unos cuantos ejemplos:

- Adicciones: afirma *Soy una persona sobria; Soy una persona que goza de perfecta salud.*
- Tartamudez: afirma *Soy una persona que controla al cien por cien su manera de hablar.*
- Pobreza: afirma *Soy una persona próspera.*
- Enfermedad: afirma *Soy del todo saludable.*
- Pereza: afirma *Soy poseedor de una energía ilimitada.*
- Buscar el amor: afirma *Soy amor, y soy protagonista de una relación hecha de amor.*
- Debilidad intelectual: afirma *Soy un genio.*

Podrás pensar que es hacerse ilusiones, que uno no se convierte en algo solo por decir *soy*. Este

escepticismo probablemente sea de lo más normal cuando se piensa que la única realidad es la que dictan los sentidos. La Biblia contiene unas palabras que pueden ayudarte a superar este enfoque tan cínico. Así empieza, en el Nuevo Testamento, el evangelio de san Juan: «En el principio existía la Palabra, y la Palabra estaba con Dios, y la palabra era Dios» (Juan, 1:1). Trece versículos más tarde encontramos esta frase: «Y la Palabra se hizo carne, y puso su Morada entre nosotros» (Juan, 1:14).

¿Qué crees tú que significa «y la palabra era Dios»? Pues equivale a decir que eres más que tu conciencia sensorial. También eres tu propia divinidad espiritual, impermeable a los cinco sentidos. En la Biblia, como he indicado en el capítulo anterior, Dios proclama: «Mi nombre es Yo Soy». Tienes estas dos palabras ahora en tu imaginación, de tal manera que concuerdan perfectamente con Dios. Es tu primer paso.

Memoriza y repite tenazmente *Yo soy* y descubrirás lo que tiene de cierto «Y la Palabra se hizo carne, y puso su Morada entre nosotros». Invocar este nombre, y situarlo en tu imaginación, y convertirlo en tu punto de partida vital, te unirá literalmente con la Fuente de poder que te permite convertirte en todo lo que has afirmado, además de obrar milagros. Empieza por estar dispuesto a usar estas palabras divinas como nombre de tu yo supremo: Dios. Es la inauguración del tú que vivirá una vida de deseos cumplidos, siempre que esos deseos estén en concordancia con la Fuente del ser, que es amor: amor a ti mismo y a tu esplendor, y amor a todas las creaciones de Dios. Observarás con una perplejidad jubilosa que la palabra *soy* se hace carne y mora en tu vida como un hecho consolidado.

TRES PROPUESTAS

- Comprométete con tu esplendor. Cada vez que te veas en un espejo, recuérdate que lo que encuentra tu mirada no es un cuerpo cambiante, sino una invisibilidad que es de verdad tu yo supremo. Afirma, en silencio y en voz alta: *Soy amor, soy Dios, soy digno, soy infinito*. Hazlo a menudo, para que acabe convertido en un mantra interior. No es ejercitar el ego, sino despertar al increíble milagro que te constituye. Te ayudará a abandonar viejas pautas que manchaban tu relación personal con este universo y toda la belleza y perfección intrínsecas que alberga.

- Introduce sin miedo el *Yo soy* en tu imaginación. Reconoce que hasta ahora tu falso yo, tu ego, no habría permitido esta ampliación de tu conciencia. Ignora las pruebas tridimensionales que definían hasta ahora tu existencia, e ingresa en una cuarta dimensión más elevada y abierta a la enseñanza principal de Jesucristo: «Con Dios todo es posible». Tu imaginación es tuya. Eres libre de poner en ella lo que quieras, a tu discreción. *Soy una persona de talento, soy heroico, soy feliz hasta el*

éxtasis, soy más rico de lo que se pueda describir, soy una persona satisfecha, soy Dios. No tengas miedo. Deja que estos ideales sean tu realidad.

- Sigue este consejo de los *Discursos del YO SOY*: decide qué quieres hacer o ser, y a continuación repite, haciendo caso omiso de cualquier intromisión, «“SOY la Presencia” que lo hace». ¹⁶ Concíbelo como tu vocación de amor, y adora tu propia presencia Soy para que te afiance y fortalezca siempre. Cada vez que añades algo a la palabra *soy* también invocas el poder divino de hacer lo que proclamas.

Pon en práctica estas tres propuestas y entrarás en una dimensión donde no cabe ni el más pequeño atisbo de duda sobre tu divinidad y tu poder.

Tercer pilar de los deseos cumplidos: sentirlo

Lo que sientes que eres lo eres, y lo que eres se te da. Asume, pues, la sensación que sería la tuya si obrases ya en posesión de tu deseo, y ese deseo, entonces, se tendrá que cumplir. [...] Vive, pues, sintiendo que eres quien deseas ser, y que serás.¹⁷

NEVILLE

Al lado de mi cama, en la pared, tengo una cita de una grabación de Neville hecha en 1944: «Convierte tu sueño futuro en hecho presente asumiendo la sensación del deseo cumplido». Es lo que leo y practico cada noche antes de dormir, y son las palabras que en definitiva me han llevado a escribir este libro. Plasman todo el mensaje, no solo del presente capítulo, sino del libro en su totalidad. ¡Cuánta sabiduría en esta idea de *asumir la sensación del deseo cumplido*!

Hasta ahora he explicado la importancia de los pensamientos, los procesos mentales, los conceptos del yo y la imaginación. Todos son formulaciones invisibles que trasladadas a tus actos. La imaginación y el concepto del yo son pensamientos carentes de forma, que puedes cambiar. Si recreas tus pensamientos (convirtiendo tu imaginación en un territorio interior y privado), acabarás basando tus acciones en el uso que hayas hecho de este asombroso poder. Dejar las riendas en manos de tu yo supremo (pensar, en suma, como piensa Dios) implica además que todo sea posible. Los libros y las conferencias de Neville revelan algo que hace que la cita que encabeza este capítulo sea aplicable a cualquier persona que se proponga seriamente dominar el arte de la manifestación. El «algo» que subraya Neville a lo largo de su obra es la importancia de *sentir*.

«Vive, pues, sintiendo que eres quien deseas ser, y que serás», dice. Este capítulo te invita a entender las inconmensurables consecuencias que tiene para ti esta afirmación. Toma conciencia de la importancia de las sensaciones, y de su papel decisivo en el paso de ser alguien que se limita a *tener* deseos a *experimentar* esos deseos en tu vida actual. La importancia de las sensaciones pasa desapercibida a tanta gente que casi parece que sean un ingrediente secreto para la creación de una vida de deseos cumplidos. El proceso creativo empieza por una idea, analizada en los capítulos anteriores. En ellos hemos visto cómo se pueden cambiar las ideas que albergas sobre ti y lo que eres capaz de conseguir.

Resumiendo, que el ciclo del proceso creativo empieza como un pensamiento, sigue por una sensación y cuaja finalmente en un objeto físico, o en última instancia en un nuevo acto volitivo.

Lo diré lo más llanamente que sepa: sin asumir la sensación del deseo cumplido no se cumplen los deseos. Es imprescindible, en otras palabras, aprender a asumir en tu imaginación la sensación de que ya tienes y eres lo que deseas. Tus pensamientos no tienen forma. Si pudiéramos encontrarles alguna ubicación espacial sería dentro de tu cabeza, pero la cabeza tiene límites, y los pensamientos no, así que podrían residir en cualquier sitio, o en ninguno.

De los billones de pensamientos que fluyen sin cesar por tu cerebro, en esa cinta transportadora que nunca se detiene, tú eliges el que más te gusta. Puedes coger uno que te convenga, dejarlo en su sitio y coger otro siempre que quieras. Tu imaginación es donde se almacenan los pensamientos con los que decides quedarte. En cambio, las *sensaciones* las experimentas en tu cuerpo, que es donde lo vives todo en este mundo material corpóreo. El papel en tu vida de las sensaciones es mayor de lo que crees.

Para aprender algo intelectualmente practicas la disciplina mental: estudiar, investigar, memorizar datos, reflexionar, participar en debates, buscar la opinión de los expertos... A la larga te formas conclusiones propias sobre lo que has estado analizando. Conoces los datos, y confías en haber dominado el tema a través del pensamiento.

Muy distinto es saber algo *espiritualmente*. En ese caso puedes cavilar, reflexionar y analizar una y mil veces sin estar más iluminado que antes sobre lo que estudias. Para conocer algo espiritualmente hay que vivirlo. No existe otra manera. No se puede llegar a una nueva conciencia por el mero hecho de *pensar*; hay que vivirlo, y los únicos vehículos de que dispones para vivir directamente una visión nueva y más alta de ti mismo son tus sensaciones. *¿Cómo lo siente tu cuerpo?*

Aunque hayas puesto en tu imaginación una imagen de lo que te gustaría ser, si no puedes asumir la sensación del deseo cumplido te resultará imposible convertir tu sueño futuro en hecho presente. Ahora bien, tienes la prodigiosa facultad de coger un pensamiento situado en tu imaginación, usarlo como punto de partida de tu vida cotidiana y vivir la sensación exacta en tu cuerpo, una sensación que a partir de ese momento no se borrará. Las palabras que te estoy transmitiendo son algunas de las más importantes que leerás en el libro, y quizá en toda tu vida. Donde se *vive* es en las sensaciones. Si has logrado asumir la sensación, y sentir de verdad el amor que te aporta, te encontrarás, como dice Neville, en un lugar donde el deseo *debe cumplirse*. Así de poderosas son tus sensaciones.

Hace años, cuando daba clases en varias universidades importantes, hacía esta pregunta a los alumnos de posgrado: «¿A qué reaccionáis primero, a lo que sabéis o a lo que sentís?». Quería que determinasen qué ámbito captaba su atención primaria. Desde un punto de vista cognitivo, por

ejemplo: sus capacidades de análisis, su desempeño matemático, su dominio de la estructura rimada de un soneto isabelino o su capacidad de memorizar fórmulas científicas. En el terreno de las sensaciones: la soledad, la tristeza, el miedo, el desengaño, la angustia, el amor, la dicha, la alegría, etc. Todos dijeron que el nivel prioritario era el de las sensaciones.

Probablemente estés de acuerdo en dar preeminencia a lo que sientes sobre lo que sabes: los afectos rigen sobre la cognición. Aun así, la educación formal se centra casi en exclusiva en el aspecto del ser relacionado con «lo que se sabe». Yo te estoy proponiendo que adoptes un enfoque radicalmente distinto. Quiero que captes en todo su calado el mensaje que te reportará asumir la sensación del deseo cumplido.

Escuchemos lo que dijo sobre el tema Neville Goddard en 1944:

Toda sensación deja su huella subconsciente, y si no la contrarresta otra sensación más poderosa de naturaleza opuesta se tiene que expresar. Entre dos sensaciones, la que se expresa es la dominante. *Soy una persona sana* es una sensación más fuerte que *seré una persona sana*. Sentir que *seré* equivale a confesar que *no soy*; *soy* es más fuerte que *no soy*. Lo que sientes que eres siempre predomina sobre lo que sientes que querías ser; de ahí que para que el deseo se cumpla deba sentirse como un estado que es, más que como un estado que no es.¹⁸

Las palabras *soy fuerte* son simples abstracciones cerebrales. La *sensación de soy fuerte* es una sensación, y como resume Neville, «la sensación precede a la manifestación, y es el fundamento sobre el que se apoya toda manifestación».¹⁹ Se te está exhortando a no sentir otro estado que el que deseas que se haga realidad. Si sientes de manera literal la realidad del estado que buscas y que está arraigado en tu imaginación, tendrás los medios para obrar milagros. «Un cambio de sensación es un cambio de destino.»²⁰ Que esta máxima de Neville sea omnipresente en tu conciencia.

Yo he puesto en mi imaginación un pensamiento relativo a la finalización de este libro, a su publicación y a que esté al alcance de muchas personas, incluido tú. Tengo delante una imagen del libro terminado, aunque solo vaya por la mitad del primer borrador, pero estas ideas e imágenes no son la fuerza impulsora que permitirá que mi sueño futuro sea el hecho actual que es ya.

He asumido la sensación del deseo cumplido, sintiendo en mi cuerpo el amor de imaginar a millones de personas que leen estas lecciones, de tanta influencia en mi vida. Miro la sobrecubierta y veo el libro como si estuviera terminado. Y algo aún más importante: siento el amor en acción. Mi subconsciente está programado para reaccionar de manera automática al deseo que he puesto en mi imaginación, pero el cumplimiento real de ese deseo se produce por un solo motivo: asumir ahora mismo, en mi interior, la sensación del deseo cumplido, aunque aún no parezca haberse materializado. Para grabar en mi subconsciente este estado deseable de amor que experimento, he asumido la sensación que viviría si ya hubiera cumplido mi deseo. En el fondo, de lo que se trata es de descubrir la fuerza del papel que desempeñan nuestros estados sensitivos en el proceso de

dominar el arte de la manifestación.

No te estás embarcando en ningún ejercicio intelectual, sino aprendiendo acerca de tu condición espiritual divina, y de cómo obra Dios siendo tú. Puedes mirar cualquier cosa que hayas declarado como *soy* en tu imaginación y acceder a la sensación de amor en todas las células de tu cuerpo. Con el paso del tiempo imprimirás en tu subconsciente todo lo que necesite para ajustar tu realidad a tus deseos.

MENTE CONSCIENTE Y MENTE SUBCONSCIENTE

La mente consciente es privada, y siempre personal. Es el aspecto de tu ser que toma decisiones, elige tal cosa u otra y es consciente de lo que haces y de cómo influyen tus decisiones en tus actividades volitivas.

De pequeño, aprendí a patinar sobre hielo tomando conciencia de todos los detalles necesarios para moverme y mantener el equilibrio sobre una cuchilla de menos de un centímetro de ancho apoyada en una superficie de hielo resbaladizo. Mi mente consciente me iba corrigiendo con sus indicaciones: abrir los brazos para mantener el equilibrio, doblar las rodillas de una manera muy concreta, ladear las cuchillas de los pies para frenar... Después de usar durante un tiempo mi mente consciente para informar a mi cuerpo y dirigirlo con el objetivo de que no se cayese, llegué a ser un jugador de hockey consumado, y prácticamente pasé toda mi adolescencia sobre hielo. Lo que actuaba, en ese caso, era mi mente consciente.

Demos un salto de cuarenta años. Es invierno en Massachusetts, hace frío, y me alojo en una casa en cuyo jardín trasero hay un estanque totalmente congelado. Me compro unos patines de hielo, me los ato y aunque hayan pasado casi cuatro décadas parece que no haya dejado de patinar ni un solo día. Me salían bien todos los movimientos. Daba vueltas, patinaba hacia atrás... Disfruté como nunca. En el cuerpo que ocupaba no quedaba ni una célula de cuando mi *mente consciente* enseñó a mi *subconsciente* a patinar, hace décadas. En este ejemplo, mi subconsciente se puso al mando y me regaló un día de grandes emociones sobre el hielo.

Seguro que también tienes algún recuerdo de cuando tu mente consciente generó ideas y las imprimió en tu subconsciente. Así aprendiste a conducir, a hacer ejercicios de yoga, a preparar un soufflé y cualquier otra actividad que requiriese múltiples y complicadas maniobras sin tener que recurrir a la mente consciente. Tu cerebro recibe estas ideas y acaba por darles forma y expresión. Piensas en probar algo; después lo practicas de manera consciente, y a veces ni siquiera te das cuenta de que estás implantando la pericia necesaria en tu subconsciente. La mente consciente solo es responsable del 4 o el 5 por ciento de todos tus actos, incluido lo que manifiestas.

Tu subconsciente (que, después de que tu mente consciente le haya impreso pensamientos e ideas, funciona con piloto automático) dirige el programa cuyo título es *Tu vida*. Representa el 96 por ciento o más de todo lo que haces y atraes hacia tu vida. Ahora bien, todo, incluido lo que deseas manifestar, evoluciona a partir de tu mente consciente, y solo entonces debe ser grabado en el subconsciente. Así funciona el ciclo. Sin este secuenciamiento exacto no se haría nada. Tus sensaciones participan profundamente en la secuencia.

EL PAPEL DE LAS SENSACIONES EN EL CUMPLIMIENTO DE LOS DESEOS

Escuchemos lo que dice Neville sobre la importancia de asumir la *sensación* del deseo cumplido:

Las ideas se imprimen en el subconsciente por el intermediario de las sensaciones. No se puede imprimir ninguna idea en el subconsciente hasta que se haya sentido, pero una vez sentida (tanto si es buena como mala o neutral) debe ser expresada. Sentir es el único camino, el único, por el que se transmiten las ideas al subconsciente.²¹

Tus impresiones subconscientes se reflejan en las condiciones de tu mundo. Lo extraño y maravilloso de tu subconsciente es que siempre acepta como verdadero lo que sientes que lo es. Las palabras clave son «sentir que es verdadero». Tus sensaciones son lo que permite que entre en acción tu subconsciente. Antes, en este capítulo, he descrito la comprensión intelectual como ir dando vueltas a una serie de ideas en tu cabeza y extraer conclusiones. La comprensión espiritual se diferencia de este proceso en que hay que *vivirla*. *La manera de entender algo espiritualmente es viviéndolo*. Tus *sensaciones* son los instrumentos de los que dispones para vivir tu subconsciente y convertirlo en la realidad de tu mundo material.

Tus sensaciones se generan en tu cuerpo, donde vives y respiras. Tu forma de sentir conforma tus vivencias. Estas sensaciones fluyen de los pensamientos que pones en tu imaginación, y tienes libertad para elegir cualquier pensamiento que desees. Como he reiterado a lo largo del libro, cuando esos pensamientos están en concordancia con la manera de pensar de tu Fuente del ser, tus sensaciones emanan dentro de tu cuerpo como experiencias realizadas en Dios.

La sensación que más caracteriza a Dios, y a tu propio yo supremo, es la del amor. «Dios es amor, y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él.» Dado que tus sensaciones, y en especial la del amor, se graban en tu subconsciente, responsable de casi todo lo que haces, vives y manifiestas en tu vida, tu misión es llegar al punto en el que asumas la sensación del deseo cumplido, aunque este último aún esté pendiente de concretarse en tu realidad física.

Asumir la sensación del deseo cumplido comporta una conciencia esencial de cómo funciona el subconsciente. Tu subconsciente no es personal, sino una expresión del subconsciente universal que

usamos todos, y que es uno solo. Se trata de un concepto correoso, ya que tu ego, en el que pasas la mayor parte de tu tiempo, es tan personal que te resulta inconcebible que todos compartamos un solo subconsciente. Como dice Neville, «El subconsciente no es selectivo; es impersonal, y no hace acepción de personas».²² Conviene hacer un seguimiento de las sensaciones que asociamos a los deseos que hemos puesto en nuestra imaginación, porque, sean cuales sean, veremos que el universo sintoniza con ellos para crear experiencias que se ajusten a lo que hayamos grabado en este subconsciente universal.

Ten pensamientos como *Soy saludable, Soy fuerte, Soy próspero, Soy de los que tienen trabajo*; ponlos en tu imaginación, y asume después la sensación del deseo cumplido. Si puedes *experimentar la sensación* de amor, alegría, euforia, paz y felicidad en tu cuerpo (aunque las sensaciones sean contradictorias), tu subconsciente grabará las *sensaciones*. Neville lo dice bien claro: «Para imprimir el estado deseable en el subconsciente es necesario asumir lo que sentirías si ya hubieras cumplido tu deseo».²³

Sentir cualquier estado que desees alcanzar es la experiencia que graba dicho estado en nuestro subconsciente. Volvamos de nuevo a Neville: «El subconsciente —nos dice— es la matriz de la creación. Recibe en sí la idea a través de las sensaciones del hombre. Nunca cambia la idea recibida, pero siempre le da forma».²⁴ *Siempre le da forma*; es decir, que tienes que empezar a programar tu subconsciente, el cual se pondrá al mando como lo hizo el mío al calzarme los patines sin que tuvieran que pedírmelo mi pensamiento ni mi mente consciente, a pesar de que habían transcurrido cuarenta años.

El subconsciente acepta como cierto lo que sientes que es cierto. Tus sensaciones determinan tu realidad, porque están impresas en el subconsciente. Si a nivel consciente te sientes un inútil, y alimentas esa idea en tu imaginación con más sensaciones imaginarias de inutilidad, se te grabará en el subconsciente la idea de fracaso, y el subconsciente universal, por consiguiente, brindará vivencias ajustadas a lo que sentías que era cierto. Recuerda que el subconsciente es impersonal y no selectivo. No puede hacer distinciones entre lo que sientes como resultado de tus experiencias de la vida cotidiana y lo que sientes como resultado de lo que has puesto en tu imaginación como deseo futuro.

Si plantas en el subconsciente la semilla del fracaso, y la alimentas a base de sentirte así, reproducirá el fracaso. Si plantas en tu subconsciente la semilla de la enfermedad sintiéndote así en tu cuerpo, agravará la enfermedad. Si plantas en tu subconsciente la semilla de la tristeza sintiéndose triste, cultivará y producirá tristeza. Por eso es tan absolutamente decisivo empezar a *sentir* en tu cuerpo lo que te gustaría que se manifestase en tu vida. ¡Puedes llegar al punto en que el poder de tu campo de energía, semejante al de un imán, se llene de tanto amor y dicha que al menor chispazo en que imagines y sientas algo poderoso y bueno ese algo aparezca en tu vida sin que transcurra apenas

tiempo tridimensional! Al margen de lo que desees manifestar, asóciate una sensación de amor y grábala en el subconsciente universal. Se ocupará del resto por sí sola.

Es lo que hago yo en este momento, al escribir y contemplar la finalización del libro en mi imaginación: impregnar de puro amor el pensamiento, y sentir la felicidad que aportarán estas palabras a millones de personas. Esta sensación de amor y éxito la experimento en el conjunto de mi ser, tanto interior como exterior. La sensación que estoy grabando en mi subconsciente es puro amor y éxtasis. Dios es amor, y con Dios todo es posible. Sé que la mente universal actúa a partir de lo que se graba en ella. Y *Soy paciente*, y *Soy una persona satisfecha*.

Si buscas fuera lo que no quieres o no puedes sentir dentro, buscarás en vano. Se consigue lo que se es, no solo lo que se quiere. Asume la sensación del *deseo cumplido*, y al experimentarla será lo que se manifieste. El subconsciente crea exactamente aquello en lo que crees, y que puedes sentir en tu cuerpo.

ELEGIR SENTIRSE BIEN

Cuentan que siempre que entraba en su ashram un nuevo visitante Swami Muktananda le preguntaba si sabía la diferencia entre sentirse bien y sentirse Dios. Si el devoto sacudía la cabeza en señal de que la desconocía, Muktananda formaba un círculo con su índice y pulgar: el símbolo del cero, en señal de que la diferencia entre ambas cosas (Dios y el bien) era nula. «En el principio creó Dios los cielos y la tierra» (Génesis, 1:1). Treinta versículos más adelante está escrito en la Torá: «Vio Dios cuanto había hecho, y todo estaba muy bien» (Génesis, 1:31). Dios, y todo lo que creó, está bien. Cuando optas por sentirte bien, optas por sentir lo que he descrito antes como *yo supremo*, la unidad que recibe tanto el nombre de bien como el de Dios. Resuélvete a que sea esa tu realidad, reiterando tu intención de sentirte realizado en Dios. Dite a ti mismo: *Pienso sentirme bien*, o, como sinónimo de Dios, *Pienso sentir amor*.

No dediques mucho tiempo a tus problemas, dificultades o dolencias. Por su propia condición no selectiva, el subconsciente acepta como una petición cualquier sensación vinculada a un problema, y lo peor es que procede a convertirla en tu experiencia dentro del mundo de tu realidad material. Por el contrario, sentir amor en relación con lo que has puesto en tu imaginación desencadena el proceso por el que el subconsciente produce experiencias que reflejan su propia condición divina. Experimenta en tu cuerpo la sensación de amor dirigido a lo que has puesto como idea en tu imaginación. Así se activa el subconsciente.

Nada más recibir una impresión, el subconsciente empieza a actuar y a buscar la manera de expresarla. Es lo que he hecho yo en los últimos dos años, desde que me diagnosticaron leucemia:

poner en mi imaginación un *Yo soy* que dice *Soy fuerte y saludable*. Es mi imaginación. Puedo poner en ella cualquier pensamiento consciente que decida, al margen de lo que me comuniquen mis cinco sentidos. Esta conciencia de *Soy fuerte y saludable* es el punto a partir del que vivo. Le hablo a mi cuerpo y le recuerdo que me niego a demorarme en imágenes de *Soy débil y soy una persona enferma*.

Lo más importante que hago es optar por sentirme bien, independientemente de lo que puedan indicar los números de una pantalla médica. Medito sobre *Soy fuerte y saludable; impregno el conjunto de mi ser, el interior y el exterior, de un sentimiento de amor y gratitud por este momento, este día y este cuerpo que ha albergado mi alma invisible durante estos más de setenta y un años, y asumo la sensación del deseo cumplido*. No pienso en que vaya a pasarme nada malo. Solo tengo sensaciones de amor hacia este milagro que soy. Trato mi diagnóstico de leucemia como una información curativa que se me da, más que como una enfermedad.

¿Te imaginas que Dios nos crease de tal modo que nuestras células guerreasen entre sí? El concepto de guerra es algo que Dios ni siquiera es capaz de poner en práctica. La guerra es un concepto humano, que el hombre ha aplicado a sus teorías sobre el funcionamiento de su cuerpo. ¿Y si todas estas teorías bélicas para explicar enfermedades fuesen tan erróneas en lo relativo a nuestro cuerpo físico como lo son al resolver conflictos entre personas? ¿Y si lo que llamamos «enfermedad» o «dolencia» no tuviera nada de lo uno ni de lo otro? ¿Y si dejásemos de ver nuestra salud a través del prisma de las teorías científico-médicas y mirásemos realmente lo que hace nuestro cuerpo y cómo se cura a sí mismo?

Existen leyes biológicas que acata tu cuerpo, y lo que recibe el marbete de «enfermedad» es a menudo un simple reflejo curativo natural del cuerpo. Tal vez sea falsa la creencia de que encontrarse mal, o tener valores anómalos en la sangre, requiera solventarlo lo antes posible. ¿Para todo hay que buscar una pastilla? Si te has hecho un corte, tu cuerpo ya sabe lo que tiene que hacer: cicatrizarlo él solo, y la presencia de una cicatriz no significa que haya un desequilibrio en tu cuerpo, ni que precise intervención médica. Se produce hinchazón, e inflamación, y duele un poco, sí, pero no es una enfermedad, a menos que supere ciertos límites. Esta manera de reconocer la inteligencia curativa del cuerpo en vez de abordarla como una enfermedad también se aplica a los incidentes psicológicos y emocionales.

Los acontecimientos psicológicos inesperados (como una ruptura matrimonial, una crisis económica o la muerte de un ser querido) crean en el cerebro respuestas que desencadenan en el cuerpo reacciones físicas encaminadas a ayudarlo a hacer frente al conflicto. El cuerpo sigue ayudando hasta que se haya resuelto el conflicto. Entonces entra en una fase curativa para recuperar su estado natural de bienestar. Durante esa fase curativa el cuerpo puede usar la hinchazón, la

inflamación, la fatiga y un índice alto de leucocitos como parte integrante del proceso de sanación.

La leucemia, por ejemplo, podría ser la fase curativa de una grave cadena de hechos psicológicos de índole traumática. Esta fase curativa de la leucemia hace que primero se expandan los vasos sanguíneos y linfáticos y aumente el número de leucocitos y leucoplastos. A la larga, en el momento en que el cerebro recibe el mensaje de que está curado, se producen células sanguíneas de buena calidad, el recuento de plaquetas vuelve a la normalidad y aumentan los niveles de energía. Desde mi punto de vista, mi misión es curar todos los conflictos relacionales y sentirme plenamente valorado, a la vez que elimino y soluciono cualquier conflicto y creencia relativos a mí mismo que haya albergado durante mucho tiempo; por decirlo de otra manera, sentirse bien (esto eso, sentirse Dios) y brindarle a todo el mundo un amor sin condiciones, incluso a quienes puedan haber desempeñado un papel importante en los dramas y conflictos que definían mi vida.

Así es como respondo al diagnóstico de la leucemia. Opto por sentirme bien (Dios), confiar en que mi cuerpo use su sabiduría inherente para curarse y entender los números de los informes de laboratorio como algo que es normal que experimente.

Me rijo por *cómo me siento*, y la verdad es que estoy bien, y fuerte, y soy Dios, en efecto. Trato bien mi cuerpo, sigo una alimentación sana y rica en proteínas, descanso, hago ejercicio y yoga y sé que todo está en manos divinas y obedece a un orden divino. No veo la enfermedad como un fracaso, sino como la maravillosa curación que es en realidad, y no me hacen falta pastillas, radiaciones ni procedimientos invasores.

La cuestión es que me encuentro bien, y que estoy resolviendo todos los conflictos con altas dosis de amor. (Recuerda que Dios es amor.) Es lo que he optado por grabar en mi subconsciente, el cual acepta como cierto lo que siento que es cierto. La creación es el resultado de las impresiones en el subconsciente, y yo determino la creación a través de mis sensaciones.

INCIDIR EN EL SUBCONSCIENTE

Antes de llegar al final de esta parte sobre la necesidad de asumir la sensación del deseo cumplido para facilitar el desempeño de un papel activo a la hora de manifestar una vida de deseos cumplidos, te ofrezco tres recordatorios de cómo funciona el subconsciente en colaboración con las sensaciones, componente decisivo de este majestuoso y misterioso proceso:

- 1. El subconsciente responde a lo que se le sugiere.** Puedes reprogramar tu subconsciente para que siga en su papel acostumbrado, con el piloto automático, pero a partir de imágenes mentales y sensoriales de tu propia cosecha. Habla con este componente automáticamente receptivo de tu ser,

diciéndole que eres ilimitado y crees que todo es posible. Llénalo de imágenes en las que te conviertas en todo lo que te atrevas a ser. Ve a algún sitio tranquilo y siente en el cuerpo cómo sería que los pensamientos de tu imaginación constituyesen tu realidad actual.

2. El subconsciente tiene la capacidad de manifestar la realidad física a partir del pensamiento.

Todo objeto y circunstancia de este mundo es representativo de un pensamiento mental. *Ahora está demostrado lo que en otros tiempos solo se imaginó.* Así de poderoso es el subconsciente. Ahora bien, si quieres ser partícipe de este increíble generador de creación que eres tú mismo debes poder y querer experimentar en tu interior (en tu mente) lo que desees manifestar. Los pensamientos se convierten en cosas cuando los *sientes* y puedes grabarlos en el subconsciente, que ya se encarga del resto.

Así describe Neville este fenómeno: «Esta sustancia es la conciencia. Es tu imaginación la que moldea esta sustancia en forma de conceptos, los cuales, a su vez, se manifiestan como circunstancias y como objetos físicos. *Por consiguiente, tu mundo lo hizo tu imaginación*». ²⁵ Y así enfoca la importancia de las sensaciones al reprogramar el subconsciente: «La realidad de tu asunción tiene su ser en la total independencia respecto a los datos objetivos, y se vestirá de carne si persistes en la sensación del deseo cumplido. Una vez sepas que las asunciones, cuando se persiste en ellas, se consolidan en hechos, los sucesos que a los no iniciados les parecen meros accidentes tú los entenderás como *efectos* lógicos e inevitables de tu asunción». ²⁶

3. La sensación que tienes que aprender a asumir es el amor.

En realidad el subconsciente forma parte de la mente única, en la que todos vivimos. Este subconsciente universal es la causa primera y la sustancia de la que están hechas todas las cosas. Esta «cosa sin cosa», en realidad, es el amor. Cuando lo sientes, cuando lo experimentas de verdad en tu interior como conciencia íntima de lo que aspiras a manifestar, adquieres el poder de la creación. Recuerda lo que dijo san Francisco de Asís en un verso de su célebre oración: «Señor, conviérteme en un instrumento de tu paz. Donde haya odio, permíteme sembrar amor». Lo que se pide en esta oración es tener la sensación del deseo cumplido.

En los momentos de rabia, frustración, miedo, duda, preocupación, estrés, etc., fortalece tu amor y sumerge todos los sentimientos negativos en un contenedor de amor en estado puro. Opta por sentirte bien; así de simple, porque cada momento en el que ofreces amor pone tu pequeña esquirla de subconsciente en armonía con el subconsciente universal, único, creador de todo y definido como amor.

Confío en haber despertado la conciencia de que tus sensaciones desempeñan un papel importantísimo en el proceso de convertirte en un ser realizado en Dios y que se manifiesta. Neville lo dice bien claro: «Negar la evidencia de los sentidos y apropiarse de la sensación del deseo cumplido es la vía que lleva al cumplimiento de tu deseo».²⁷ Aplica la sentencia desde este mismo instante. Es muy posible que te sea de una utilidad que en muchos casos ni siquiera te habrías imaginado en las *horas corrientes*. Y recuerda que visualizar el futuro sin asumir la sensación del deseo cumplido son simples e inútiles castillos en el aire.

TRES PROPUESTAS

- Practica sentir un pensamiento que hayas insertado en tu imaginación. Recuerda que una sensación es lo que sientes en tu cuerpo al plantearte qué quieres manifestar, o cómo quieres ser. Cierra los ojos y experimenta las sensaciones que despierta en tu cuerpo. Trabaja con sensaciones que no sean solo tu experiencia de lo que imaginas que experimentará tu cuerpo, sino desencadenantes que te ayuden a pasar de un pensamiento a una realidad física consolidada.
- Independientemente de cuál sea la sensación que tratas de observar en tu cuerpo en lo relativo a tus deseos, imprégna la de *amor* (sinónimo de Dios). Imagina lo que quieres. Imagina y siente ese amor como si ya fuera tuyo. Persiste en este uso del amor hasta que tu deseo te pertenezca de verdad. A lo largo del proceso, recuérdate que cuando más amor (Dios) brindas antes se hará realidad el deseo. Mírate sin miedo en el espejo y di: *No solo te quiero, sino que soy amor*.
- Familiarízate con el subconsciente. Tu parte de subconsciente basa sus actos en cómo la has programado. De ese modo se convierte en tu mente automática, la que actúa por costumbre. Decántate por una costumbre que te gustaría que fuera automática, como ser generoso, por ejemplo. Dite: *Soy una persona generosa*. Da algo con espíritu de generosidad, aunque solo sea calderilla o unas palabras de ánimo.

Cuanto más pensamientos y actos practiques en torno a tu nuevo *soy*, más reacciones acordes obtendrás del subconsciente, hasta que acabe actuando generosamente por la nueva costumbre que has creado. Tuya es la capacidad de imprimir en el subconsciente cualquier *soy* por el que te decidas.

Cuarto pilar de los deseos cumplidos: atención, por favor

Tu imaginación es capaz de hacer todo lo que le pidas proporcionalmente a tu grado de atención.²⁸

NEVILLE

Al ejercitarte en el dominio del arte de manifestarte recibirás gran cantidad de datos, consejos y es probable que presión en lo tocante a las ideas y los objetivos que has introducido en tu imaginación. Cuando logres potenciar la conciencia de tu imaginación, empezarás a convertir este mundo interior y privado en un componente más activo de tu vida cotidiana. Confiado en que lo que piensas es más que un mero ejercicio mental, empezarás a vivir a partir del nuevo espacio formado en tu interior. Tu nuevo mundo invisible será la fuente de tu nueva realidad.

Con empeño, y atención constante, podrás poner en marcha el proceso de asumir la sensación del deseo cumplido, imaginándolo, viviendo mentalmente a partir de él y sintiéndolo en el cuerpo. Si no estás dispuesto a centrar la atención en una aplicación salubre de estos nuevos elementos, ten por seguro que todos tus esfuerzos serán vanos. La palabra clave es *atención*.

Cuando te decidas y empieces a usar la información que aquí se te presenta con la finalidad de llevar una vida de deseos cumplidos, te encontrarás con que llamas la atención de varios modos. Sin que se lo pidas, tus amigos y colegas expresarán su opinión acerca de este nuevo yo y lo que tratas de manifestar. Puede que tu familia inmediata intente disuadirte de unos cambios que a su juicio podrían hacer que no se sintieran a tu altura, o se encontrasen a disgusto. Te presentarán datos *científicamente comprobables* para disuadirte de que creas en tu yo ilimitado. Personas a quienes no conoces contarán historias sobre alguien que murió al intentar hacer lo que tú pretendes. Te enviarán anécdotas sobre lo absurda que es la idea de que se manifiesten tus deseos, con la esperanza de que entiendas que no eres un ser divino. Es posible que te amenacen con el juicio de Dios, o de Jesús, o del demonio, o de alguna deidad espiritual que, enojada, te echará una maldición por haberla ofendido en su sensibilidad.

Al embarcarte en el proceso de vivir a partir del yo supremo, confiado en tus propias fortalezas realizadas en Dios, cada vez más satisfecho y apacible, sintiendo siempre el amor con el que eliges ponerte en concordancia, tus nuevas ideas sobre quién eres y de qué eres capaz llamarán la atención

tanto en sentido positivo como en sentido negativo. Tal vez debas convencerte de no sucumbir en la atención que aplicas a los deseos que cumplirás. Nunca dejes que algún tipo de presión externa desvíe tu atención de lo que estás en proceso de manifestar. Como te recuerda Neville, «Todo avance, todo cumplimiento de un deseo dependen del control y de la concentración de tu atención».²⁹

Una de las cosas que más me gustan del nuevo iPad que me han regalado mis hijos es la función que recibe el nombre de Papelera. ¡Qué concepto! Quiero que pongas en práctica esta técnica en todos los aspectos de tu vida. Cuando recibas una información o una solicitud que vaya en contra de los *soy* que has insertado en tu imaginación, límitate a pulsar mentalmente el botón de Papelera: verás que sale volando hacia la parte izquierda de la «pantalla». Después, toca mentalmente el botón de Borrar. De ese modo mantendrás centrada la atención en lo que estás manifestando dentro de tu vida.

Te encuentras inmerso en el fluir de una nueva conciencia que no tiene límites. Estás pensando, sintiendo y actuando como un ser divino, una parte de la mente única y universal que sabe que *todo es posible*. Sin embargo, vives en un mundo donde esta postura se tiene muchas veces por algo demencial, o bien ridículo. Debes elegir qué tipo de atención prestas al *feedback* que recibirás. Básicamente hay dos modos de atención entre los que elegir: la objetiva y la subjetiva. La más común es la atención objetiva, pero quédate con la subjetiva.

ATENCIÓN OBJETIVA Y SUBJETIVA: SIEMPRE DEPENDE DE TI

La *atención objetiva* es la que empleas al hacer un seguimiento de los datos externos, como los datos y las actitudes cuyo origen se halla fuera de ti. Se trata de un aspecto importante del funcionamiento de tu vida. Ahora bien, debes introducir conscientemente en tu atención la facultad de seleccionar y pasar de la atención objetiva a la subjetiva. A través de la atención y de la práctica descubrirás que si empiezas empleando la atención subjetiva te liberarás de forma casi mágica de la adicción a las impresiones externas. De ti depende. ¡Y las recompensas son exponenciales! *No prestes atención a lo que hagan o no hagan los demás; préstasela a lo que hagas o no hagas tú*. Es un sabio consejo.

Cualquier deseo que hayas puesto en tu imaginación generará estímulos de respuesta. Las respuestas que vienen del mundo externo, pese a que en muchos casos sean valiosas como *feedback*, tendrás que esforzarte en ignorarlas si representan algún tipo de obstáculo al cumplimiento de tu sueño. Veamos qué tiene que decir Neville respecto a estos dos enfoques contrapuestos sobre lo que debe ser merecedor de nuestra atención: «Hay una diferencia enorme entre la atención dirigida objetivamente y la atención dirigida subjetivamente, *y la capacidad de cambiar tu futuro depende de la segunda*».³⁰ Convertirse en una persona de deseos cumplidos comporta aprender a emplear de

manera estratégica la atención subjetiva.

Todo lo que pongas en tu imaginación, y sientas como algo presente, pasará a formar parte de tu vida cotidiana y aparecerá inopinadamente en muchas de tus conversaciones y actividades. Se encaminarán a tu conciencia contenidos televisivos, películas, chismes de internet y noticias sobre un mismo tema. Es posible que aparezca como por arte de magia información contradictoria. Habrá amigos y desconocidos con ganas de expresar sus opiniones y contar anécdotas sobre alguien que intentó lo mismo en lo que trabajas tú. Será entonces cuando adquiriera una importancia decisiva para tu éxito el haber aprendido a distinguir entre atención subjetiva y atención objetiva, y el practicar la elección de una de las dos, o de ambas. Empieza por la *atención subjetiva*.

Aplica tu atención subjetiva al *soy* que has plantado firmemente en tu imaginación, sin dejar que ningún dato exterior interfiera en el encauzamiento de tu atención amorosa al *soy* subjetivo. Ocúpate en primer lugar de lo que sientes en tu interior, prestándole una atención total, en vez de reaccionar a la persona o influencia externas. Redirige tu atención desde fuera hacia dentro, con confianza, amor y bondad. Es lo que se llama atención subjetiva, y es como actúas cada vez que irrumpe en tu campo de atención el tema de tu yo futuro y de todo lo que estás manifestando.

Las opiniones y la información objetualizadas que penetran en tu campo de conciencia son magníficos recordatorios para redirigir tu atención hacia el amor y la fe en tu capacidad de manifestar los deseos cumplidos. De nuevo es Neville quien te recuerda lo siguiente: «Una vez que sepas controlar los movimientos de tu atención en el mundo subjetivo, podrás modificar o alterar tu vida como quieras. Este control, con todo, no se puede alcanzar si permites que distraigan constantemente tu atención desde el exterior».³¹

Si en los últimos años has leído mis libros y oído mis conferencias sabrás que he citado muchas veces los escritos de Carlos Castaneda. Fue para mí un gran maestro, narrador de historias memorables sobre el elevado mundo de la impecabilidad, en el que se trascienden los niveles ordinarios de conciencia. Su mujer, con quien he entablado amistad, y que cumplió hace poco noventa años, me dijo que había escrito un poema de cuatro versos que aunaba las ideas de Carlos y las de Neville (a cuyas numerosas conferencias había asistido de joven). Yo le pedí que me lo enviase para poder incluirlo en esta parte del libro sobre el uso de la atención para crear la vida objetiva que deseas.

Lo someto a tu reflexión:

*Cuando pienses, elige con cuidado
al pensar en cómo te has soñado...
Ideas albergadas por la mente humana
son el capricho objetizado del mañana.*

Al leer y releer las palabras de Margaret, fijate en que lo que materializas en esta realidad física objetizada en el fondo no es nada más que un capricho, pero para vivirlo como tu realidad (a pesar de que sea tan solo una ilusión, puesto que todo cambia continuamente) debe proceder de los pensamientos *subjetivos* que es necesario que elijas tú, y nadie más que tú, con muchísimo cuidado.

Lo que te pido es que ignores cualquier información que se dirija a ti y contradiga de algún modo el *soy* que has introducido en tu imaginación. Es algo de especial importancia en el caso de los datos que recibes de tus propios sentidos. Sí, estoy diciendo que hasta tus ojos y oídos son inputs objetivos. Una radiografía en la que se ve un tumor que puedes palpar con los dedos contradice el *soy* de tu imaginación que dice *Soy saludable*. La decisión que te conviene es la de vivir *desde* el final que desees, no *hacia* un final que han decidido otros por ti. Debes, pues, prescindir de lo que te digan los sentidos y seguir fiel a tu atención subjetiva, la cual proclama, persistente y férrea: *Soy saludable*. Tu atención subjetiva no tiene ningún vínculo con lo que tu subconsciente, en virtud del condicionamiento al que lo has sometido, considera que es tu realidad, tal como la indican tus cinco sentidos de forma tan convincente. Eres el *Soy el que soy*, y ese «el que» es tu existencia sin tumor.

Redirige tu atención, *apartándola* de los debates cuyo objetivo sea cuestionar o imponer una actitud externa, y enfocándola en *aplicar tu atención a la sensación* del deseo cumplido. El desenlace dependerá de tu actitud interna, de tu atención subjetiva. Podrías compararte con un pitbull que tiene los dientes bien clavados en su hueso de goma. Debes pegarte espiritualmente a lo que has insertado en tu imaginación como hecho futuro, sin dejar que nadie ni nada, en ninguna circunstancia y por muy convincentes que sean sus argumentos, altere jamás lo que sabes que es tu destino. Cualquier elemento que saque a relucir el tema de lo que estás creando para ti debe desencadenar de forma inmediata la reacción de centrar completamente tu atención mental, emocional y física en el *soy* que has depositado en tu imaginación. Será entonces cuando te resulte de enorme utilidad esa maravilla del botón de la Papelera.

Aunque lo hagas todo bien en los primeros tres pilares para una vida de deseos cumplidos, si dejas que algún estímulo exterior desvíe tu atención y abandonas (ni que sea un momento) el *soy* de tu imaginación borrarás todo el proyecto. Fórmate una actitud sana ante tu yo supremo y todo aquello que te llama a ser, redirigiendo la costumbre de que te influyan los factores externos objetivos hacia la confianza en tu capacidad de decantarte por la atención subjetiva y no centrarte en las directrices externas, sino en las internas.

Abraham Maslow dedicó gran parte de su vida adulta a investigar la idea de la autorrealización y a escribir sobre ella. Al pequeño porcentaje de personas a las que calificaba de «autorrealizadas» las describió como habitantes de ese nivel excepcional de la conciencia al que me he referido en las

primeras páginas del libro. Recuerdo como si fuera ayer la afirmación del doctor Maslow de que una de las mayores cualidades de los autorrealizados es la inclinación a ser *independientes de la buena opinión de los demás*. El doctor Maslow presentó sus datos y los explicó con gran acierto a la comunidad académica.

A mí me atrae profundamente esta idea de vivir de forma extraordinaria (con independencia de la buena opinión de los demás), y desde 1971 he hecho hincapié en ella en muchos de mis libros y grabaciones. El doctor Maslow falleció el 8 de junio de 1970, el mismo día que finalicé mi doctorado. Siempre he tenido la impresión de haber recibido el relevo en algún sentido místico.

Optar por ser consciente de tu atención, y lograr elegir la atención subjetiva, concuerda con uno de los principales atributos de la vida autorrealizada según el doctor Maslow: confiar en uno mismo. Cuando confías en que acertarás al elegir tu destino no dejas que nada externo te disuada o influya. Tu atención se centra en tu ardor e intenso anhelo, que se combinan para convertirse en tu realidad. En ningún caso permites que las circunstancias exteriores te desvíen de tus deseos. Esta imagen interna de tu imaginación es inmune a las opiniones y provocaciones cuyo origen se halla fuera de ti mismo.

Atención subjetiva significa que tú eres el único sujeto que incide en los ardientes deseos de tu imaginación. Recuerda que estas ideas de tu imaginación son simples pensamientos que estás tratando como hechos presentes. Estás viviendo y sintiendo como si tu sueño futuro fuese un hecho presente. Dejar que un reportaje sobre una investigación, un artículo de prensa, una opinión adversa, un incidente contradictorio, un pronunciamiento de un organismo del gobierno, una nueva ley o cualquier otra cosa aparten tu atención de los deseos de tu imaginación desmonta y destruye el desenlace deseado.

Debes tener fe, y a la fe se llega por la confianza absoluta en el poder de la mente única universal, de la que constituyes una parte inseparable. Quien puso en tu mente y en tu cuerpo estos pensamientos y estas sensaciones fue tu yo realizado en Dios. En este caso el sujeto eres tú, y por consiguiente debes confiar en tu atención subjetiva, sin dejar que los factores externos objetivos tengan algún influjo en cómo usas tu atención.

Una de las razones que me llevan a escribir sobre el poder oculto de manifestación que tenemos todos en lo más profundo es que de niño, en mis casas de acogida, practiqué conscientemente estas ideas, que pasaron a formar parte de mi ser. A lo largo de mi vida me han tachado de «tozudo», «obsesivo», «obstinado» e «inflexible» en lo que se refiere al contenido de mi imaginación, y verlo se convierte en mi realidad física.

Para asumir la sensación del deseo cumplido debes poder sentirlo en el cuerpo mucho antes de que llame la atención de tus sentidos. Para eso hace falta tenacidad, y resistirse a dejar que la imaginación, que es donde se crean todas las cosas, sea objetualizada por algo externo al propio yo.

Una vez que te empeñas en que tu atención no se vea afectada por influencias exteriores entras en el proceso de formarte un hábito que trabaja *a tu favor*, no *en contra* de ti. Tus imágenes externas y las correspondientes sensaciones ligadas a tu visión te pertenecen solo a ti, que empiezas a tratar este mundo interior de pensamientos y de sensaciones como un territorio sagrado. Das el paso de *creer a saber*, y lo que sabes con certeza no lo tiñe la duda. Como dijo William Shakespeare, «Nuestras dudas son traidoras». Cualquier persona o cosa que pretenda reducir tus sensaciones interiores es sin duda un traidor al que hay que desterrar.

Hace poco me diagnosticaron leucemia, y he hecho justamente lo que escribo, como llevo haciéndolo toda la vida en lo que afecta a mi destino y bienestar. De lo que estoy seguro es de que en toda enfermedad existe un componente emocional. Como he indicado antes, veo el hecho de tener un recuento leucocitario elevado como un síntoma de que mi cuerpo emplea su inteligencia realizada en Dios para curar los perjuicios que yo haya podido causarle participando en actividades psicológicamente traumáticas, sobre todo en la relación con mis seres queridos.

Por eso, en vez de echar pestes contra la sabiduría innata de mi cuerpo, vivo en un estado de profunda gratitud por todo lo que me ha deparado la existencia, incluido el recuento leucocitario. Cuanto más asumo la sensación de mis afirmaciones de *Soy saludable*, *Soy fuerte* en mi imaginación, más parece que el universo me envíe la información y a las personas indicadas para ayudarme a tener una vida de deseos cumplidos. Hay un hecho, en concreto, que destaca sobre los demás.

El mismo día en que recibí el diagnóstico de leucemia linfocítica crónica me encontré por «casualidad» con Pam McDonald, que venía a Maui para preguntarme si estaba dispuesto a colaborar con ella en sus sesiones de medicina integradora. Pam ya había usado textos míos con gran éxito, ya que le habían ayudado a curar a sus pacientes de una larga serie de enfermedades y trastornos como la obesidad, las dolencias cardíacas, la diabetes, el alzheimer y muchos cánceres y adicciones tan extendidos que ponen en peligro nuestro bienestar físico colectivo.

Pam es enfermera en California del Norte. Cuando le conté que aquella misma mañana me habían diagnosticado leucemia, contestó: «Ahora ya sé por qué me han enviado aquí: no para conseguir que me ayudes, sino para ponerme a tu servicio». El día de mi diagnóstico fue el mismo en que apareció en mi vida Pam, resuelta a dispensarme servicios médicos en prioridad.

Pam me explicó que corregir los hábitos alimentarios malsanos puede ponernos de nuevo en concordancia con el mapa genético con que nacemos. El alineamiento genético correctivo, que trata enfermedades ligadas a dietas inflamatorias y a cómo procesa nuestro cuerpo las grasas y el colesterol, consigue curaciones sorprendentes. Cuando empezamos a comer de manera consciente, en armonía con nuestro deseo de encontrarnos y estar bien, los marcadores de estas enfermedades supuestamente incurables empiezan a volver a la normalidad.

Acto seguido (siempre con todos los gastos a su cargo) me hizo un análisis de sangre para controlar mi gen de la ApoE (Apolipoproteína E), e incluso cogió un avión a California del Sur mientras yo visitaba a Deepak Chopra en su Centro para el Bienestar. Me explicó paso a paso un plan nutricional de fácil seguimiento al que me he ceñido hasta el punto de que los ocho marcadores de la leucemia linfocítica crónica (LLC) han regresado a valores normales. Pam McDonald ha sido un ángel llegado en un momento de necesidad. Me ha acompañado en mis giras y ha hablado ante miles de personas durante mis conferencias.

Desde entonces Pam se ha hecho una profesional de la salud, y nos ha ayudado a mí y a miles de personas a estar más sanos. También ha escrito un libro magnífico, *The Perfect Gene Diet*, donde explica su método alimenticio desde el punto de vista de un experto en la materia. Me enorgullece haber escrito el prólogo, en el que atestiguo los beneficiosos resultados que te esperan si tomas conciencia de cómo y qué comes a fin de que ambas cosas concuerden con el perfil genético que has heredado. Implícate en tu máximo bienestar físico tomando conciencia de que todo lo que comes influye en tu capacidad de aportar la curación que ansía tu cuerpo.

A partir del primer día decidí asumir la sensación de mi deseo cumplido de tener un cuerpo sano. La verdad es que me encuentro y estoy bien, que estoy fuerte y que me niego categóricamente a albergar cualquier otro input que entre en conflicto con mis *soy*. Sé que cuando me mantengo así, en concordancia con mi yo supremo y con la mente única y universal responsable de toda la creación, empiezan a ocurrir de forma casi mágica (con lo que llamó Carl Jung «sincronicidad») cosas que no pueden pasar cuando uno piensa y siente a partir de un estado de no bienestar. La *coincidencia* de encontrarme justo aquel día con Pam incidió en mi salud, en mi enfoque de la vida, en mi bienestar y también en mi curación. Ahora su presencia junto a mí está influyendo en cantidades enormes de personas a lo largo y ancho del mundo, y no cabe duda de que podría ser el preludio de una nueva época de bienestar para todo el planeta.

No exagero si digo que asumir la sensación de un deseo cumplido, y usar la atención subjetiva para ahuyentar a todos los negativistas, hará que tú, y muchas más personas como tú, podáis poner literalmente fin a algunas de las epidemias que amenazan al conjunto de la población mundial. ¡Así de seria es la cosa!

EL MOVIMIENTO DE LA ATENCIÓN Y DE LOS SOY

Tienes muchas ideas sobre cómo te gustaría ser y sobre qué te gustaría manifestar en tu vida. Has colocado esas ideas en tu imaginación y estás dispuesto a vivir *a partir* de esos fines, no *hacia* ellos. Reconoces tus oportunidades de asumir la sensación en tu cuerpo de esos deseos cumplidos, a pesar

de que en este momento se encuentren en tu mente y todavía no en tu mundo material cotidiano. Ahora tienes que saber qué hacer cuando surja la cuestión de tus deseos, sea a través de otras personas, de acontecimientos externos o incluso porque no dejes de darle vueltas en tu cabeza. Lo que hagas o dejes de hacer será determinante para la manifestación de tus ideales.

Lo que haces no son necesariamente las acciones que emprendes, sino dónde eliges depositar tu atención mental; y por *atención* entiendo lo que haces con lo que se encuentra en tu mente. No dejes, por lo tanto, que nada ni nadie afecten *tu atención* cuando estés en el proceso de manifestar, al margen de que el tono o el *feedback* sean positivos o negativos. Tus *soy*, firmemente plantados en tu sanctasanctórum mental, te otorgarán las fuerzas y el poder necesarios para mantener centrada *subjetivamente* tu atención.

A continuación encontrarás varias maneras de ponderar la importancia del paso de lo objetivo a lo subjetivo en la aplicación de tu atención personal.

TU INTENCIÓN ES EXPERIMENTAR LA CURACIÓN DE TU CUERPO

Al referirse a su experiencia cercana a la muerte, Anita Moorjani (de quien ya hemos hablado) dijo: «Me di cuenta de que las enfermedades empiezan a nivel energético antes de volverse físicas. Si elegía ir hacia la vida, el cáncer desaparecería de mi energía y mi cuerpo se recuperaría muy deprisa. Comprendí entonces que cuando la gente recibe cuidados médicos por alguna enfermedad el tratamiento solo la elimina de su cuerpo, pero no de su energía, y entonces regresa. Me di cuenta de que si volvía sería con una energía muy sana. Entonces el cuerpo físico se pondría a la altura de las condiciones energéticas con gran rapidez y de forma permanente». Y tú, ¿puedes abrirte a la idea que aprendió Anita cuando estaba al borde de la muerte, la de que toda enfermedad empieza a nivel energético?

No hace falta que conozcas el estado de tu predisposición energética a una enfermedad determinada. Basta con que hagas concordar tu subconsciente con la idea consciente de que posees un cuerpo energético, y de que si logras curar la *energía* en la que se basó tu enfermedad podrás curar tu cuerpo físico de forma rápida y permanente. Tal vez te parezcan delirios de grandeza, falsas esperanzas para los enfermos terminales...

Siempre me ha encantado lo que sobre este tema dijo Miguel Ángel: «El mayor peligro no es que nuestra meta sea demasiado alta y no la alcancemos, sino que sea demasiado baja y lo consigamos». Las esperanzas son pensamientos de tu imaginación que puedes convertir en hechos de la vida cotidiana. Eso se consigue asumiendo la sensación del deseo cumplido y optando por usar tus nuevos *soy* como hechos que *sientes* y a los que prestas atención subjetiva.

Cuando sufres algún desajuste en tu cuerpo recibes mucha información *objetiva* en la que pensar. «De lo que tienes tú se murió un amigo mío», «Mira, investigaciones publicadas donde pone que lo que tienes es incurable», «Fíate de la medicina moderna, no de ideas fantasiosas», «Un tercio de la población consigue superarlo medicándose, mientras que en tu caso la enfermedad empeora porque rechazas la medicación»... Son planteamientos objetivos, y como estos hay miles. Debes mantenerte alerta a tu *atención subjetiva*, acudiendo al *soy* que has colocado en tu imaginación, y asumir en tu cuerpo la sensación de que el deseo ya se ha cumplido.

He aquí una frase de los *Discursos del YO SOY* de Saint Germain: «Una Afirmación notable, que sería de enorme ayuda para los discípulos, sería decir: “YO SOY” la Presencia Obradora de Milagros que está en todo lo que necesito haber hecho».³² Así funciona en tu interior la atención subjetiva. Eres la presencia Soy, siempre que confíes en tu yo supremo; y este último proclama sin temor *Yo soy Dios*.

Empieza a confiar en la presencia Soy: es tu esencia como ser espiritual que está viviendo una experiencia humana temporal. Persiste en colocar tus deseos cumplidos en tu subconsciente, con frases como *Soy la presencia todopoderosa que rige mi vida y mi mundo y soy la salud, el bienestar y la armonía sustentados en sí mismos que me hacen superar todo lo que se enfrenta a mí*. Confía en tu orientación interna y en tu vínculo divino con el creador de mundos, en vez de darle tanto crédito a la información objetivizada que aparece en tu vida cotidiana y que supone una agresión a tu naturaleza espiritual.

TU INTENCIÓN ES ATRAER HACIA TU VIDA LA PROSPERIDAD Y LA ABUNDANCIA

Para atraer hacia tu vida una prosperidad o abundancia adecuadas y sanas debes centrar toda la atención en cómo se *siente* uno con ellas. Tienes que poder *sentir* lo que supone incluso antes de que se materialice a tu satisfacción. Con estas sensaciones agradables en tu cuerpo reprogramas tu parte del subconsciente para situarla en armonía con el subconsciente universal, infinitamente próspero, donde tienen su origen todas las manifestaciones. Tu capacidad de concordar de todo corazón con este campo de energía implica no volver a generar jamás pensamientos como *Espero ser próspero algún día*.

Dedica algo de tiempo a cavilar profundamente en las repercusiones del siguiente pasaje de *El poder de la conciencia*, de Neville: «“Seré” es la confesión de que “no soy”. La voluntad del Padre es *siempre* “SOY”. Mientras no te des cuenta de que el Padre eres TÚ (existe un solo SOY, y ese SOY es tu yo infinito), tu voluntad será siempre “*seré*”».³³

El tercer capítulo de este libro, el que trataba de tu yo supremo, te ha dado a conocer la

imposibilidad de que la Fuente de todo diga «seré», porque equivaldría a decir «no soy». ¿Cómo va a decir Dios «no soy»? *Querer* atraer hacia tu vida una mayor prosperidad equivale a transmitir el mensaje de que *no soy*. Mientras sea lo que piensas de manera consciente, estarás programando sin saberlo tu subconsciente para que te aporte experiencias acordes con tu sensación. *No soy* proyecta un estado de carencia. Recibirás todo un alud de pensamientos e ideas objetivos sobre la intención que albergas de experimentar una vida de prosperidad. Lo sé por experiencia, porque lo he oído toda mi vida.

Como estudioso de la condición humana, hace tiempo que llegué a la conclusión de que la mayoría de la gente no sabe ganar dinero ni atraer la abundancia. Pocos, muy pocos, se salvan de esta observación, aunque estoy seguro de que tú (sí, tú) estás dejando atrás esa actitud. Muchos tienen la impresión de no haber llegado a la plenitud vital, y eso es porque desconfían de su yo supremo. La causa más probable es que ni siquiera hayan descubierto que poseen un yo superior o supremo. Cuando una persona sabe que es Dios, y es consciente de su divinidad, le resulta imposible decir «seré». ¿Por qué? Porque «seré» quiere decir «no soy».

La atención subjetiva es como eliges *pensar*, y en especial *sentir*, lo que has puesto en tu imaginación. Desde el principio de mi vida adulta he llevado conmigo las palabras que le dice Srimati Kashi Moni, la «Madre sagrada», a Paramahansa Yogananda en la *Autobiografía de un yogui* escrita por el segundo: «Busca la riqueza divina, no los miserables oropeles de la tierra. Cuando adquieras los tesoros interiores, te darás cuenta de que el suministro exterior estará siempre pronto».

Tu *tesoro interior* es la sensación de vivir en un mundo de abundancia ilimitada. Niégate a dejar que los datos externos te aparten de lo que has depositado en tu imaginación. Vive siempre a partir de tus sensaciones subjetivas de *Soy próspero*, *Soy rico* y *Soy una persona satisfecha*. Así, mediante tu imaginación, programarás el subconsciente para que concuerde con experiencias ajustadas a lo que sientes en tu cuerpo.

De pequeño, cuando vivía en una casa de acogida, siempre supe que podía atraer hacia mi mundo dinero que gastar, a pesar de que la mayoría de los niños que me rodeaban solo parecieran conocer penurias, que era lo que daban la impresión de atraer siempre. De joven, sabía en mi fuero interno que si basaba mis actos en mis sensaciones me perseguiría el dinero. Como refiere el consejo de la madre sagrada de Paramahansa Yogananda, parecía ir en pos de la riqueza divina de las sensaciones internas, sabiendo que la aportación externa vendría por sí sola a buscarme.

La atención objetivizada me decía que nunca me haría rico siendo maestro de escuela, porque no es una profesión muy bien pagada, pero yo purgué mi mundo interno de esas tonterías. Lo mismo podría decirse de mis textos, conferencias y otras actividades profesionales. Me siento afortunado, y sé que seguiré basando mis actos en mis experiencias interiores de abundancia, como sé que la mente

universal me aportará también a las personas, hechos y situaciones más indicados para guiarme por este camino espiritual de la conciencia suprema.

Sobre la manifestación de la abundancia a lo largo de mi vida puedo decir que nunca he permitido a nadie, ni siquiera a los más persuasivos, infiltrarse en mi imaginación, la cual se siente próspera y facultada para atraer una abundancia sin límites. Teniendo como sacrosanta esta visión interior, y no dejando nunca que nada mancillase mi seguridad interna, he actuado de maneras que han generado prosperidad, pero incluso así siempre parece que el universo me envíe la ayuda necesaria para que mis sueños futuros sean un hecho presente.

Escuchemos lo que dice Saint Germain en sus *Discursos del YO SOY* sobre el poder que tienen las personas por el mero hecho de ser: «En el momento de decir “YO SOY” pones en marcha este Poder que lleva intrínsecas todas estas facultades. Contiene toda la sustancia, y debe adoptar cualquier forma en que se fije la atención de la mente. El “YO SOY” es la Mente Insondable de Dios». ³⁴ Usa esta mente insondable que tienes para estar siempre atento a lo que se halla en concordancia con tu Fuente del ser, la abundancia sin límites que constituye el mayor bien para todos los implicados.

TU INTENCIÓN ES QUE TU VIDA SEA FELIZ

La felicidad no es ninguna *cosa* del mundo material que se pueda comprar, guardar y usar según nuestras necesidades o deseos. Si lo fuese, yo mismo te daría provisiones que te asegurasen ser feliz toda la vida. No, la felicidad es una actitud que sale de tu interior, y a la que puedes acceder al situar en tu imaginación una declaración de *soy* que refleje tu sintonía con la sencilla verdad de que la felicidad empieza por dentro. Es una creencia interna que aportamos a todas nuestras relaciones y actos, sin esperar que nos la traigan los demás, ni pretender recibirla de nuestros triunfos y adquisiciones. *No hay camino a la felicidad; la felicidad es el camino.*

Afirma tu intención de tener una vida feliz y satisfecha; plántala en el lugar más destacado de tu imaginación y basa en ello tu vida como si se tratase de tu realidad. Cuando las circunstancias y/o tus cinco sentidos intenten convencerte de que te equivocas, deja pasar los pensamientos de temor o negatividad con la actitud apacible, amorosa y confiada de quien ve pasar las nubes, a la par que te concentras en tu nutritiva imaginación, que no puede ser modificada sin tu consentimiento. Sobre este punto, Neville no vacila en decir: «No caben dudas sobre la promesa de que si muestras descaro al asumir con impudicia que *ya tienes* lo que niegan tus sentidos, se te entregará: *tu deseo llegará a su cumplimiento*». ³⁵

Que no te aflija encontrarte con personas y con situaciones que pretendan convencerte de que la afirmación *Soy feliz* que has insertado en tu imaginación es absurda. ¡No dejes que la influencia de

estas tentativas objetivas te lleve a asumir la sensación de que se cumple un deseo de *infelicidad!* Persiste en afirmar tus mantras interiores de *Soy feliz* y *Soy una persona satisfecha*, a la vez que asumes en tu cuerpo la sensación de que ya se han cumplido; o, como dijo Neville, ten el «descaro de asumir con impudicia» la sensación de plenitud dichosa.

Para eso solo puedes permitir que sea tu atención subjetiva personal la que se ponga en concordancia con tu declaración interna de *soy*. Tu subconsciente entiende cómo pretendes ser. Naturalmente, cesarás de alentar o de albergar cualquier forma del tipo «Tengo derecho a estar triste», «¿Cómo voy a ser feliz con las circunstancias que definen mi vida?», «Mi padre, mi cónyuge, mi hermana [cualquier relación externa] me hacen desgraciado» y demás. ¿Cómo va a decir Dios «Estoy triste» o «Soy desgraciado»? Recuerda que tienes un yo superior, y que está en unión con Dios.

Escuchemos lo que dijo Saint Germain sobre este tema en una transmisión recibida el 24 de noviembre de 1932:

Yo propondría a quienes han tenido experiencias desagradables que retiren conscientemente de ellas todo el poder que les hayan conferido, casi siempre sin saberlo. Siempre que sea necesario analizar algún estado para comprenderlo, procede de inmediato a retirar cualquier poder que se le haya entregado, y toma conciencia de que «YO SOY» la Presencia Armoniosa que lo impregna siempre todo, sea cual sea el estado».

Al decir «“YO SOY” la Presencia Dominante», «YO SOY» plena y conscientemente sabedor de que he puesto en marcha la generación de los estados deseados por el Pleno Poder e Inteligencia de Dios, y de que se mantienen por sí mismos.³⁶

Te insto a leer y a refrendar este mensaje sobre tu felicidad. Conságrate a tu propia atención subjetiva, recordándole en todo momento (y recordándote a ti mismo) *Soy la presencia armoniosa y rectora*. Así activarás el poder de Dios, porque serás uno solo con tu Fuente omn creadora.

Trátese de tu salud, de tu riqueza, de tu felicidad o de cualquier otro elemento de tu experiencia vital, es básico tener presente la importancia del movimiento de tu atención. Debes ser obstinado y persistente en no consentir que tu mundo interior cambie a causa de los puntos de vista o de la información de otras personas. Tú sabes lo que quieres ser, y lo que te gustaría manifestar. Mantén en esta concordancia tu imaginación, y siéntela en tu cuerpo. El uso de la atención subjetiva producirá las condiciones deseadas.

TRES PROPUESTAS

- Toma conciencia de los esfuerzos objetivos cuya finalidad es convencerte de que abandones las ideas y los ideales que has guardado en tu imaginación. A medida que se intensifique tu conciencia, practica una alternativa subjetiva a estos esfuerzos objetivos. Cada vez que tu atención se vea

arrastrada hacia la negación de lo que estás en proceso de manifestar, cierra los ojos, siéntate un momento y repite en silencio tu *soy* hasta que lo sientas reverberar por todo tu cuerpo. Mantente en guardia, siempre dispuesto a desechar cualquier información objetivizada que entre en conflicto con tu visión interna. Cuanto más lo practiques, menos impacto tendrán sobre ti tus viejos virus mentales. Pronto habrá arraigado una nueva confianza en tu capacidad de manifestar la vida que deseas.

- Usa lo que llamo «método Superglue» para poner intenciones en tu imaginación: imagina que tienes una sustancia tan potente que no puede debilitarse ni romperse. Aplica unas gotas a tu *soy* al plantarlo en tus dominios privados interiores. Equivale a decir: «Nada externo a mí tiene el poder de desplazar lo que coloco en mi pantalla interna». Cuando dices «Soy saludable», «Soy próspero», «Soy feliz» o cualquier otro *soy*, estás usando el nombre de Dios, que en lo que a ti respecta es inviolable. Se trata, por tu parte, de una decisión espiritual: la de convertirte en el ideal que sabes, en lo más hondo de ti, que es tu vocación. Con la metáfora del superglue te acordarás de usar solamente tu atención subjetiva cuando tus intenciones de deseos cumplidos sean visibles para los demás.

- Las intenciones internas son algo privado entre tú y tu Fuente del ser. Invitar a terceros a apoyar o a analizar tus intenciones constituye una invitación a su atención objetiva. A menudo las respuestas están pensadas para convencerte de que tu intención es un sueño imposible. Te verás en la situación de tener que defenderte (o como mínimo explicarte), y eso es una invitación para el ego, que tomará al vuelo la oportunidad de cambiar tus intenciones internas y cuestionar los hechos externos, supuestamente lógicos o científicos, que te den la razón.

La manifestación es un ejercicio espiritual, y como tal pone en jaque la lógica, los datos, las experiencias pasadas, las pruebas científicas y cualquier tipo de opiniones objetivas. Haz que sea una cuestión privada, en la línea de Neville: «Por lo tanto, cuando sepas lo que quieras, centra a conciencia tu atención en la sensación del deseo cumplido hasta que dicha sensación llene tu mente y no deje espacio para ninguna otra idea en la conciencia».³⁷

Mantén tus intenciones en privado, evitando la necesidad de eludir opiniones bienintencionadas procedentes de fuerzas externas.

Acabo este capítulo con unas palabras de san Pablo en sus cartas a los filipenses. Es uno de mis versículos preferidos del Nuevo Testamento:

No lo digo movido por la necesidad, pues he aprendido a contentarme con lo que tengo.

No cabe mayor uso de la atención subjetiva.

Quinto pilar de los deseos cumplidos: hora de acostarse

En sueños, en visión nocturna,
cuando un letargo cae sobre los hombres,
mientras están dormidos en su lecho,
entonces abre él el oído de los hombres.

JOB, 33:15-16

Es en sueños cuando se penetra en el mundo del subconsciente, y será en ellos donde dejes tu huella y recibas tus instrucciones, como indica esta cita bíblica del libro de Job. Quisiera que pensaras en la naturaleza de tu subconsciente, que ha sido programado por tu mente consciente para actuar por costumbre, es decir, *sin pensar* en lo que haces o dejas de hacer. Seguro que tienes recuerdos como el que se me acaba de ocurrir.

Recuerdo que a los quince años aprendí a conducir con un coche que no tenía cambio de marchas automático. Usaba mi mente consciente para practicar una serie de maniobras que parecía interminable, con un proceso mental semejante al siguiente: *Esto de aquí es un coche con tres pedales, y yo solo puedo usar dos pies. Tengo que pisar el embrague con el pie izquierdo y el acelerador con el derecho. Luego levanto despacio (muy despacio) el pedal del embrague a la vez que piso el del acelerador con la misma presión en el pie derecho que la que dejo de ejercer en el embrague con el pie izquierdo. Si acelero demasiado o no piso bastante el embrague se me cala el coche. Para colmo hay un tercer pedal, para frenar, y no tengo ni idea de cómo se usa, porque el coche da saltos todo el rato. ¿Con qué pie? ¿Cuánta presión?*

Mi mente consciente no paraba de dar vueltas al problema en su esfuerzo por dominar lo que parecía una misión imposible: aprender a conducir sin que el coche diera saltos y sin que se calase el motor. En un momento dado me encontré en una cuesta, esperando a que un semáforo pasara del rojo al verde, con un pie en el embrague y el otro en el freno para evitar que se me fuera el coche y chocara con el de detrás. ¡No me quedaba ningún pie para el pedal de acelerar, imprescindible si quería avanzar!

A lo que voy es que mi mente consciente mandó impresiones e instrucciones a mi subconsciente hasta que ya no me hizo falta la primera para conducir un coche con cambio de marchas. Se convirtió en un proceso automático, y mi subconsciente habitual pasó a encargarse de todo. A ese subconsciente mío le daba igual lo que yo sintiese, el tiempo que llevara sin conducir, lo que creyera y lo que dijeran los demás sobre lo difícil que era conducir con cambio de marchas; se limitó a responder a la programación a que lo había sometido, y tomó a su cargo conducir sin sobresaltos, sin esfuerzos y sin obligarme a dar vueltas nunca más a la cuestión.

Treinta años más tarde me llevé a mi familia a recorrer Italia durante dos semanas. Al alquilar un coche en Milán, el único disponible era un Fiat con embrague, freno y acelerador. Hacía tres décadas que no conducía un coche con cambio de marchas manual, pero mi subconsciente sabía muy bien qué hacer y se ocupó de la conducción durante toda nuestra estancia en Italia. Esta anécdota se parece mucho a la que he contado antes sobre el patinaje sobre hielo: mi mente habitual ya estaba bastante formada y no necesitaba más recordatorios para llevar a buen puerto la tarea encomendada. Cuando ya se ha programado bastante y ha recibido la debida formación, al subconsciente nunca se le borra lo que lleva impreso. Se limita a ocuparse de todo, y pocas veces hace falta que intervenga la mente consciente.

Tu subconsciente se encarga aproximadamente del 96 por ciento de lo que haces en la vida. Es como si tuvieras encendido el piloto automático en casi todo lo que haces a lo largo de tu vida, día a día. Los ejemplos de aprender a conducir un coche con cambio de marchas y patinar sobre hielo lo dejan muy claro en la dimensión del cuerpo físico. Enseñas al subconsciente a actuar de manera automática en cuanto ya no sea necesaria la mente consciente. Esta programación funciona en todas las facetas de tu vida, incluida la capacidad de manifestar una vida de deseos cumplidos.

LOS PREPARATIVOS DEL SUEÑO Y EL SUBCONSCIENTE

Al dormir, tu mente consciente abandona el mundo de tus cinco sentidos y se une al subconsciente. A tu subconsciente habitual no le interesa para nada modificar tus creencias o sensaciones conscientes. Se limita a responder a la programación que ha recibido. Neville nos recuerda que «La inconsciencia del sueño es el estado normal del subconsciente».³⁸ Un tercio del tiempo que vives en esta encarnación, o más, te lo pasas en este estado normal del subconsciente. Es cuando recibes instrucciones sobre el despliegue de los otros dos tercios de la vida, y sobre la manera de vivir sin sobresaltos ni esfuerzos, de forma milagrosa.

Es como cuando aprendes conscientemente a usar un cambio de marchas, a dominar un ordenador, a tejer un jersey, a nadar, a bailar, a dar golpes a una pelota de golf y todo el sinfín de actividades

que realizas durante la vigilia, sin pensar casi nunca en cómo las realizas. Incluido lo que estás haciendo ahora mismo: ¡leer un libro!

Lo más importante que quiero que asimiles y apliques en este capítulo no es tanto lo que haces al soñar y al dormir, sino cómo te preparas para ingresar en el estado inconsciente del sueño.

Dormir es el estado natural del subconsciente, que rige más o menos el 96 por ciento de tu vida despierta. Los últimos cinco minutos del día antes de ingresar en el estado de sueño son los más importantes del día para quien pretenda inaugurar una vida de deseos cumplidos. En esta breve parte de la jornada le dirás a tu subconsciente cómo te sientes y qué deseos cumplirá Dios (el subconsciente único y universal) cuando te despiertes de un profundo sueño. Esta porción de tiempo que pasas en la cama, cinco minutos antes de ingresar en el subconsciente y quedarte unas ocho horas en adobo, es la más decisiva de las veinticuatro horas del día.

Es un tiempo que puedes usar de dos maneras. Yo te las explico, y tú decides por ti mismo cuál eliges adoptar, teniendo en cuenta que lo que grabas en tu subconsciente es lo que te ofrecerá el subconsciente único y universal en las horas de vigilia. A tu subconsciente no le afecta lo que quieres, ni lo que te conviene. Es incapaz de distinguir entre lo que sientes de resultados de todo lo que te pasa durante tus horas de vigilia y lo que sientes de resultados de lo que imaginas que ya te ha sucedido cuando estás en la cama, dispuesto a conciliar el sueño.

1. LA OPCIÓN DE REPASAR LAS FRUSTRACIONES Y LAS DECEPCIONES DEL DÍA

Tumbado en la cama, puedes invertir el tiempo previo a la entrada en el subconsciente en repasar lo que te haya hecho sentirte triste, desanimado, contrariado, airado, etc. a lo largo del día. Puedes tener pensamientos tristes sobre todas las personas que te han decepcionado, y repasar en tu imaginación (a través del diálogo contigo mismo) la pena que te ha provocado. Puedes dedicar esos momentos tan determinantes a preocuparte por lo que no ha salido como deseabas, y a proyectar sobre tu subconsciente pruebas para que las cosas sigan ocurriendo como siempre han ocurrido. Puedes repasar tus discusiones con otras personas y llegar a la conclusión de que es verdad que esas personas te hacen infeliz. Puedes usar la mente para revivir tu miedo a que las cosas no mejoren. Puedes incluso predecir que a tu familia y a ti está a punto de ocurrir una calamidad, y que no hay ninguna manera de impedirlo.

Puedes visualizar mentalmente el peor desenlace posible en lo tocante a tu salud o a la de un ser querido. Puedes imaginar que te declaras insolvente, o no consigues el trabajo al que aspirabas, o sufres un desastre natural, o te despertarás sintiéndote aún más enfermo. Los posibles desastres que puede alimentar el pensamiento al prepararte para el sueño darían para llenar las siguientes cien

páginas.

Optes por lo que optes (como los ejemplos anteriores de pensamientos que te hacen sentir mal), siempre habrá de por medio una *elección*, la de mandar esos mensajes a tu subconsciente justo antes de quedarte dormido. Lo que haces, en definitiva, es grabar en tu subconsciente *Soy infeliz, Soy un frustrado, Soy un pesimista, Soy una persona asustada...* Tu subconsciente, incapaz de distinguir entre lo que le dices a través de tu ritual de condicionamiento previo al sueño y lo que ocurre de verdad en tu mundo cotidiano, te dice: «Vale, ya lo entiendo».

Tus pensamientos tratan de lo que no quieres y desprecias, y las sensaciones de tu cuerpo te aportan inquietud, miedo, angustia, odio, tristeza y otras cosas por el estilo. Tu subconsciente no responde con ningún deseo de cambiar tu estado consciente de vigilia, porque solo reacciona a lo que colocas dentro de él. Por lo tanto, pasará a ofrecerte experiencias del subconsciente único y universal que estén en concordancia con lo que le has programado para que haga. ¡Has puesto tus pensamientos en tu subconsciente cuando lo más probable era que dispusiese de al menos ocho horas de sueño para rumiarlos! No se le puede reprochar que dé por supuesto que los desees muy intensamente.

Y así, por desgracia, te despiertas ofuscado por todo lo que no desees y sigue presente en tu vida, sin comprender que al asumir la sensación de lo que *no* desees y dormirte acto seguido con esos pensamientos en la mente, programas a tu subconsciente para que se ponga al mando, igual que cuando aprendiste a conducir. La diferencia es que entonces estabas creando lo que deseabas, mientras que ahora utilizas la misma estrategia para atraer lo que *no desees*. Por eso a menudo no logras atraer hacia tu vida el ideal.

Neville lo explica así:

Lo que tienes en la conciencia al irte a dormir da la medida de tu expresión en los dos tercios de tu vida en la tierra que pasas despierto. No hay nada que te impida cumplir con tu objetivo excepto no sentir que ya eres lo que desees ser, o que ya estás en posesión de lo que buscas. Tu subconsciente solo da forma a tus aspiraciones cuando sientes cumplido tu deseo.³⁹

Puedes aprender a hacerlo durante los valiosísimos cinco minutos que preceden a tu caída en brazos de Morfeo.

Si decides que no quieres dormirte con esta primera opción en tu conciencia, tienes la posibilidad de ofrecer a tu mente habitual una nueva costumbre a la que pueda aferrarse. La alternativa existe. Los últimos cinco minutos del día son tuyos y de nadie más. Plantéate el segundo modo de usar los últimos momentos de vigilia antes del sueño: programar tu subconsciente de una nueva manera.

2. LA OPCIÓN DE ASUMIR LA SENSACIÓN DEL DESEO CUMPLIDO

En la cama, adormilado, sabiendo que estás a punto de dormirte (momento en el que más a gusto se halla el subconsciente), usa los últimos momentos previos al sueño para ponerte en concordancia con tu Fuente del ser y convertirte en un ser espiritual de deseos cumplidos. En esos instantes que preceden al sueño puedes programar tu subconsciente para que te presente automáticamente deseos cumplidos.

A tu subconsciente jamás le enseñarías a dar frenazos todo el rato, ni a girar por una bocacalle sin reducir la velocidad para que sea menos peligroso. De la misma manera, tampoco te conviene enseñar al subconsciente a centrarse en el tipo de cosas que te hacen infeliz o te producen un dolor innecesario, y atraerlas así a tu vida. En resumidas cuentas, los últimos cinco minutos que pasas despierto son tu última arenga al subconsciente. Conviene que te centres en asumir la sensación del deseo cumplido que has puesto en tu imaginación.

Oigamos lo que dice Neville sobre el tema. Podría ser la información más valiosa que hayas recibido en toda tu vida.

La sensación que acude en respuesta a la pregunta «¿cómo me sentiría si se cumpliera mi deseo?» es la que debería monopolizar e inmovilizar tu atención cuando te relajas y te duermes. Antes de quedarte dormido es necesario que tengas la conciencia de ser o poseer lo que deseas ser o tener.⁴⁰

La pregunta que tienes que hacerte a medida que te acercas al momento de caída en la inconsciencia del sueño es, por tanto, la siguiente: *Si se cumplieran mis deseos, ¿cómo me sentiría ahora mismo, en mi cuerpo?* Persiste en ese pensamiento hasta que empieces a sentir que tu cuerpo se adecúa a la sensación.

No es un ejercicio inútil, sino una herramienta de programación que reeduca a tu subconsciente para que traduzca en actos lo que tienes la intención de manifestar, no lo que te hace estar preocupado, enfadado o asustado. En este estado de semisomnolencia, acude al *soy* que estás poniendo en tu imaginación. Si te preocupa tu salud, por ejemplo (sea a causa de un simple resfriado, de una contractura o del horrible diagnóstico de una enfermedad que pone tu vida en peligro), declara «Yo soy Dios en acción». También puedes pensar en mi cita favorita de los *Discursos del YO SOY* de Saint Germain:

Deseo fervientemente que sientas que eres la Única Autoridad en este o cualquier otro mundo, en lo que a tu mundo se refiere. Mientras tu intención no sea perjudicar a nadie, nunca temas que el perfeccionamiento de tu mundo desfigure el de alguna otra persona. Poco importa lo que diga el mundo que te rodea, o el empeño que ponga en imponerte sus dudas, miedos y limitaciones. En tu mundo eres tú la Autoridad Suprema, y al verte acosado por estas condiciones basta con que digas «YO SOY» el Poderoso y Mágico Círculo de Protección que me rodea, es Invencible y aparta de mí cualquier pensamiento y elemento discordantes que pretendan entrar o irrumpir dentro de él. «YO SOY» la Perfección de mi mundo, que se basta a sí mismo.⁴¹

Es un consejo dotado de gran fuerza. Al restar importancia a lo que diga el mundo sobre ti, Saint Germain también se refiere a todos los pensamientos autolimitadores que has proclamado tú mismo sobre tu capacidad de curarte.

Tumbado en la cama, afirma *Soy una persona saludable*, o usa las palabras anteriores de Saint Germain en las que habla de ser poderoso y de la perfección de tu mundo. Observa la reacción de tu cuerpo. Al principio invocarás a tu ego, que se cree separado de Dios, o de la Fuente universal, y se oirá una voz interior que dice: *Esto es una tontería, soy una persona enferma, con dolores, que se está muriendo, y no hago más que engañarme*. Tú, sin embargo, desestima esos virus mentales y memes condicionadas, que por algo eres libre de usar tus cinco minutos como te parezca.

Repite un nuevo *soy* que te haga pasar al estado del deseo realizado. Repítete *Yo soy Dios en acción*, e inmediatamente después observa con tu cuerpo el paso desde el miedo y la angustia a la paz, al amor y a la plenitud. Con algo de práctica comprobarás que la repetición mental de *soy* empieza a influir en cómo te sientes. Las sensaciones de inquietud y sufrimiento se disuelven poco a poco al asumir la sensación del deseo cumplido. Es en ese momento cuando dejas paso al sueño.

Usa estos momentos previos al sueño, tan valiosos, para asumir en tu cuerpo la sensación de que ya se han cumplido los deseos que abrigas, sean cuales sean. Niégate a conciliar el sueño en un estado de inquietud o turbación, por muy importantes que parezcan las causas que provocan esas sensaciones. El estado natural del subconsciente es dormir. Te ve como crees ser. A tu mente habitual no le importa que lo que crees, y por lo tanto sientes en tu cuerpo, sea pernicioso, moral, bueno, malo o indiferente. Ella adoptará a pies juntillas tus creencias y te aportará un abanico de experiencias y hechos de apariencia sincrónica que darán forma a lo que creas y hayas colocado en la programación de tu subconsciente.

Me he acostado muchas veces un poco mareado, o preocupado por la evolución de mi cuerpo ante lo que le habían diagnosticado, y al practicar fielmente lo que acabo de explicar me he despertado sin ninguno de los síntomas. La clave es observar siempre mi cuerpo hasta poder decir con sinceridad absoluta que siento mi deseo como un hecho presente. Las sensaciones son los instrumentos que utiliza el subconsciente automático.

La costumbre de invertir el tiempo de descanso previo al sueño en repasar cosas que te contrarían y disgustan es fácil de romper. Conviértelo en un momento sagrado y placentero, durante el cual alimentos pensamientos que concuerden con los pensamientos *soy* que has puesto en tu imaginación. Cuando veas una tendencia a la negatividad, bastará con que hagas una pausa y te recuerdes suavemente, en tu estado de adormecimiento, que no quieres ingresar en tu mundo inconsciente con esas sensaciones. El siguiente paso es asumir en tu cuerpo la sensación del deseo cumplido. Conviene dormirse recordando al subconsciente que cumpla de manera automática los deseos que

mejoran nuestra vida.

TU SUBCONSCIENTE NUNCA DUERME

La validez de un subconsciente universal que es a su vez la mente única es un concepto que al ego le cuesta comprender, pero de suma importancia si pretendes dominar el arte de la manifestación.

«Esta inteligencia infinita es, en consecuencia, la única mente existente; todos la usamos; no podemos prescindir de ella; porque es una y múltiple, y es la sustancia de la que todo está hecho.» Esta cita procede de uno de mis libros favoritos: *Tres palabras mágicas*, de Uell S. Andersen, al que ya me he referido en otro capítulo. Esta mente única, universal, es infinita en tiempo, espacio y sustancia, y, como concluye el autor, «Solo hay una mente, que está en todo tiempo y lugar; es la Mente Subconsciente». Encontramos por último una descripción de lo que ocurre mientras duermes en tu subconsciente: «Dicho de otro modo, la Mente Subconsciente intenta dar forma y realidad a lo que le sugiere la Mente Consciente». Medita en estas ideas a lo largo del día, especialmente en el momento de acostarte.

Justo antes de dormir, tu mente consciente puede grabar tu gran *soy* en el subconsciente, que es una esquirra del subconsciente único que todo lo crea. Esta mente única no duerme nunca, porque es infinita, y por lo tanto está en todas partes y en todo, siempre creando y manifestando. A lo largo de esas horas en las que tu mente consciente reposa, tu subconsciente recibe y procesa todo lo que has descargado en su interior y se prepara para convertir sus impresiones en forma y circunstancias.

En su libro *La biología de la creencia*, mi amigo Bruce Lipton formula este fenómeno de la mente consciente y la subconsciente en el lenguaje de la tecnología moderna, y usa la siguiente metáfora: «En realidad, el subconsciente es una base de datos carente de emociones que contiene programas y cuya función consiste rigurosamente en interpretar las señales del entorno y activar los programas de conducta que lleva de fábrica, sin hacer preguntas ni emitir juicios de valor. La mente subconsciente es un “disco duro” programable en el que se descargan nuestras experiencias vitales».

Estás en la cama, a punto de ingresar en el estado de inconsciencia que es donde más cómodo se encuentra el subconsciente. Siguiendo con la analogía de Lipton, tenemos un ordenador encendido y que espera el momento de ponerse a trabajar en cuanto te quedes dormido y dejes atrás la mente consciente. Lo que, acostado, te digas como un *soy* será lo que descargues en tu ordenador. El ordenador que uso en representación del subconsciente único y universal es tan grande que carece de principio y de final, y en su interior existe todo. Si en su interior existe todo, y si es infinito, se deduce que también *tú* existes dentro de él, y que debe responder a lo que le introduzcas. No puede dormir; está demasiado ocupado en convertir impresiones conscientes en forma y circunstancias. Lo

único que tienes que hacer tú es comprender que llevas dentro este poder y ponerte en un estado de gratitud a tu yo supremo, que es Dios.

Recuerda estas dos palabras mágicas: *Eres Dios*. Existe un solo subconsciente, y el tuyo forma parte de él, de esa mente única. Esta parte invisible de ti es en realidad la mente de Dios en acción; eso siempre que no hayas expulsado a Dios y te hayas quedado a solas con el ego, que es lo que probablemente le hayan enseñado a hacer a tu mente consciente.

Si tu subconsciente recibe la convicción de que tienes dinero, lo tendrás. Si recibe la convicción de que *Soy feliz, Estoy bien de salud, Estoy satisfecho, Soy amor, Soy sabio* o cualquier otra afirmación que introduzcas en él con firmeza, lo trasladará a tu realidad física. No estoy diciendo que tengas *esperanza*, o que te digas que *tal vez*, o que uses los últimos cinco minutos de vigilia para decir «*Seré feliz*», «*Seré próspero*», «*Espero estar algún día satisfecho*». Usa el nombre que le dijo Dios a Moisés al describirse a sí mismo: *Soy el que soy*.

En este punto es donde desempeña un papel decisivo tu fe. Debes eliminar cualquier pensamiento de que sea imposible ser uno con Dios. Eso es obra del falso yo, del subconsciente personal contaminado que recibe ideas tóxicas y autolimitadoras y las convierte en realidad cumplida. Estás unido al subconsciente único y universal de Dios, que nunca duerme, y que actúa para ti mientras descansa tu conciencia. Lo deseable es que trabaje para ti utilizando lo que le introduces, incluso en lo más profundo del sueño.

MIENTRAS DUERMES, TU SUBCONSCIENTE ESTÁ ACTIVO

Escuchemos lo que tiene que decir uno de mis maestros espirituales, Omraam Mikhaël Aïvanhov (el filósofo místico búlgaro que profesó la Hermandad Blanca Universal), sobre los preparativos del sueño, y sobre lo que ocurre mientras duermes: «Las experiencias de los últimos minutos antes de dormirte superan en peso e importancia a todo lo que pueda haber pasado a lo largo del día». Aïvanhov dedica palabras elocuentes a la importancia de ingresar en el subconsciente con pureza de espíritu, porque cada noche morimos, y si no sabemos prepararnos para nuestra muerte nocturna tampoco estaremos preparados para nuestra auténtica partida al otro mundo. «Ten cuidado, por lo tanto —nos conmina—, de no irte nunca a dormir con pensamientos negativos en la mente, pues destruirían todo lo bueno que pudieras haber acumulado durante la jornada.»

El tiempo que pasas dormido, el tiempo en que estás fuera de esta casa pero sin desvincularte de ella, debe ser considerado como un viaje sagrado que se emprende a diario para enlazar con el subconsciente único y universal y vivir los increíbles prodigios que suceden en él. Escuchemos de nuevo a Aïvanhov: «Antes de irte a dormir tienes que prepararte como para una peregrinación

sagrada [...] No te acuestes nunca con un pensamiento negativo en la cabeza, porque sembraría el caos en tu subconsciente». En estas ocho horas, más o menos, que pasas en tu subconsciente, recibes instrucción. Las sensaciones que hayas aportado al sueño se expresarán mañana y en todos tus mañanas. Es un momento en el que dejas atrás las constricciones de tu mundo físico y las limitaciones de tu cuerpo físico. Dejas que el subconsciente único cree tus deseos sin la participación activa de tu yo sólido y material.

No puedo describir exactamente cómo actúa el subconsciente mientras duermes. Eso no puede explicarlo nadie. Como dice Neville, «El subconsciente solo recibe impresiones a través de lo que siente el hombre, y a esas impresiones les da forma y expresión de una manera que no conoce nadie salvo él». ⁴²

¿Quién puede describir en toda su complejidad el proceso de cuando la oruga teje su propia crisálida y reaparece como bella mariposa? Es un misterio que solo conoce la mente única, como el de la transformación de una impresión subconsciente en hecho consolidado. De lo que sí puedes tener conocimiento es de las muchas cosas misteriosas que haces al dormir, creyendo siempre que son ciertas y experimentándolas en tu cuerpo aunque estés inconsciente. Solo te pido que goces del misterio, y que sepas que posee un potencial enorme. Regodéate en él y te abrirás a posibilidades infinitas.

Al dormir sueñas, e ingresas en una dimensión completamente única que durante todo el sueño parece lo más real del mundo. Durante el tiempo en que se sueña todo corre a cargo del subconsciente, el cual nos ofrece un mundo mágico donde todo se produce sin ninguna participación activa por nuestra parte. No hace falta levantarse ni hacer nada. No hace falta moverse, ni que te ayude nadie. No hace falta dinero, suerte, herramientas ni ningún tipo de transporte; tampoco familia, iglesia, educación, libros... Nada. Todo sucede mientras tu yo físico está inconsciente en la cama, fuera de tu cuerpo pero sin desligarse de él. ¿Cómo se producen estas prodigiosas manifestaciones, *de una manera que solo conocen ellas mismas?*

Durante el sueño ocurren ciertas cosas que es posible que te den que pensar. Un tercio de tu vida discurre en una realidad que nos da pistas sobre lo que es posible cuando estamos despiertos en sueños. Si cuando estás despierto logras analizar en retrospectiva lo que ocurre durante el tercio durmiente de tu vida, podrás vislumbrar cómo actúa el subconsciente único y universal.

En estado de sueño puedes crear todo lo que deseas mediante el simple uso de tus facultades de pensamiento, que lo hacen realidad. No hace falta levantarse de la cama, vestirse, establecer un objetivo y crear una intención, ir a un concesionario para probar el coche que te fascina, extender un cheque y salir al volante de tu nueva adquisición. Basta con introducir la idea en tu imaginación dormida, sentirla en tu cuerpo (aumenta la frecuencia cardíaca, se acelera la respiración, se siente la felicidad en la sonrisa) *et voilà!* Hecho. Ya estás conduciendo tu nuevo coche. Es todo muy real, y ha

bastado con pensarlo, vivir desde el final y sentirlo. Tu subconsciente, que ahora está totalmente conectado con el subconsciente único, te ha permitido participar en el auténtico arte de la manifestación; y mientras continúes en estado de sueño y de inconsciencia, «Entonces abre él el oído de los hombres», como se revela en el libro de Job.

En el testimonio de Anita Moorjani sobre su ECM, que he citado antes, la autora habla de ausencia de tiempo y de la sensación de que todo pasaba a la vez. No había experiencia temporal, solo el presente. Lo mismo ocurre cuando estás dormido: mientras sueñas puedes tener cinco y cincuenta años a la vez. En tu sueño puedes estar con una persona simultáneamente viva y muerta.

En su estudio de la física cuántica, Albert Einstein se centró en un mensaje muy sencillo: que vivimos en un universo finito, y que el tiempo es un invento del hombre, básicamente una ilusión. El estado inconsciente de Anita durante su ECM corrobora la idea de Einstein de que el tiempo no existe. Anita dijo que en aquellos momentos no existían las vidas anteriores, sino que todo sucedía en el presente. La única manera que encontró de describirlo fue que lo que llamamos vidas anteriores se presentaban como vidas *paralelas*, y que todas las cosas eran una sola. Cuando duermes, en tu estado de inconsciencia, puedes ser cualquier cosa y estar en cualquier parte; puedes ser simultáneamente tú mismo y otra persona o cosa (incluso un animal). Parece que desaparezca la linealidad. Todo lo que seas capaz de imaginar es tuyo. No hay nada imposible. ¿Quieres volar? Pues imagínalo, siéntelo y despegas.

Al dormir y soñar no nos limita el causa-efecto. Mientras sueñas, puedes desplazarte a tu antojo. No es necesario que las cosas obedezcan las mismas reglas que parecen regir tu mundo en la vigilia. Si lo imaginas y sientes como un hecho presente, lo tendrás de inmediato. Todo lo que necesitas para el sueño lo creas tú mismo en armonía con tu subconsciente. Lo único que tienes que hacer es dejar que tus pensamientos creen lo que desean y sentirlo en tu cuerpo dormido.

Piensa en todo lo que pasa durante el tercio de tu vida en el que duermes. No hay tiempo, ni causa-efecto; todo lo que experimentas lo crea tu imaginación. Personas y hechos son todos ilusiones, simples frutos de tu imaginación. No hay principio ni final; no hay progresión lineal, y todo parece perfectamente lógico mientras permanezcas en tu estado de sueño.

Me viene a la cabeza una observación de Henry David Thoreau: «Cuando más auténtica es nuestra vida es al estar despiertos en sueños»; y se me antoja lógico que si durante un tercio de nuestra vida en el planeta Tierra somos capaces de manifestar cualquier cosa en la que hayamos puesto atención (y sin necesidad de esfuerzo físico, solo abriéndonos a trascender el tiempo y el espacio), ¿por qué va a ser distinto en los otros dos tercios de la vida? Creo que es lo que nos da a entender Thoreau al conminarnos a ser fieles a nuestro verdadero yo siendo personas que sueñan despiertas.

En retrospectiva, desde el estado «despierto», el tiempo que pasas profundamente dormido te da

pistas sobre lo que es posible cuando también te empiezas a despertar de este sueño. Durante una tercera parte de tu vida has experimentado la unidad, la atemporalidad, la producción de milagros y el cumplimiento inmediato de tus deseos. Sé uno más de los que sueñan despiertos, y empieza a aplicar la misma conciencia al conjunto de tu vida. Todo lo que he escrito en este libro puedes conseguirlo mientras estás dormido. Que sea también tu realidad personal en todas tus horas de vigilia.

Recuerda que no hay otra manera de estar seguro de que soñabas que despertarte. Si no te despertaras nunca, todo sería la realidad ilimitada del estado de sueño. Lo mismo ocurre con los otros dos tercios de tu vida: la única manera que tienes y tendrás de saber que soñabas es revivirlo mientras aún estés vivo, y contemplar tu sueño desde esta perspectiva del despertar. Recuerda que el consejo de Thoreau, hallar tu yo más verdadero soñando despierto, es muy factible.

Sobre lo que sucede cuando duermes te brinda Neville estas palabras:

El sueño es la puerta que cruza la mente consciente y en vigilia para unirse creativamente al subconsciente. El sueño oculta el acto creador, mientras que el mundo objetivo lo revela. En sueños, el hombre imprime en el subconsciente su concepto del yo.⁴³

Cada noche, al conciliar el sueño, me niego categóricamente a usar ese tiempo tan valioso para repasar nada que no quiera que se refuerce durante las horas de inmersión en el subconsciente. Opto por grabar en mi subconsciente, y por lo tanto en la mente de Dios, a la que estoy eternamente unido, mi concepto del yo como creador divino en concordancia con la mente única. Adormilado, reitero mis *soy*, que he colocado en mi imaginación, y recuerdo que mi sueño estará dominado por el último concepto del yo que haya tenido cuando estaba despierto. *Soy una persona en paz, satisfecha, soy amor, soy escribir, soy el poder rector del universo y solo atraigo a quienes están en concordancia con mis más altos ideales acerca de mí mismo.*

Es mi ritual de cada noche. Siempre evito cualquier tentación de repasar algún temor a hechos desagradables que pueda pedirme que repase mi ego. Asumo en mi cuerpo la sensación de que ya se han cumplido las afirmaciones *soy*, e ingreso en el sueño invitando la instrucción a la que da la bienvenida mi subconsciente. Sé que me estoy dejando programar mientras sueño, porque el día siguiente, al levantarme, sé que tengo libre albedrío. Comprendo que todos los actos y hechos del día están esencialmente predeterminados por las sensaciones que tuve al prepararme para el sueño y estar en aquel sitio, todo calor y confianza, en el que me hallo en brazos del subconsciente único y universal.

Mi intención es vivir despierto en mis sueños, dentro de lo humana y espiritualmente concebible. Al volver la vista hacia el momento en que dormía, me doy cuenta de que he sido capaz de crear con mi subconsciente todo lo que necesitaba para el sueño, sin esfuerzo ni necesidad de implicar en absoluto a mi cuerpo físico; y sé, por tanto, que manifestar a la persona que deseo ser mientras estoy despierto también es cuestión de perfección sin esfuerzo, y que también despierto puedo recurrir a mi imaginación (o a mis intenciones, mi atención, mis sensaciones). El tiempo que paso dormido, completamente inmerso en el subconsciente, me da pistas para poner en práctica esas actividades mentales cuando salga del sueño.

Si sigo analizando mi estado de sueño desde un observatorio de vigilia, veo que todas las cosas y personas presentes en mi sueño los he creado yo con mi imaginación, y lo tengo presente cuando miro a quién y qué he creado al soñar despierto. Desde mi perspectiva de vigilia, miro hacia atrás y me doy cuenta de que he vivido en un mundo donde el tiempo es una ilusión, donde no hay nada inalcanzable para mí, donde las causas y los efectos son ilusiones absolutas, donde todos los obstáculos se convierten en oportunidades o son puestos en evidencia como ilusiones, donde no hay principio ni final, y donde mi cuerpo experimenta sensaciones incluso si los pensamientos de los que derivan son todos ilusiones y no han sido objeto de ninguna evaluación por parte de mi yo dormido.

Y por último, miro hacia atrás y me doy cuenta de que la única manera de asegurarme de que soñaba ha sido despertar. Llegados a este punto, te recuerdo que también en tu interior existen esos poderes asombrosos de manifestación, y que los usas cada noche y durante una tercera parte de todo tu tiempo en esta encarnación. Te doy un consejo: cuando estés despierto, considera también como un sueño estos otros dos tercios de tu vida, y date cuenta de que la única manera que tendrás de saber que soñabas será despertarte: despertarte a una nueva conciencia en que las restricciones del tiempo y la distancia se pueden superar mediante un simple cambio de estado; un estado despierto que conoce el poder de los pensamientos y las sensaciones de cara a una vida de deseos cumplidos, y confía en él.

Te invito a que en todas tus horas de vigilia te mantengas en la más estrecha concordancia con la Fuente del Ser donde tienes tu origen. Practica pensar como piensa Dios (tu yo supremo). Como ya señalé en un libro anterior, ¡*Sin excusas!*!, cuando tus contemplaciones están en sintonía vibratoria con el Espíritu originador te sincronizas con la mente divina, que atrae y cumple tus deseos. Tienes el mismo poder que el Espíritu originador, siempre y cuando no sustituyas tu condición divina por los pensamientos del ego, que son esencialmente las divagaciones de tu falso yo.

Cuando estés despierto, usa la mente para recordarte varias veces tu verdadera condición de *Soy el que soy*. Recuerda que el subconsciente único y universal crea por vías que nadie conoce salvo él. Es el gran misterio. Aprende a vivir dentro de ese misterio, esforzándote al máximo en usar todas tus

capacidades mentales y sensoriales para manifestar la vida que deseas a la vez que te mantienes en un estado de amor sin concesiones. Sobre este tema, el de vivir el misterio, escribió Erich Fromm: «Acusamos a los sueños de no tener sentido para no enfrentarnos a pruebas aplastantes que demuestran las limitaciones de nuestro entendimiento».

No hace falta que temas por el desenlace; solo debes saber que siempre estás en conexión con tu Fuente del ser, y que la unidad entre Dios y tú es real. Del mismo modo que ningún científico puede explicarte cómo sabe una oruga convertirse en mariposa y migrar miles de kilómetros, todo ello sin cerebro, debes aceptar sin más el gran misterio de la vida y la muerte, y permanecer en la mayor concordancia posible con ese milagro al que llamamos Fuente de todo lo que existe. No es necesario que lo entiendas todo. Basta con que permanezcas en un estado de amor a la vez que reprogramas tu subconsciente para que se formen los hábitos de un ser realizado en Dios, no de una persona dominada por el ego.

Como aconsejó el poeta libanés Kahlil Gibran en su libro, ya clásico, *El profeta*, «Confiad en los sueños, pues en ellos se oculta la puerta de la eternidad». Yo te invito a seguir el consejo del poeta, abrir la puerta y llegar a conocer a un nuevo tú exterior, despierto en sueños, y no olvidar jamás tu divina magnificencia.

TRES PROPUESTAS

- Cuando estés en la cama, preparándote para el descanso nocturno, recuerda que el último pensamiento que albergues en tu mente puede durar hasta cuatro horas en tu subconsciente. Son cuatro horas de programación a partir de un solo momento de contemplación antes de ingresar en tu estado inconsciente. Créate un recordatorio (oración, o mantra) y ponlo al lado de la cama. Escribe estas palabras y léelas mientras te pones cómodo: *Voy a usar estos momentos para repasar lo que deseo manifestar en mi vida*. Déjalas siempre colgadas en el mismo sitio, para que te recuerden cómo debes vivir cada noche los momentos anteriores al sueño.

- Reproduce esta cita de Saint Germain en los *Discursos del YO SOY* y repítela al menos tres veces mientras te dispones a dormir, como recordatorio diurno/nocturno de que estás transmitiendo el máximo decreto posible: «“YO SOY” la Presencia Dominante, que gobierna en Perfecto Orden Divino, instaurando la Armonía, la Dicha y la Presencia de la Opulencia Divina en mi mente, en mi casa y en mi mundo».⁴⁴ Dedicar todo el esfuerzo posible a sentir en tu cuerpo el poder sustentador de estas palabras.

- Si antes de dormirte te asaltan las preocupaciones, las angustias o los miedos, no te quedes en la cama. Levántate, enciende la luz, respira hondo un par de veces, lee algún texto espiritual, medita un momento ante una vela blanca, reza... Todo vale a condición de no quedarse acostado. Arrebujado en la cama, no puedes defenderte de todas estas agresiones. Si al volver a la cama regresan las ideas angustiosas, levántate, enciende la luz y cambia de estrategia. Una vez que estés tranquilo de nuevo en la cama, repite los *soy* de las dos primeras propuestas de la página anterior y concilia el sueño dispuesto a que te *abran el oído*.

Cómo encajarlo todo

Vuélvete hacia los planos superiores, y zambúlete de nuevo en el mar cósmico [...] La gente cree que donde encontrará la luz y precisión que busca es en los detalles, pero es una ilusión: encontrarás mucha más luz en lo que es vago e indistinto. [...] El alma humana necesita inmensidad; solo en ella puede ser feliz y sentir la libertad de respirar.

OMRAAM MIKHAËL AÏVANHOV

Este último capítulo te ayudará a conseguir la inmensidad que busca tu alma. Se compone de siete preguntas en las que meditar y profundizar ahora que empieza para ti una vida de deseos cumplidos. Las preguntas se basan en los cinco pilares de los deseos cumplidos, y en los tres primeros capítulos.

Ni las preguntas ni las ideas y propuestas que las acompañan siguen un orden de importancia. Se ofrecen con la esperanza de que al acabar de leer el libro flote a tu alrededor un aura poderosa que te diga *Todo es posible*. Una vez que te decidas a basar tu vida en esta conciencia divina, se teñirá de gratitud a lo misterioso y de fe en lo milagroso. Todos tus deseos realizados en Dios se cumplirán, no lo dudes.

PREGUNTA N.º 1: ¿LO SIENTES COMO ALGO NATURAL?

Habrás momentos en que dudes de tu capacidad de atraer hacia tu vida el cumplimiento de tus deseos, incluido el de la persona ideal que te gustaría ser. Soy consciente de que estas palabras parecen contradecirse con el resto del libro, pero es que ahora abordo la cuestión desde la postura del ego excesivamente condicionado al que han formado para considerar absurdo que se pueda ser lo que se quiera solo con asumir la sensación en nuestro cuerpo del cumplimiento de nuestros deseos.

Contra esta influencia perniciosa te alerta Neville con las siguientes palabras:

El tiempo que tarda tu ascensión en convertirse en hecho, y tu deseo en cumplirse, es directamente proporcional a la naturalidad con que sientas que ya eres lo que quieres ser, que ya posees lo que deseas.

El hecho de que no te parezca *natural* ser lo que imaginas ser es *el secreto de tu fracaso*. Sea cual sea tu deseo, y por mucha fe e inteligencia que pongas en seguir la ley, si no sientes como algo *natural* lo que deseas ser, *no lo serás*.⁴⁵

Piensa en lo que planeas manifestar, y usa luego tu imaginación para observar los efectos en tu cuerpo. ¿Lo vives como algo natural? Me refiero a si la sensación es realmente la de ser el yo que has decidido ser. Si te has pasado casi toda la vida enfermo, y ahora asumes la sensación de un cuerpo sano, ¿te parece natural verte como la viva imagen de la salud? ¿Sientes que con tu imaginación y Dios todo es posible? Si padecías sobrepeso, o algún tipo de adicción, o eras pobre, o habías sido víctima de alguna discriminación, o no tenías suerte, o eras débil, o cualquier otro aspecto que se contradiga con tu bienestar perfecto, ¿eres capaz de vivir con naturalidad el hecho de asumir la sensación de tu nuevo ideal?

¿Te sientes con derecho a la prosperidad, a la salud y a la felicidad? Si no lo sientes como algo natural, debes emprender la tarea que define así Neville: «La imprescindible sensación de naturalidad se puede conseguir *llenando persistentemente tu conciencia de imaginación*: imaginando que eres lo que quieres ser, o que tienes lo que deseas». ⁴⁶

No tengo ningún reparo en admitir que hay ciertas cosas que se pueden desear, pero que nunca se percibirán como algo natural. Es un tema que salió hace poco en una entrevista que me hicieran para una cadena nacional. El entrevistador me preguntó: «¿Me está usted diciendo, doctor Dyer, que si hago todo lo que me aconseja y sigo al pie de la letra la Ley de la Asunción podré jugar en los New York Giants?». Era un hombre de un metro setenta de estatura, cuyo peso no debía de alcanzar los setenta kilos: un hombre menudo imaginándose en el lugar físico de alguien muy corpulento, dentro de un equipo profesional de fútbol americano.

Yo le pregunté: «¿Siente que jugar en los Giants sea algo natural?», y su respuesta fue inmediata: «En absoluto». De ese modo le recordé que *El tiempo que tarda en cumplirse tu asunción es proporcional a la naturalidad de ser lo que asumes*.

Considero que la asunción del entrevistador estaría condenada al fracaso, aunque he visto a jugadores profesionales de baloncesto que medían un metro setenta dentro de una profesión poblada por gigantes, y que no solo eran capaces de jugar como estrellas sino de saltar bastante para hacer un mate. En las entrevistas decían sin titubear: «A mí me parece natural, aunque a los demás no les quepa en la cabeza».

Es un punto importante, porque la verdad es que es poco frecuente que alguien desee algo que percibe como antinatural. Si ser una persona sana, próspera, feliz, con éxito, fuerte, inteligente y demás parece antinatural, se puede conquistar la naturalidad a través de un uso persistente de la imaginación y de la atención subjetiva para consolidar la sensación.

A lo largo de mi vida he sentido como algo natural ganarme un buen sustento, curar mi cuerpo, enseñar confianza a las demás personas y ser feliz. En la etapa en que era maestro de escuela, la mayoría de la gente me decía (y a día de hoy lo sigo oyendo): «Los maestros no ganan dinero; es una

profesión mal pagada». Sin embargo, a mí siempre me ha parecido natural tener una buena posición y ganar dinero.

Mientras fui maestro complementé mi jornada con clases nocturnas, trabajé todos los veranos, monté una autoescuela, cobré por dar conferencias los lunes por la noche, me hice asesor sobre becas del gobierno, monté otra empresa de clases particulares, escribí libros, acumulé créditos en la universidad para aumentar al máximo mi salario, etc. Al final, como me parecía todo tan natural, convertí la enseñanza en una profesión muy lucrativa. En otros tiempos mi actividad como maestro se limitaba al aula. Ahora sigo siendo maestro, pero es el mundo entero el que se ha convertido en mi aula.

Más allá de lo que desees manifestar, no temas ponerlo en tu imaginación ni asumir la sensación de que el deseo se ha cumplido, pero sobre todo haz que parezca natural, tan natural como una buena tarta de manzana.

Tenemos hoy, en Estados Unidos, a un hombre que elevó su vida hasta alcanzar la presidencia del país. Teniendo en cuenta sus circunstancias vitales (hijo de matrimonio mixto, criado parcialmente en un país musulmán y con un nombre como Hussein Obama), casi todos habrían dicho que las aspiraciones de este joven eran lisa y llanamente antinaturales, pero él no lo vio así. No lo veas tú tampoco así.

Traslada tus sueños más elevados a un espacio debidamente natural de tu imaginación, y sigue después el consejo de Ralph Waldo Emerson, el hombre cuyo retrato miro al escribir: «Construye, pues, tu propio mundo. En cuanto ajustes tu vida a la idea pura de tu mente, esta se desplegará en toda su magnitud».

Hace tiempo que albergo la firme convicción de que nunca recibimos el poder de soñar sin que vaya acompañado del poder equivalente de manifestar el sueño y convertirlo en una realidad física. Más palabras de Emerson que rumiar: «Todo espíritu se construye una casa; y más allá de esa casa, un mundo; y más allá de ese mundo, un cielo. Ten en cuenta, pues, que el mundo existe para ti. Para ti es el fenómeno perfecto. Solo vemos lo que somos».

PREGUNTA N.º 2: ¿ESTOY DISPUESTO A DAR ÓRDENES A MI PRESENCIA SOY?

No hay necesidad alguna de ser sutil u obsequioso con tu yo supremo. Eres Dios; no el modelo de deidad orientado hacia el ego y superior a todos y a todo, sino el Dios del que se habla en el Nuevo Testamento: «Quien no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor» (1 Juan, 4:8), y «Nosotros somos de Dios» (1 Juan, 4:6). Por lo tanto, mientras permanezcas en un estado de amor, tienes que ser Dios: «Y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios» (1 Juan, 4:7). Probablemente no

sea el concepto de Dios en el que te educaron, a pesar de que las escrituras de todas o casi todas las confesiones lo dibujen con rotunda claridad.

Plantéate tu presencia Soy como una energía invisible que reside en todo momento dentro de ti y a tu alrededor, y que puedes usar como mejor te parezca. No es ningún poder externo que resida en algún sitio donde no puedes verlo ni tocarlo, o al que debas suplicar que te haga caso, no; es tu yo supremo. Te invito a recurrir a este poder-Dios insistiendo en que esté a tu servicio en la manifestación de tus máximas aspiraciones, para ti mismo y el conjunto de la humanidad.

Así lo expone Saint Germain en los *Discursos del YO SOY*: «Así pues, cuando dices: “¡YO SOY la Presencia Conquistadora! Y ordeno que esta Presencia YO SOY gobierne con toda perfección mi mente, mi casa, mis quehaceres y mi mundo”, estás dictando el mayor decreto que podrías imponerte a ti mismo». ⁴⁷ Fíjate en la palabra *ordeno*. Todo ello contrasta fuertemente con las enseñanzas que nos aconsejan ir con pies de plomo al rezar y hablar con Dios, tratar de no insultarlo y tenerle miedo.

No estoy diciendo que debas adoptar una actitud arrogante en tu relación con la Fuente de todo lo que existe; sería contradictorio con la cita del evangelio de san Juan de que Dios es amor. De lo que trata esta segunda pregunta es de que tengas una fe absoluta en tu propia presencia Soy, y estés dispuesto a insistir en la cooperación de la fuerza Dios (a la que estás eternamente ligado, puesto que eres de Dios).

Cuando sitúes alguna intención en tu imaginación, no dejes que tu pronunciamiento quede enmarcado por signos de interrogación. En la apertura y cierre de la frase, visualiza sendas exclamaciones. Es fácil decir «¡Traigo esto a mi realidad!» si en tu imaginación ya estás viviendo a partir de esa frase, y has asumido la sensación en tu cuerpo de que ya se ha cumplido ese deseo.

Saint Germain nos da este consejo: «Deposita nuevamente todo tu poder en Dios; después, cuando des alguna orden —sea cual sea el objeto de tu deseo—, tendrás a mano de inmediato todo el poder de suscitar el cumplimiento de tu Decreto». ⁴⁸ Otra de mis observaciones favoritas de los *Discursos del YO SOY* es esta: «Dile a tu Yo Divino: “¡Dios, acércate y ocúpate de esto!”». Dios quiere que le des trabajo. Así brota una corriente de Energía Divina, Inteligencia y Sustancia que mana para cumplir la orden». ⁴⁹

He aquí un último pasaje de los *Discursos del YO SOY*, que habla de la insistencia en que tu cuerpo físico base su vida en un espacio de perfección y bienestar divinos: «Con tu cuerpo es necesario que adoptes férreamente la siguiente postura: “‘La Presencia YO SOY’ rige por completo este cuerpo físico, y le impone obediencia”. Cuanta más atención le prestes a tu cuerpo, más se convertirá en amo y señor, y más exigencias te planteará y seguirá planteando». ⁵⁰ Acto seguido, para remacharlo, Saint Germain te ofrece estas palabras de ánimo sobre tu capacidad de hacer que la presencia rectora del *soy* trabaje por que goces de perfecta salud: «Verdaderamente, si fijas tu atención en la Perfección de tu cuerpo podrás producir en él lo que desees; pero no dejes que se

demore tu atención en sus imperfecciones».51

Si lo que escribo te amedrenta un poco, pregúntate por qué deberías sentirte amenazado por ordenar a tu presencia-Dios que actúe a tu servicio. ¿Crees que Dios es realmente amor, como recogen una y otra vez todos los textos espirituales, sobre todo el Nuevo Testamento, el Corán, el Bhagavad Gita y el Tao Te Ching?

Sé tenaz en el uso de tu presencia Soy. Más aún: sé *insistente*, y encárgale a tu yo supremo que active todas las fuerzas creativas que hagan consolidarse en hechos lo que has puesto en tu imaginación como verdad cumplida. Quiero volver a subrayar que no hay nada despectivo ni arrogante en ordenarle a tu presencia Soy que manifieste el deseo de tu corazón.

Si tus orígenes no son de una humildad absoluta, habrás invertido tus esfuerzos en tu ego, lo cual, naturalmente, significa que habrás dejado a Dios al margen de todo el proceso. Insistir en que tu yo supremo te ayude en el acto de la manifestación equivale a que deposites una fe y convicción absolutas y totales en tu intención. Se parece mucho al acto cotidiano de respirar, comer, tener un corazón que lata y digerir la comida. Como es natural, sientes profunda gratitud por estos milagros cotidianos y por muchísimos más; y al mismo tiempo insistes y planteas exigencias en lo relativo a esas actividades. Te está permitido obedecer al mandato original de Dios, referido en el Génesis, de que la tierra quede bajo tu dominio. «Bajo tu dominio» significa insistir, y recordar en todo momento que puedes pedir estar bajo el dominio del *amor*, tú y el mundo entero.

Siente una profunda gratitud por todo lo que estás viviendo y lo que estás en proceso de manifestar. No pierdas la humildad cuando te vayan bien las cosas, pero al mismo tiempo insiste al máximo en que se cumplan tus deseos con la ayuda divina de tu Fuente espiritual del ser. Es necesario que *sepas*, más allá de cualquier duda, que tus deseos se están consolidando en objetos, circunstancias, hechos y acontecimientos (así como en un nuevo yo, de inspiración divina), siempre a condición de que dichos deseos sean coherentes con la tercera pregunta que está a punto de serte formulada.

PREGUNTA N.º 3: ¿ESTÁN EN CONCORDANCIA MIS DESEOS CON MI YO SUPREMO?

Este principio te invita a elegir la posibilidad con la que más te identificas, y como se ha subrayado a lo largo del libro, a vivir como si ya se hubiera producido. Si en tu imaginación introduces deseos que concuerden mal con tu yo supremo realizado en Dios, quedarás frustrado e inmovilizado. *Dios es amor*. Si en algún aspecto tus aspiraciones quedan fuera de este mantra, te encontrarás perdido y no triunfarás.

Si Dios es uno, entonces Dios es incapaz de dividirse. Si tus deseos comportan algún conflicto

contigo mismo o con cualquier otra persona, es que has traído dos presencias: la tuya y la del otro implicado a quien podría perjudicar el cumplimiento del deseo. Siendo Dios pura unidad, una unidad en la que se conecta todo lo que existe, y siendo Dios (tu yo supremo) amor, no es capaz ni tan siquiera de reconocer la dicotomía que has hecho entrar en escena. Si Dios reconociera un deseo que perjudicase a alguien, no sería Dios, ni podría serlo. ¿Cómo va a reconocer el dos (necesario para que haya un conflicto) lo que es puramente uno, y seguir siendo Dios?

Es lo que ocurre cuando tratas de manifestar desde un espacio de egoísmo o de perjuicio potencial a otras personas. Invocas al ego, que consiste siempre en ganar, dominar, ser mejor que los demás, acumular por mera sensación de superioridad, tener éxito en vistas a la adulación o al reconocimiento, subir en el escalafón social y otras cosas por el estilo. Lo repito una vez más: el ego deja a Dios al margen. Me encanta cómo habla Neville sobre este tema: «De las profundidades de tu ser no extraes jamás lo que deseas; extraes siempre lo que eres, y eres lo que sientes que eres, así como lo que sientes como cierto sobre los demás».⁵² En esta actividad de manifestación, por tanto, el secreto es sentirte como si ya fueras y tuvieras lo que deseas, y envolverlo todo en un espíritu de amor.

Por nada del mundo dejes de poner en tu imaginación la idea de una vida próspera. Ahora bien, desde una posición realizada en Dios eso no significa desear un reloj de marca, un coche de lujo, dinero en grandes cantidades, una casa palaciega o cualquier otra cosa cuya finalidad sea colocarte por encima de los demás. Esto último entrañaría de inmediato un conflicto (dualidad) entre tú y las personas a quienes pretendes impresionar siendo de algún modo superior. Estar en concordancia con la Fuente del ser significa que nadie es mejor que nadie en ningún sentido, sea cual sea el valor monetario de sus pertenencias.

Esta tercera pregunta se interesa por si amas tal como eres amado por la Fuente creadora de todo lo que existe. ¿Eres capaz de pedir por amor, vivir y sentir como si lo que deseas fuera un hecho presente y, por último, dejarlo todo en manos de la Fuente universal, sin pensar en saciar las exigencias de tu ego?

Si eres de los que exigen, que sea desde un espacio de amor puro; y que estés dispuesto a darlo todo en nombre de ese amor. No te apartes de ese espacio de pura y absoluta humildad. Si deseas purificar tu cuerpo y basar tu vida en un espacio libre de enfermedades, un lugar de salud plena, basta con que asumas la sensación de amor en todo tu cuerpo y vivas como si fuera tu realidad. No para impresionar a los demás, ni para gozar de privilegios especiales por ser más especial, y por lo tanto más merecedor de curación, sino por puro y humilde sentido de la gratitud al hallarte en una situación de bienestar.

Es bien conocida la observación de Albert Einstein de que su único deseo era aprender a pensar

tal como piensa Dios. Eso significa vivir y manifestar desde un espacio de deseo absoluto de ayudar a los demás, ser amor y no pedir nada a cambio de lo que se da; ser, por decirlo de otro modo, amor a secas. Quita a tu ego de en medio y sondea «las profundidades de tu ser», como lo formula Neville; unas «profundidades de tu ser» que son ni más ni menos que tu yo supremo, es decir, Dios, por supuesto. Deja que el Dios que eres, el Dios que constituye tu esencia, tu más profundo yo, deja, digo, que este Dios sea la energía a la que acudes para llenar tu imaginación y saber después que estás en absoluta concordancia con la Fuente única a la que se debe el conjunto de la creación.

Cuando empieces a ver aparecer en tu mundo físico tus manifestaciones concordantes con Dios, piensa como piensa Dios y comparte tu dadivosidad con los demás, sin esperar nada a cambio (ni siquiera las gracias, cuando no te las dan). En el momento en que pongas tus intenciones en tu imaginación, y asumas la sensación de que se cumplen, no pidas nada que no quede bajo el gran paraguas de amor que es Dios.

Todo lo que estoy diciendo se resume en las palabras de Jesús en el evangelio de san Lucas:

Si amáis a los que os aman, ¿qué mérito tenéis? Pues también los pecadores aman a los que los aman. Si hacéis bien a los que os lo hacen a vosotros, ¿qué mérito tenéis? ¡También los pecadores hacen otro tanto! [...] Más bien, amad a vuestros enemigos; haced el bien, y prestad sin esperar nada a cambio; y vuestra recompensa será grande, y seréis hijos del Altísimo, porque él es bueno con los ingratos y los perversos. Sed compasivos, como vuestro Padre es compasivo. (Lucas, 6:32-36)

Seis siglos antes, más o menos, Lao-Tsé nos recuerda en esta misma línea que el gran sabio es bondadoso con los bondadosos y también con los que no lo son, debido a que su condición es la bondad.

Si puedes conseguir que tus deseos armonicen con los mensajes del pasaje anterior, a la vez que practicas la humildad y mantienes tu ego a raya, llegarás a ver lo que tiene de cierta la observación de Neville de que «De las profundidades de tu ser no extraes jamás lo que deseas; extraes siempre lo que eres». La clave está en «las profundidades de tu ser»: esto es, tu yo supremo. También entenderás la importancia de la cuarta pregunta, que es la que sigue.

PREGUNTA N.º 4: ¿ESTOY EXENTO DE JUICIOS DE VALOR, CONDENAS Y CRÍTICAS?

Hace unos meses tuve la impresión de que el deseo de manifestar algo en mi vida pasaba desapercibido para la fuerza-Dios que hace que existan todas las cosas. No se debía a ninguna impaciencia por mi parte, puesto que a estas alturas comprendo en lo más hondo de mi ser que todo llega a su divino tiempo, y que no es mi ego quien decide cuándo aparecerá lo que deseo. He llegado a aceptar sin condiciones que «La paciencia infinita produce efectos inmediatos», como nos dice *Un*

curso de milagros. Los resultados inmediatos son el sentido de paz interna que experimento al confiar en lo Divino, y paciencia infinita es un mero sinónimo de *pura fe*.

Lo que quiero decir es que no experimentaba nada ni remotamente parecido a la satisfacción interna. De hecho, cuanto más me concentraba en lo que deseaba ver cumplido (y pese a practicar todo lo escrito en los ocho primeros capítulos de este libro), más nervioso, triste, preocupado, frustrado y a veces hasta irritado me sentía. La verdad es que parecía que no funcionase.

Un día, al releer por enésima vez el tercer volumen de los *Discursos del YO SOY* (el librito que me dejaron en el estudio de yoga, con su envoltorio de papel dorado, y que ha influido en la creación de este libro), me encontré con algo que me hizo comprender por qué las sensaciones de mi cuerpo eran tan discordantes en lo relativo al cumplimiento de uno de mis máximos deseos:

El discípulo debería observar constantemente el interior de su yo humano para ver si contiene hábitos o creaciones que sea necesario erradicar y eliminar, ya que la única manera de que pueda ser libre es negándose a permitir más tiempo la existencia de hábitos de juicio de valor, condena y crítica. La verdadera actividad del discípulo solo es perfeccionar su propio mundo, y eso no puede hacerlo mientras vea alguna imperfección en el mundo de otro de los hijos de Dios.⁵³

Releer este párrafo fue como recibir en plena cara un cubo de agua fría que me despertó del coma que había definido mi vida en lo tocante a la no satisfacción de mis deseos sobre aquel aspecto (que prefiero no divulgar). Yo no dejaba ni un momento de usar mi imaginación para formarme una idea clara de lo que quería; me ejercitaba en basar mi vida en aquella posición mental, asumía la sensación del deseo cumplido, usaba mi atención subjetiva para mantener viva la visión en mi mundo interior y siempre aprovechaba los últimos momentos antes de dormirme para repasar una y otra vez lo que quería manifestar, antes de ingresar en mi estado inconsciente de sueño, donde más cómodo estaba mi subconsciente.

Durante todo aquel tiempo también veía imperfecciones en otro de los hijos de Dios. Criticaba con cariño, condenaba con algo menos de cariño y mis juicios eclipsaban a menudo mis visualizaciones e intenciones espirituales. Tuve que aprender que todos, todos los hijos de Dios hacen lo que saben, y que es necesario ser capaz de quererlos a todos, como los quiere nuestra Fuente del ser: *sin juicios, condenas ni críticas*.

Para convertirme en un ser hecho de amor, que toma como punto de partida vital su yo supremo, solo puede haber amor dentro de mí, y todo lo que puedo dar tiene que ser amor. Si alguien a quien quiero opta por no ser lo que preferiría mi ego que fuese, debo mandarle los ingredientes de mi yo supremo, que es Dios, y Dios es amor, como tantas veces he reiterado en las páginas de este libro.

Mis críticas y mi repulsa de los pensamientos, las sensaciones y la conducta ajenos (más allá de lo justos y morales que mi yo humano me convenza de que son) se apartan de la realización en Dios; y lo que permite que se cumplan mis deseos es la conciencia en Dios, siempre que estén en

concordancia con mi Fuente del ser.

Podría enumerar muchas razones para ser crítico con los otros hijos de Dios, y reprobarlos; qué narices, si es que tengo razón... Pero si aspiro (como aspiro, y mucho) a perfeccionar mi propio mundo debo sustituir estos juicios por amor, o bien atenerme a las consecuencias de que no se cumplan mis deseos.

Me he pasado años estudiando las enseñanzas de Patanjali, que milenios atrás nos recordó que cuando somos firmes (es decir, no cometemos ni un solo desliz al abstenernos de cualquier pensamiento malintencionado sobre los demás) todos los seres vivos dejan de sentir enemistad en nuestra presencia. Ahora sé que todos somos humanos: tú, yo... Todos. De vez en cuando algún desliz nos hace descender de nuestro yo supremo y caer en juicios, críticas, reproches, pero eso no es un argumento para optar por practicar ese tipo de relaciones.

Solo puedo decirte una cosa: que cuando lo entendí, y no transmití otra cosa que amor al otro hijo de Dios a quien había juzgado y criticado, el resultado inmediato fue la plenitud interna, y está clarísimo, sin atisbo de duda, que se han cumplido mis deseos. Cuando sientas que alguien constituye un obstáculo para tu alegría y tu felicidad, te exhorto a transmitirle amor, no críticas, y a mantenerlo en ese espacio, el del amor. Fíjate en que si te mantienes firme, cualquier cambio en la manera de mirar las cosas hace que cambien las cosas que miras.

PREGUNTA N.º 5: ¿REZO COMO SI YA SE HUBIERAN CUMPLIDO MIS PLEGARIAS?

La forma de rezar tradicional que he conocido a lo largo de mi vida consistía en pedir algo y esperar que un Dios externo aportase la respuesta a mis deseos.

En su agudo libro *El efecto Isaías*, Gregg Braden, colega y gran amigo mío, que también estudia y admira a Neville, escribe lo siguiente:

En vez de *pedir* que se produzca el resultado de nuestra oración, reconocemos nuestro papel como parte activa de la creación, y damos gracias por lo que estamos seguros de haber creado. Tanto si vemos resultados inmediatos como si no los vemos, nuestro agradecimiento reconoce que en algún lugar de la creación ya se ha cumplido nuestra plegaria.

Podría parecer contradictorio con la manera de rezar que es más probable que te hayan enseñado, la de «Pide y se te dará». También es posible que te suene nuevo, pero es importantísimo que reconozcas tu papel divino en el cumplimiento de lo que desees para ti y los demás en concordancia espiritual.

En el momento en que inicias tu sagrada práctica del rezo, tu imaginación contiene una visión de tal intensidad que ya la sientes cumplida dentro de tu cuerpo. Para volver a citar a Neville, «En

cuanto aceptas el deseo como hecho consumado, el subconsciente encuentra medios para su realización. Por eso para rezar con eficacia debes rendirte al deseo, es decir, sentirlo cumplido». ⁵⁴

Al formar parte de Dios, y ser por ende Dios, todo tú, como parte del proceso completo de la creación, pasas a participar activamente en tus momentos privados de oración. Plantéate cerrar del todo tus sentidos, así como todas las pruebas que te ponen delante sin descanso, porque en tus oraciones tratarás de *sentir* lo que seguro que te niegan ellos (los sentidos). Tal vez te sea de ayuda una descripción de lo que hago yo.

Siempre que rezo me entrego al deseo que albergo para mí, mis seres queridos y todo el planeta y sus habitantes, en vez de tratar de forzar mi deseo o dejarlo todo en manos de Dios, para que me complazca. Veo cumplidos mentalmente mis deseos, y al vivir la sensación la saboreo en mi cuerpo. Permanezco en un estado de profunda gratitud. No solo rezo sin esfuerzo, sino que lo siento como un hecho ya verificado.

A partir de ese momento actúo como si el objetivo de mis oraciones fuera mi verdad, aunque mis sentidos, y todos los que me rodean, aporten pruebas en sentido contrario. No pido favores especiales, puesto que no creo en ninguna deidad construida por el ego que manifieste algún favoritismo o tenga la capacidad de curar a todo el mundo pero que se abstenga de dispensar esos favores porque pretende algo de mí. Yo formo parte de toda la creación. Soy conciencia divina, y eso no lo olvido nunca. Sé que poseo la capacidad de establecer un contacto consciente con mi fuente de creación. No temo insultar a ningún dios mítico.

En los *Discursos del YO SOY*, Saint Germain dice: «A los discípulos les digo con total franqueza que no existe modo alguno de alcanzar cualidades o atributos deseados sin reivindicarlos». ⁵⁵ Lo tengo en cuenta al pedir paz, salud, felicidad, alegría y prosperidad para todas las personas que conozco. Pido paz y plenitud para mí, para la humanidad y para el mundo entero. Al rezar doy gracias por el misterioso papel que desempeño en todo ello, y reprogramo mi subconsciente para sentirlo en mi cuerpo; y al final de mis sagrados momentos de oración me dedico a mis quehaceres con esa sensación dentro de mí. No me desanima lo que puedan transmitir mis sentidos. He dejado atrás cualquier idea sobre el tiempo y la oportunidad, y confío en la presencia Soy que es mi verdadera identidad.

De noche a menudo me embarco en visualizaciones mientras rezo. Visualizo caras de personas conocidas que ya han abandonado el mundo exterior, gente a quien he visto en los medios de comunicación pero con quien no he tenido ningún contacto personal, y conocidos de mi infancia. Y los rodeo de amor. Veo y siento el amor, para ellos y para mí mismo. Invoco la presencia Soy.

Como enseñan los *Discursos del YO SOY*, «Se va lo indeseable, y entra la “presencia YO SOY”; descubres entonces que has accedido de verdad a un mundo nuevo, un mundo que contiene la Felicidad y la Perfección que siempre has sabido que existían en algún lugar de tu propio corazón». ⁵⁶

Para mí, rezar es eso. Cuando salgo de estos momentos de oración es como si hubiera estado en el cine y la película acabara bien, aunque no me hayan enseñado con exactitud cómo se llegaba a ese final feliz.

No solo es el gran poder de la oración, sino el de una vida de deseos cumplidos. Nada de ego, ni de fuerza, ni de privilegios especiales; solo la conciencia del poder que reside en nosotros cuando asumimos que el objeto de nuestras oraciones es un hecho consumado, siempre en concordancia con nuestro yo supremo. Todos participamos en esta danza de la creación.

PREGUNTA N.º 6: ¿ESTÁ ABIERTA MI MENTE A POSIBILIDADES INFINITAS?

Vives en un universo infinito que incluye todo lo que existe; y dado que las dimensiones de ese campo son ilimitadas, no hay nada que pueda suceder fuera de él. Todo lo que ocurre dentro de ese campo está completamente influido por él, y por lo tanto no es posible nada accidental. Como he dicho al principio del libro, este campo de conciencia (y tu papel dentro de él) es omnisciente, todopoderoso, omnipresente y un fragmento de Dios. «Con Dios todo es posible», cosa que, si estás convencido de que significa que nada queda fuera, es una fuente inagotable de entusiasmo.

Si vives desde esta perspectiva, y tus deseos concuerdan con esta fuerza única, universal, divina, lo milagroso se convierte en norma. Parece que el universo conspire de maneras que se le escapan a un cerebro intelectualmente inquisitivo como el tuyo, que busca respuestas concretas y científicas al por qué parece ocurrir tal cosa. Tu aparato cognitivo cae en el desconcierto, y mientras tanto, misteriosamente, empiezan a acudir en tu ayuda fuerzas benévolas. Se vuelve más fácil aceptar los hechos sincronísticos e inexplicables, y aparecen cosas que te habían enseñado que eran imposibles, ajenas al ámbito de lo real.

He tenido que abordar esta cuestión de estar abierto a posibilidades infinitas durante una serie de acontecimientos de mi vida reciente que no por imprevistos han sido menos importantes. Desde que practico lo que expongo en este libro, y vivo desde esta perspectiva divina, he experimentado muchas cosas que sin esta conciencia probablemente habría rechazado; claro que lo más probable es que no habría podido dejar que estas nuevas conciencias penetrasen en mi caparazón regido por el ego.

He elegido tres ejemplos de experiencias personales que me han sucedido en los últimos tiempos, al adentrarme en esta senda como hombre, maestro y ser espiritual.

PRIMERA EXPERIENCIA PERSONAL

Como ya he contado en otro momento del libro, muchas de las fotos que me hacen contienen un número considerable de orbes sin explicación posible, sobre todo cuando me dirijo a un público y hablo sobre el tema que abarca toda la información contenida en este libro. Estos orbes también han aparecido en fotos de los mismos actos en las que me rodean otras personas, bien durante una firma de libros, bien en las conversaciones afectuosas, amigables y compasivas que se entablan durante estas reuniones. No tengo la menor idea de qué son estos orbes, ni de por qué aparecen ahora cuando por lo visto no lo hacían antes, ni de si tienen algún significado oculto.

He leído el libro de Klaus y de Gundi Heinemann *Orbs: Their Mission and Messages of Hope*, y te invito a hacer lo propio. Los autores incluyen comentarios a muchas fotos de orbes tomadas en diversos actos a lo largo y ancho del planeta. Klaus es doctor en física experimental, y ha sido profesor en la Universidad de Stanford. Su mujer goza de gran respeto como educadora en California. Se trata, huelga decirlo, de personas reflexivas e informadas, cuyas investigaciones sobre el fenómeno están hechas desde una perspectiva sólida.

Los orbes aparecieron en mi vida hace poco tiempo, en mis discursos y en los grupos subsiguientes de conversación. Tengo la sensación de que coinciden con mi decisión de ayudarme y ayudar a los demás a vivir desde un espacio más elevado de realización en Dios, explorando, viviendo y escribiendo sobre aspectos de la conciencia-Dios.

Si vieras las fotos de orbes a las que me refiero, comprobarías que sobre mi cabeza aparece uno más grande, y que en muchos casos la sala está llena de orbes más pequeños, como si fuesen la confirmación de que los mensajes de amor que impregnan el acto están siendo presenciados por esos misteriosos círculos de luz. No pretendo saber qué son, ni por qué se me han dado a conocer justo en este momento, de la manera en que están apareciendo en mi vida. Podrían ser emanaciones de seres espirituales que me rodean de energía renovada para agudizar mi conciencia y ayudarme a clarificar mis mensajes. No tengo la menor idea. De lo único que estoy seguro es de que *todo es posible*, y estoy abierto a lo que impliquen o dejen de implicar.

La primera en darme a conocer estas emanaciones de luz fotográfica, como ya he explicado antes, fue mi amiga Linda Millek, hace poco, durante un crucero de Hay House por el Caribe. Me dijo que dieciocho años antes su hijo había muerto al intentar salvar a un amigo en un accidente de coche. Ahora él se manifiesta para comunicarse con ella, y en las fotos en que Linda siente cerca a su hijo aparecen orbes circulares y de otras formas. Mientras me lo contaba, dijo sentir su presencia en el barco, atracado en Saint Maarten. Entonces me hizo una foto, y en mis dos caderas aparecieron sendos orbes en forma de megáfono idénticos a los que había visto ella en algunas fotos de su casa. Fue durante este crucero cuando apareció el primer orbe, que he comentado anteriormente.

Repito que no pretendo tener ninguna explicación inteligente de la constante aparición de estos

orbes en mi vida, pero me gusta mucho lo que les dijo san Ignacio de Loyola a sus seguidores: «Para los que creen no hacen falta palabras. Para los que no creen no puede haber palabras». Dejo que te formes tus propias conclusiones. Yo sigo abierto a aprender más cosas sobre este misterioso fenómeno.

SEGUNDA EXPERIENCIA PERSONAL

El segundo ejemplo que rehúye cualquier explicación racional está relacionado con la experiencia que viví hace poco con un hombre que reside en el pueblo brasileño de Abadiania y que se hace llamar Juan de Dios. Mi amiga Rayna Piskova, que es cirujana ocular y vive en California, ha hecho varios viajes a Brasil para verlo. Al enterarse de mi diagnóstico de leucemia, me propuso que la acompañase hasta Brasil y me dejase curar por Juan de Dios. Yo acepté ir con ella a Abadiania, pero cuando ya faltaba poco para marcharme decidí quedarme en Estados Unidos, en gran medida por lo obligado que me sentía a escribir este libro. Necesitaba tiempo sin interrupciones para el trabajo de sentarme y disciplinarme a diario durante meses a fin de completar el manuscrito del libro que ahora lees.

Rayna estuvo dos semanas en la casa donde atiende Juan de Dios. Aunque su primer motivo para ir a Abadiania había sido mi curación, también ella acabó por someterse a un proceso quirúrgico. Durante su estancia me envió un mensaje en el que me pedía que me hiciese cuatro fotos. Recibí instrucciones de ponerme ropa blanca y dejarme retratar desde ambos lados, así como en visión frontal y trasera. El viernes, Rayna se las enseñó a Juan de Dios y le preguntó si podría intervenirme con ellas, pese a la gran distancia entre Brasil y Hawái, donde escribía yo. Juan de Dios miró las fotos y dijo que no podría realizar la intervención porque yo debía tomarme unas hierbas especiales, sin las cuales sería todo inútil.

Rayna, un ángel de mujer, de médico y de amiga, que se lo merece todo, consiguió las hierbas especiales y las llevó en taxi a una sucursal de FedEx. Las recibí al cabo de tres días, con la indicación de tomarme ocho cápsulas en cuarenta y ocho horas, hacerme otra vez las fotos de blanco y mandárselas cuanto antes por correo electrónico. Mi hija Serena me hizo las cuatro fotos y se las envió a Rayna, que llamó el día siguiente, entusiasmada, para decirme que Juan de Dios había accedido a participar en la intervención. Se haría el jueves a las siete de la mañana (las dos de la noche en Brasil). Rayna me dio instrucciones muy concretas sobre los preparativos de la intervención.

Aquel jueves, a las siete de la mañana, mientras yo estaba en la cama, se realizó la actividad a distancia, con las nuevas fotos. ¡Yo no me cerraba a nada, pero tengo que reconocer que una pizca de

perplejidad y escepticismo sí sentí ante aquella transmisión tan peculiar de cirugía a distancia, para la que eran necesarias cuatro fotos vestido de blanco y tomarse unas cápsulas de hierbas llegadas de Brasil con FedEx!

Empecé a recibir mensajes de Rayna en el móvil. Tenía que acostarme de nuevo y dormir durante veinticuatro horas. No comer pimienta, cerdo ni platos especiados. Nada de ejercicio, teléfonos, escribir, sexo ni masajes durante siete días, transcurridos los cuales me quitarían las suturas. Mi reacción inicial fue decir que no podía dormir veinticuatro horas seguidas, porque me acababa de despertar de ocho bien dormidas. Rayna me dijo que si no podía dormir *fingiera* hacerlo; así los entes encargados de la curación me anestesiarían. A los cinco minutos sentí que me vencía el cansancio. Me acosté, y en veinticuatro horas solo me levanté dos veces de la cama para comer algo ligero y hacer pipí.

El día siguiente, la idea de cumplir con mi habitual rutina de dar un paseo, nadar, subir escalones y levantar pesas (como he hecho a diario en los últimos treinta y cinco años) me pareció completamente desacorde con lo que sentía. Se lo comenté a Rayna, y ella me dijo: «Te han operado. Tienes que guardar siete días de reposo obligatorio; si no, mandarías al garete todo lo que ha hecho Juan de Dios».

Vaya, que durante una semana no hice nada más que descansar, al cuidado de mi hija Serena. Mi cuerpo se estaba desintoxicando a tope. Pasé de estar la mar de bien a sacar flema al toser y presentar síntomas de gripe, dificultades respiratorias, agotamiento, ojos llorosos y muchas cosas más. Ni hablar de ningún tipo de ejercicio. Estuve toda una semana en completo reposo.

Después Rayna me dijo que el miércoles siguiente por la noche me quitarían las «suturas», y me dio instrucciones muy específicas sobre cómo debía prepararme para mis ocho horas de sueño mientras los entes quitaban las suturas en cuestión. Yo hice exactamente lo que me pedía, por supuesto, aunque eso de que unos espíritus fueran a quitarme suturas invisibles me seguía suscitando alguna que otra duda. Mi amiga me dijo que podía suceder cualquier cosa: en su caso, la primera vez había llegado a temblar toda la sala como si se hubiera producido un pequeño terremoto, así que tal vez fuera oportuno quitar los objetos de mi dormitorio de los sitios altos, por si me pasaba lo mismo.

Rayna me envió por FedEx (también esta vez desde Brasil) agua bendecida por Juan de Dios, para que la pusiera al lado de mi cama. Tenía que acostarme vestido de blanco, rezar y ser puro amor. Al quedarme dormido, tenía en la cabeza imágenes de todas las personas que pudieran acudir a mi imaginación. Las bañé en una cascada de amor puro.

A la mañana siguiente miré mi reloj de pulsera, cuya fuente de alimentación dura diez días, y que no se ha retrasado nunca ni un segundo. Eran las siete y cinco de la mañana. En ese momento sonó el teléfono al lado de mi cama, y mi querida amiga Kerry me preguntó cómo había ido la noche. Le dije que acababa de despertarme.

—¡Pero si son las ocho y veinticinco! ¡Estoy en el aeropuerto!

Le aseguré que estaba equivocada. Ella juró y perjuró que eran las ocho y veinticinco. ¡Resulta que mi reloj de pulsera, de precisión garantizada, se había detenido ochenta minutos durante la noche! Al ir a la cocina, mis hijas me preguntaron en broma si me había drogado: tenía las pupilas muy pequeñas, el ojo izquierdo como con arañazos y ambos ojos llorosos. Tuvieron la impresión de que me había pasado algo muy raro. *Yo me sentía como si fuera puro amor.* Lo veía todo con nuevos ojos: el árbol era amor, mis plantas eran amor, el mar era amor... y durante el día solo tuve un deseo: decirles a todas las personas que se cruzaban en mi camino cuánto las quería. Era un ser de amor ambulante, y así sigue siendo a día de hoy.

Dos días más tarde, inexplicablemente, el mismo reloj de precisión volvió a retrasarse ochenta minutos, ni uno más ni uno menos. El día siguiente, por teléfono, Rayna me dijo que el reloj de su coche retrasaba ochenta minutos. Me mandó una foto para corroborarlo. No tengo ni idea de lo que ocurrió durante esos ochenta minutos. La hipótesis de Rayna fue que el campo electromagnético de las energías curativas de los entes que se ocuparon de la intervención quirúrgica a través de Juan de Dios superaba hasta tal punto la fuerza del reloj que llevaba yo puesto mientras me curaban y quitaban las suturas que el reloj se paró. Me reconozco incapaz de dar una respuesta inteligente, más allá de que me estaban presentando una prueba irrefutable, física, de que lo sucedido no solo era real sino que yo podría comentarles el fenómeno a los demás por lo visible que es mi vida. En todo caso, mi cuerpo ha seguido desintoxicándose. Siento tanto amor por todos... Hasta por alguien que me puso un pleito para intentar obtener un beneficio económico; antes me ponía furioso, pero ahora lo único que puedo hacer es empapararlo también a él de amor. (Ah, y el pleito se resolvió poco después.)

Llegados a este momento, me gustaría volver a mi análisis del fenómeno de los orbes que se ha infiltrado hace poco en mi vida. El libro de los Heinemann contiene sesenta y cinco fotos en color hechas en todo el mundo, durante varios actos, en las que aparecen orbes. Después de mi experiencia con Juan de Dios, me enteré de que algunas de las fotos con manifestación de orbes que habían recibido los autores estaban hechas en Abadiania.

Hay un orbe especialmente grande que aparece encima de Juan de Dios (João de Deus) mientras realiza una intervención curativa visible. En otra foto, los orbes nublan la imagen de todo el encuentro curativo. La presencia de estos orbes junto a Juan de Dios, y la de los que aparecen en mis conferencias, es una sincronicidad que supera mis facultades de razonamiento, pero ahí está, y estoy abierto a aprender lo que significa o a vivir satisfecho en el misterio. Lo que puedo referir con certeza es que mi cuerpo ha experimentado cambios profundos, tanto en el sentido físico como en el de las sensaciones; sobre todo en el segundo.

Tras ser diagnosticado de leucemia, varios médicos me dijeron que no podría seguir practicando

el yoga Bikram cuatro veces por semana. Fui informado de que el calor sería demasiado riguroso, y de que era poco aconsejable seguir con aquella actividad. Es verdad que empecé a sentirme tan débil en las clases de yoga que al final lo dejé.

Sin embargo, una mañana, mientras meditaba, habiendo pasado solo veinte días desde la retirada de las suturas, oí una voz interior que me decía: *Hoy no salgas a dar un paseo. Ahora puedes hacer yoga.* Le hice caso y asistí a mi primera clase de yoga Bikram en once meses. Pese a estar oxidado, resistí hasta el final, con gran alegría por mi parte. Siempre me había encantado el yoga, y lo echaba enormemente de menos. Ahora vuelvo a hacer clase a primera hora del día cuatro veces por semana, y mi capacidad de mantener las posturas con la ola de calor ha superado la de antes de que me diagnosticasen leucemia. Me encuentro más fuerte, y han desaparecido por completo los achaques y dolores que habían regresado al interrumpir la práctica del yoga.

Pocos días después celebré de una manera completamente anómala mi cumpleaños número setenta y uno. El sentimiento de amor que me invadía desde mi experiencia con los entes curativos dominaba todos mis momentos de vigilia. Aquel día salí a la calle, en San Francisco, y hablé con varios indigentes. Me sentía impulsado a una sola cosa: amar y dar. Con ese fin llevaba encima un fajo de billetes de cincuenta, que repartí entre al menos treinta almas en pena. Al volver al hotel me senté en la cama e hice una sola cosa: llorar de gratitud. Nunca he celebrado un cumpleaños tan memorable, un día en el que me sentí empujado a dar amor a los demás sin esperar nada a cambio.

Ahora me siento totalmente impregnado de amor; y mientras parece que mi cuerpo se desintoxica, he cambiado de hábitos alimenticios y lo siento más limpio y saludable. No he vuelto a someterme a análisis de sangre ni a pruebas médicas, porque confío hasta tal punto en lo que he vivido que no necesito ninguna confirmación exterior de todos esos hechos misteriosos y místicos. La cirugía la viví en persona. La retirada de suturas también. No hace falta que diga nada más.

Yo creo en los milagros. También sé que no soy este cuerpo exterior. No me da miedo morir, puesto que en mí no hay nacimiento, muerte ni cambio. Es mi presencia Soy de ser uno solo con Dios. Aparte de esta sensación, desde mi experiencia con Juan de Dios, tengo claro que estoy cada vez más en contacto con lo que solo puedo llamar *orientación angélica*.

Durante mis meditaciones matutinas me parece recibir indicaciones sobre cómo enfocar el día; y siempre que las sigo, sin excepción, descubro oportunidades increíbles de relacionarme y de ayudar a los demás. Mi voz interna dice: *Empéñate a fondo y sé útil.* Contaré lo que pasó recientemente, una mañana, como ejemplo de lo que es mi vida cotidiana.

A las seis y media conversé con un hombre que pasaba por un bache en su vida conyugal. Le aconsejé que se centrara veinticuatro horas en el amor incondicional. Fue un encuentro inesperado y

sin planificar. Le regalé dos libros y una copia de mi película *El cambio*. Quedó entusiasmado. Dijo tener la sensación de haberse quitado un peso enorme de encima gracias a nuestra conversación.

Durante el camino de vuelta me encontré con un joven indigente que dormía en la playa. Le regalé cien dólares y le hablé con pasión sobre la posibilidad de recibir ayuda para su adicción a las drogas. Él sonrió de oreja a oreja y me dijo que en Maui nunca había conocido a nadie que no lo juzgase, excepto yo.

Al llegar descubrí que me había equivocado de llave y que no podía entrar en mi apartamento. Al bajar a la recepción para coger la llave correcta me encontré con una mujer que unos dos años antes había perdido a un hijo en un accidente de coche. Hablamos. Me dijo que justo el día antes había visto por primera vez un vídeo de su graduación, enviado por un amigo del difunto. Se le empañaron los ojos al explicarme que había tenido que testificar un par de días en el juicio contra el conductor ebrio causante de la muerte de su hijo. Fuimos juntos a buscar la nueva llave y yo la invité a mi casa. Después le di un ejemplar de la descripción de Anita Moorjani de su experiencia cercana a la muerte, donde define esta última como la conciencia de salir a la luz del amor puro. Le dije que quizá se quedara un poco menos angustiada después de leer el testimonio de Anita.

Tengo la impresión de que estas tres experiencias de sincronicidad fueron fruto de haber escuchado y respondido a la orientación angélica que, en los momentos de meditación, me había indicado que en un momento dado caminase en una dirección determinada. Incidí en la vida de tres personas no solo porque se me dijera adónde y cuándo caminar, sino porque me sentí impulsado por fuerzas persuasivas a ofrecerles y a darles mi ayuda. Estos tipos de sincronicidad a consecuencia de llamadas interiores ocurren cada día desde mi experiencia curativa con los entes que actuaban a través de Juan de Dios. Observo, escucho, actúo, y mi sensación está más cerca de ser un *ser de amor* que un mero *ser que ama*.

Lo que he observado es que me siento como si hubiera aprendido la lección de asumir la sensación del deseo cumplido. No soy una simple persona que ama. *Soy amor*. Los encuentros con Juan de Dios me han transformado, y disfruto dando amor a todos y a todo lo que encuentro.

Es absolutamente decisivo que asimiles esta palabra, *sensación*. Los *Discursos del YO SOY* lo explican con mucha fuerza: «A vosotros os digo, mis queridos Hombres del Minuto y amigos de América, que una vez comprendáis que en todo el universo nada existe que os pueda afectar, limitar o perjudicar salvo lo que actúa a través de vuestro propio *mundo sintiente*, llegaréis a la plenitud de la vida. Sin comprenderlo, en cambio, no podréis». ⁵⁷ Creo que fueron mis experiencias curativas con Juan de Dios las que me ayudaron a entenderlo.

Mi tercera vivencia está relacionada con el enigmático tema de las vidas anteriores (o paralelas, puesto que en un universo infinito el tiempo en el fondo no existe). A esta cuestión ha dedicado muchos libros, investigaciones y conferencias mi buen amigo y colega Brian Weiss, con quien he tenido el placer de compartir escenarios en el mundo entero. Fue al leer su novedoso libro *Muchas vidas, muchos maestros* cuando me introduje de verdad en la regresión a otras vidas, y si bien no es un ámbito en el que tenga demasiadas experiencias de primera mano, la reencarnación y las vidas anteriores siempre me han parecido un objeto de estudio fascinante.

Hace meses recibí una invitación para participar en una regresión hipnótica a vidas anteriores. Me la enviaba una mujer que había trabajado con el doctor Weiss. En la carta decía que había tenido la intuición de que me iría bien asistir a una de sus sesiones, y que estaba dispuesta a viajar hasta Maui y someterme a una regresión hipnótica. Esta mujer se llama Dobromira Kelley, y al igual que Rayna y mi maestro iniciático Omraam Mikhaël Aïvanhov, al que me he referido muchas veces en el libro, nació en Bulgaria. Se hace llamar Mira y ejerce la abogacía en Nueva York. Era una carta tan detallada y bien escrita, tan franca y compasiva, que opté por ponerme en contacto con Mira y averiguar algo más sobre lo que me ofrecía.

Me explicó que lo sentía como una obligación. Me había visto hablar en Nueva York, había leído varios de mis libros y estaba al corriente de mi diagnóstico de leucemia linfocítica crónica. Personalmente no quería nada aparte de brindarme aquella oportunidad. Le había salido del corazón, por lo que no podía desatender aquella llamada.

Unas semanas después recibí por correo un paquete con el texto en el que Anita Moorjani describe su ECM. La decisión de Mira de mandarme la entrevista con Anita tenía mucho de sincrónico, y me afectó hasta el punto de que fotocopié el texto y se lo di a varias personas, entre ellas a mi madre, de noventa y cinco años. A mi madre, que vive en una residencia asistida, le encantaron las explicaciones de Anita sobre su experiencia del coma y del «otro lado», y sobre su curación milagrosa de un diagnóstico de muerte segura en un margen de treinta y seis horas. Se trata de la misma descripción que di a la madre del niño muerto a los ocho años por culpa de un conductor ebrio.

Desde entonces he conocido personalmente a Anita, que ya no tiene cáncer, y cuyo testimonio, *Morir para ser yo*, se ha publicado en Hay House. La he invitado a mi programa de radio y a mi último especial televisivo, donde cuenta su historia a todo el mundo; y, como ya he señalado, tengo el privilegio de haber escrito el prólogo del libro.

Anita me explicó que tiene la impresión de que el motivo por el que estuvo al borde de la muerte, regresó y se curó de forma milagrosa fue contarle a todo el mundo lo que había aprendido mientras vivía esa conciencia realizada en Dios. Ambos somos del parecer de que nuestro encuentro, y el

haber organizado que se publicase su relato y apareciéramos juntos por televisión, forma parte del plan que nos reserva Dios. La decisión de Mira Kelley de mandarme el informe de Anita fue un eslabón determinante en esta magnífica cadena de acontecimientos.

Le dije a Mira por teléfono que el mes siguiente estaría varias semanas consecutivas aquí, en Maui, pero que no podía quedar con ella en firme. Ella no puso ningún reparo. Tampoco yo le di más vueltas, hasta que un día Mira me llamó para decirme que estaba en Maui, disponible para cualquier momento de la semana siguiente. Nos citamos el jueves a las diez de la mañana, exactamente una semana antes de mi operación por Juan de Dios, que aún no estaba ni siquiera programada. En esos momentos Rayna estaba en Brasil, y Juan de Dios aún no se había comprometido con ella a realizar la operación a distancia.

El jueves a las diez en punto Mira llamó a mi puerta, y al cabo de una hora empezaron para mí tres horas de viaje hipnótico en el tiempo de una fascinación casi inimaginable. Mira grabó toda la sesión, además de transcribirla palabra por palabra en formato de guión. Reproduzco una parte de la experiencia, para que la leas y abras la mente a unas posibilidades infinitas:

WAYNE: Desierto. Veo montañas de arena... Gente vestida para ir por el desierto, con algún tipo de ropa árabe.

MIRA: Muy bien. ¿Tú estás fuera o lo ves desde dentro?

WAYNE: Fuera. Hay mucha gente que camina. Mucha ropa pesada.

MIRA: ¿Estás en algún sitio de un pueblo donde viva gente?

WAYNE: No. Es... yo creo que es una especie de aldea, un grupito de tiendas. Con gente que circula. Hombres con barba y mujeres con la cara tapada.

MIRA: Vale. Mírate los pies y dime qué llevas, si es que llevas algo.

WAYNE: Voy descalzo.

MIRA: Descalzo... ¿Y las piernas? ¿Llevas ropa en las piernas?

WAYNE: Lo único que llevo es una especie de camiseta. La verdad es que no voy muy vestido.

MIRA: ¿Qué tacto tiene? ¿Es tela refinada o se palpa más basta?

WAYNE: Si quieres que te diga la verdad, no estoy seguro de ir vestido.

MIRA: ¿Cómo sientes tu energía?

WAYNE: Como un pañal. Pero no soy un bebé.

MIRA: ¿Tu energía da la sensación de ser masculina?

WAYNE: Sí.

MIRA: ¿Te sientes joven o viejo?

WAYNE: Me siento de once o doce años.

MIRA: Estira los brazos y mira si llevas joyas o alguna otra cosa en las manos.

WAYNE: No... Veo un rubí verde. Supongo que sí, que llevo algo. Es un rubí verde... Mmm. Qué raro.
Es verde.

MIRA: ¿Tienes algo en el cuello? Me refiero a algún adorno.

WAYNE: No.

MIRA: Vale. ¿Y la cara y la cabeza? ¿Cómo te las notas?

WAYNE: Pues no sé... Jóvenes... Como una cara de niño pequeño. Rubio.

MIRA: ¿Llevas algo sobre la cabeza?

WAYNE: Solo una especie de trapo, o algo así. Algún tipo de tela. Solo es... mmm...

MIRA: Date una vuelta por las tiendas para ver qué pasa a tu alrededor.

WAYNE: Solo veo a mucha gente que camina. Parece Afganistán o un sitio así. Algún tipo de población tribal, con barba, aunque yo soy pequeño. Y no me gusta lo que hacen.

MIRA: ¿Los ves diferentes a ti?

WAYNE: Parecen viejos, con barba. Las mujeres llevan la cara tapada.

MIRA: Vamos a tu tienda para ver dónde duermes.

WAYNE: No... no creo que sea de aquí. Me parece que solo estoy de paso. No tengo la sensación de que aquí esté mi casa. Aunque me parece que ni siquiera se fijan en mí. Es como si fuera invisible.

MIRA: Vamos a retroceder un poco en el tiempo, antes de esta escena, para ver de dónde venías y cómo has llegado.

WAYNE: Me parece que he llegado caminando sin rumbo. Me parece que iba caminando, y que vivía en el bosque o algo así. No parece que se fije nadie en mí.

MIRA: Pues vamos a avanzar un poco y a ver qué pasa luego.

WAYNE: Busco comida. Estoy muy flaco. Y tengo... Se me ven las costillas.

MIRA: ¿Cómo sueles encontrar comida?

WAYNE: Solo como manzanas, fruta y cosas así... Lo que crezca en el bosque.

MIRA: ¿Tienes familia o estás solo?

WAYNE: Estoy solo. Como si a mi familia le hubieran tendido una trampa, o algo por el estilo.

MIRA: Lo puedes ver. Retrocede y que aparezca lo que sabes.

WAYNE: Creo... Creo que llevo mucho tiempo sin tener familia. Creo que a mi familia la mataron algún tipo de invasores. Yo me escapé corriendo.

MIRA: Avancemos un poco hasta otro momento de tu vida, a ver qué pasa.

WAYNE: Voy... No consigo que se fije nadie en mí. Busco ropa, algo para entrar en calor. La robo y nadie se da cuenta.

MIRA: ¿Todavía llevas el rubí en el dedo?

WAYNE: Es verde.

MIRA: ¿De dónde lo has sacado?

WAYNE: Me lo encontré.

MIRA: ¿Ah, sí? Pues buen tesoro te encontraste... ¿Para qué lo usas?

WAYNE: No tiene sentido. No me dice nada. Me siento perdido, y no consigo que nadie se dé cuenta de lo que pasó. He estado huyendo mucho tiempo. Tengo heridas y cortes.

MIRA: Cuéntame algo más de las heridas y los cortes. ¿Cómo te los hiciste?

WAYNE: Creo que con los árboles, las zarzas, los arbustos... Cruzando algún tipo de maleza. Llevo bastante tiempo sin comer.

MIRA: Después ¿qué haces?

WAYNE: Acercarme a la gente y preguntar. Para ellos soy invisible. No saben que me tienen delante. Podría coger lo que quisiera. Soy como un fantasma. Pálido. Lo único que llevo es un taparrabos. No tengo miedo, en absoluto. Lo que pasa es que no entiendo por qué nadie me hace caso.

MIRA: Vamos a avanzar un poco, a ver qué pasa luego.

WAYNE: Cojo fruta, higos, frutos secos, naranjas, albaricoques... Como no tengo bolsillos para guardarlo, cojo la bandeja de tesoros y vuelvo. No tiene sentido. Lo único que hago es volver a la maleza.

MIRA: ¿Es donde te lo comes?

WAYNE: Sí, pero estoy... Creo que tenía una hermana, y que aún está viva. Se lo quiero llevar a ella y encontrarla.

MIRA: ¿Al volver la encuentras? ¿O la estás buscando?

WAYNE: Sí, deambulo. Ahora me acuerdo... Hay cuerpos por el suelo. Gente muerta. Han matado a

mi padre. Es viejo. Hay mujeres que lloran.

MIRA: ¿A tu madre también la han matado?

WAYNE: No tengo madre.

MIRA: ¿Y otros parientes? ¿Y tu hermana?

WAYNE: Está escondida en casa de una mujer mayor. Supongo que es su abuela. Creo que su madre ya no está. Se la han llevado. Es pequeña, más que yo. Tiene el pelo rubio.

MIRA: ¿Qué sientes al ver todo esto?

WAYNE: Asco. Rabia. Tristeza. Le llevo comida: los albaricoques, el albaricoque seco, naranjas... Solo tiene tres o cuatro años.

MIRA: ¿Cómo la llamas?

WAYNE: Samantha. Sam. Sammy.

MIRA: Y ella, cuando te quiere decir algo, ¿cómo te llama?

WAYNE: Solo sonrío. No habla.

MIRA: Vamos a avanzar un poco más para ver qué os pasa.

WAYNE: Tiene demasiado miedo para moverse. Yo pienso que deberíamos marcharnos. Intento convencerla de que nos vayamos, pero no quiere. A los viejos aún no les han hecho nada. Están desolados. Veo cadáveres a mi alrededor en este enclave.

MIRA: ¿Han matado a alguien más que a tu padre?

WAYNE: Aquel de allá es mi padre. Está en el suelo, desvalido. Muerto. Le sale sangre por la boca. No hace nada de ruido. Es rarísimo... Su abuela va vestida de mujer árabe. Mi padre llevaba unos pantalones marrones y un cinturón. Iba descalzo. Los pantalones solo le llegan hasta las pantorrillas. No lleva camisa. Le han tendido una emboscada. La abuela va vestida toda de negro.

MIRA: ¿Qué se dicen los viejos? ¿A ellos qué les parece que ha pasado?

WAYNE: Las mujeres lo único que hacen es llorar. Obviamente los han atacado. Yo estoy perplejo, sin saber qué haré para solucionar este desastre.

MIRA: ¿Qué es lo siguiente que haces?

WAYNE: Buscar algo para enterrar a mi padre, porque ahora revolotean moscas alrededor de su cadáver.

MIRA: ¿Y encuentras algo?

WAYNE: No, nada, solo trozos de madera. Intento buscar algún sitio donde pueda meterlo.

MIRA: ¿Te ayuda alguien?

WAYNE: No, no hay nadie que pueda ayudarme. Estoy solo, con mi hermana, que lleva coletas.

MIRA: Bueno, ahora vamos a avanzar en el tiempo hasta otro día importante, para ver qué pasa en esa vida.

WAYNE: La verdad es que me limito a irme.

MIRA: ¿Y dejas a tu hermana?

WAYNE: Sí, creo que sí. Me parece increíble, pero el caso es que la dejo.

MIRA: ¿Y adónde vas?

WAYNE: Me voy al mar. Voy a un sitio donde hay muchos barcos. Es antes de los barcos modernos. Barcos altos, con mástiles.

MIRA: ¿Y qué haces?

WAYNE: Ya soy mayor. Consigo pasaje a algún sitio, no sé adónde. Y acepto trabajar. No sé adónde voy. No sé adónde va el barco. No conozco a nadie. No hablo el mismo idioma.

MIRA: ¿Qué clase de trabajo haces en el barco?

WAYNE: Trabajo en la cocina. Creo que va a Grecia.

MIRA: Mira cómo llega el barco, y cómo bajas, y mira dónde estás.

WAYNE: Soy mucho mayor. Tengo veintidós años. Fuerte. Sin camisa. Una especie de mochila con todas mis pertenencias, que no son prácticamente nada, y unas botas... El mismo tipo de pantalones que llevaba mi padre.

MIRA: Luego ¿adónde vas? ¿Qué haces después?

WAYNE: Nada, buscar alojamiento. Y me hago amigo de unos que viven en una cabaña. Griegos.

MIRA: ¿Cómo es la cabaña?

WAYNE: Parece un iglú sin hielo, como redondo. Estoy intentando saber en qué época es.

MIRA: ¿Quién vive en la cabaña?

WAYNE: Un matrimonio y... ya está, un matrimonio. De gente mayor. Me quieren mucho. Trabajan en el campo. Agricultura. Aceitunas. Olivos. Vid. Muy pobres. Mucho polvo. Es donde me alojo. A mí no me gusta trabajar la tierra. Voy al pueblo y no quiero trabajar la tierra. Eso no quiero hacerlo.

Conozco a una mujer que trabaja de... sirviendo vino, vino creo que es. Yo no lo bebo. Barriles, recipientes de líquido... Lo sirve en los vasos. Me atrae. Se parece a... Sí, está claro que es ella. Y nos enamoramos. Una griega menuda... con el cabello largo y negro, y una cara muy estrecha. Y la boca pequeña. Y los ojos grandes. Es joven: dieciséis, diecisiete o dieciocho. Lo único que hace es tontear. Quiere saber por qué me visto así, por qué tengo este aspecto y soy tan diferente de ella. Es que soy rubio y ella no. Me coge la mano. Y me enamoro de ella. Casi al instante. Nos casamos. Encuentro trabajo en un barco y me voy.

El barco va al Nuevo Mundo. Son exploradores. Hablan de islas, y de gente que vive en esas islas al otro lado del mar. A mí me entusiasma. Me voy, dejándola a ella sola. Está embarazada, pero aun así me voy. Suena tan tentador encontrar algo que nunca ha visto nadie... Es como una gran aventura. Estoy fuera mucho tiempo, años. Vamos a... Descubrimos nativos, y cosas nuevas, gente nueva. Se mueren muchos en el mar. Tiran cadáveres al agua. Mucho escorbuto,

enfermedades, muchos vómitos y gente que se muere. Encontramos un sitio. ¿Española? No sé qué significa. Gente morena.

MIRA: ¿Lo encontráis en medio del mar?

WAYNE: Sí, después de meses navegando; seis, o siete, u ocho. Comiendo solo alguna que otra baya, y restos. Al final tocamos tierra. Llevo barba. Pero soy fuerte. Se mueren muchos, pero yo no. Sigo sobreviviendo.

MIRA: ¿Qué aspecto tiene el sitio?

WAYNE: Parece una isla. Nativos. Muchos árboles, cocoteros. Muy exuberante. Mucha fruta fresca. Los nativos son amigables, pero nosotros no. El capitán, y los que lo dirigen todo, los tratan fatal, con crueldad. No entiendo que puedan hacer lo que hacen. Intento convencerlos de que no lo hagan. Matan a la gente con machetes, y cuchillos, y no sé qué más. Son crueles con los nativos, sin ninguna razón. Solo por ser diferentes. Yo no lo entiendo. Cargan el barco, pero yo no participo en la matanza ni en nada violento. Es gente de aspecto africano, es decir, que son nativos. No entiendo por qué somos tan crueles con ellos.

MIRA: Después ¿qué haces? ¿Sigues explorando o vuelves?

WAYNE: No. Cargamos. Alguien anota dónde está la isla. Yo no lo comprendo, porque no sé nada de esas cosas. No comprendo cómo encuentran un sitio en medio del mar. Mucha pesca con caña. Después volvemos. El viaje de vuelta dura entre seis y siete meses. Quiero ver a mi mujer, pero al volver ya no la encuentro.

MIRA: ¿Qué le ha pasado?

WAYNE: Se ha muerto.

MIRA: ¿De qué se ha muerto?

WAYNE: No sé, de alguna enfermedad del pecho. No podía respirar.

MIRA: ¿Se murió antes de tener a su hijo?

WAYNE: Supuestamente hay un niño pequeño, pero nadie sabe qué le ha pasado; un niño de dos años, pero nadie sabe nada. Todos me dicen que ella me esperaba, y me esperaba, y me esperaba, pero estuve tanto tiempo fuera... Ahora soy mucho mayor. Me han salido canas. He estado mucho tiempo fuera. Diez años.

MIRA: ¿Cómo te sientes al saber que no la puedes encontrar y que se ha muerto?

WAYNE: Muy triste. Muy culpable.

MIRA: Vamos a avanzar, a ver qué pasa.

WAYNE: Me quedo muy triste, muy abatido. No me explico que a mi alrededor haya tanta violencia, tanta gente que se mata... ¿Tan difícil sería...? Es un misterio que todos quieran hacer daño a los demás. Creo que escribo algo sobre el tema. Tengo que contarlo. Me parece tan inútil... Todo el mundo es muy violento. Todos se odian entre sí. Prácticamente no hay amor en ningún sitio. Todos están concentrados en sobrevivir e intentar cogerles algo a los demás. Intento hablar con la gente sobre... cuidarse mutuamente. Y tengo ganas de escribir sobre eso.

MIRA: ¿Cómo lo haces? ¿Cómo hablas con la gente? ¿Uno por uno o te subes a algún sitio?

WAYNE: No, solo pongo por escrito lo que me parece lógico, y pienso que algún día llegará mi mensaje a los demás. Es como si cada vez que alguien se asienta en algún sitio y se busca la vida llegan otros y empiezan a matar y a hacer rodar cabezas. Es algo que siempre me deja perplejo. No entiendo por qué... ¿Qué sentido tiene tratarse unos a otros así? Me desconcierta la crueldad que manifiestan las personas entre sí. Nunca deja de desconcertarme. Hasta en las familias y en los pueblos se pelean.

»Es como si yo estuviera al margen de todo eso. No me peleo con nadie. No tengo reproches contra nadie. Solo quiero que me dejen en paz, que dejen en paz a los demás y que pueda vivir cada cual como le apetezca, sin que le impongan nada. Es como si nadie lo entendiera, como si les pareciese una idea muy rara. La verdad es que se me considera un viejo loco, porque hablo de...

»Estoy escribiendo. Hay una luz muy fuerte, muy blanca... Parece que esté en una cueva, el único sitio donde encuentro algo de paz. Entra luz por el techo de la cueva. Estoy sentado y... ¿sobre qué escribo? Sobre algún tipo de tablas. Parecen de piedra. Por el techo entran verdades que se vierten en la luz, y que a mí me parecen evidentes. No entiendo por qué llegan hasta mí. Es como si tuviera un conducto especial con la luz, que no sé qué es. Es una luz muy fuerte. Ahora mismo brilla

muchísimo. Me siento como si fuera Sócrates. No parece un buen momento. Soy un viejo sabio, con una barba blanca que me llega hasta aquí. Llevo una especie de túnica, toda blanca. Parece como si se la pudiera poner el Papa. Lo que viene es tan...

MIRA: ¿Cómo es la sensación de recibirlo? ¿Son como ideas?

WAYNE: No, llegan en forma de imágenes. La cuestión es el amor, solo el amor. Y la palabra *amor*, y la sensación del amor. Y lo hipócrita que es todo, también. Nadie, como si fuera yo el único en saberlo. No lo sabe nadie más.

MIRA: ¿Cómo se lo explicas a la gente? ¿Viajas?

WAYNE: No, me quedo sentado en la cueva y llega información que me aligera. Es como un saber. Sé que moriré dentro de poco, y me siento obligado a dejar la información de alguna manera, pero ¿cómo? Estoy desconcertado. No sé cómo hacer que estas verdades sigan entrando en esta cueva.

»Estoy en una cueva, ya te digo. Arriba hay un techo, pero no impide que entre la luz. Dentro está oscuro, pero hay una luz que es como un foco. Empieza siendo fina, y luego se ensancha, y se ensancha, y se ensancha... De esta luz es de donde salen las verdades. Todas son sobre el amor. Es la única palabra que veo: A-M-O-R. Que salga el mensaje. Que salga el mensaje. Solo hace falta que os queráis. Si lo entendierais, todo este dolor, y los asesinatos, la violencia, el odio... Es tan sencillo... A mí me parece tan sencillo... Es despertarse y... ¡Uau!

»Solo tengo que convencer a los demás, pero entonces miro en mi interior y sé que nadie se lo creerá. A todos les parecerán chorradas. Nadie lo aceptará. Pero es que es una verdad tan profunda... Solo tenemos que querernos. Quereos y recuperaréis a vuestra esposa, y recuperaréis a vuestra hermana.

»Ahora ha vuelto. Ha vuelto. Veo desplegarse ante mí toda su vida. Y ha vuelto mi mujer. La veo sonreír, y veo cuánto me quería. Ella habría preferido que no me marchase. Mi hermana también habría preferido que no me fuera. Mi padre... Estoy destrozado, porque sé que nadie lo comprenderá. No lo entiende nadie.

»Y a los demás no puedo convencerlos. Están tan empeñados en sobrevivir y tienen tanto miedo de que venga alguien y les quite lo suyo, porque es lo que hacen todos... Crean ejércitos, y acumulan rencor por todo eso... por unos trocitos de fruta de nada, naderías, lo poco que tienen, lo poco que cultivan... Es que no lo entiendo. ¿Por qué no lo compartís, en vez de acumularlo? Así lo multiplicaréis. Es una de las verdades que vienen con la luz. Si compartes...

MIRA: ¿Si compartes habrá más?

WAYNE: Nadie lo entiende. Lo que compartes lo multiplicas. Lo que acumulas lo pierdes. Parece tan sencillo... Pero nada, que... no puede nadie, no puede nadie... Va en contra de todo. Se ríe todo el mundo. Qué idea tan absurda. Lo que compartes lo pierdes. No. Si lo compartes tendrás más. No parece que lo entienda nadie. Lo único que quiere todo el mundo es coger su parte antes de que se la lleven los demás.

»Y enterramos, y matamos... Y por aquí una cabeza, y por allá una pierna... Es como... Lo he visto muchas veces. Es que es tan clara esta verdad, tan clara... Es una verdad tan y tan clara... Os tenéis que querer. Quereos a vosotros mismos. Quereos mutuamente. Aunque por eso os crucificarán. Se burlarán de vosotros. Seréis unos parias.

»Miro hacia atrás, y ya lo sabía de pequeño. Yo no quiero hacerle daño a nadie. Solo quería dar de comer a los demás. Solo quería hablar con sensatez a esos locos que tienen espadas y quieren hacer tantos destrozos. Solo soy un niño pequeño que dice... Querían matarme, pero se detuvieron y dejaron que me escapase. En vez de matarme a mí mataron a mi padre. A mi madre se la llevaron a otro sitio. No sé qué le pasaría.

MIRA: Estando en la cueva, y recibiendo estas verdades, mírate a ti mismo y observa cómo las escribes. Mírate las manos y lo que tienes delante.

WAYNE: La verdad es que las veo y quiero ponerlas por escrito, pero tengo la impresión de que es una pérdida de tiempo.

MIRA: Ya. ¿Porque los demás no te creerán?

WAYNE: Nadie me cree. Solo saben cuidar de sí mismos. Solo se conocen a sí mismos. Se comparte tan poco... Así que... Ha venido mi hijo. No voy a escribirlo. No lo escribo. Solo se lo digo.

MIRA: ¿Cómo lo has encontrado?

WAYNE: Tiene treinta años... más... cuarenta... cincuenta... Soy muy viejo.

MIRA: ¿Y le explicas las verdades?

WAYNE: Le digo que lo recuerde, que son grandes verdades: que al compartir multiplicas y al acumular pierdes. Cuanto menos les hagas a los otros, más recibirás. Que siendo humilde, y

amable, y dulce, consigues mucho más. Te lo aseguro. Te acercas tanto a Dios... La luz es Dios, que llega hasta aquí abajo. La luz es Dios. Tan intensa...

»La veo. Ha vuelto. Arranca de aquí y se pone así. Nadas en su interior. Te bañas en la luz. Es todo tan fácil... Diles que es fácil y ya está. No es difícil. Es natural. Es normal. Es de donde viniste. Es lo que eres. Descubre qué eres, y selo. No descubras quién no eres e intentes serlo. Eso es otra verdad, otra de esas verdades tan sencillas: sé quien eres, no quien no eres...

»De todos modos, no puedes ser lo que no eres. Es una ilusión. Si intentas ser algo que no eres, no puedes ser lo que no eres. No eres odio, ni matar. Así no eres. Sé quien eres. Todo eso, lo demás, no es quien eres. Tú sé quien eres.

»Mi hijo pone cara de perplejidad. Le parezco un viejo loco. Y soy un viejo loco. Todos los que me rodean... La única que lo entendió fue... Dios mío, aquella mujer tan guapa. La conocí tan poco tiempo... Y después la abandoné. Todo esto ella lo sabía. Esperó. No se murió de nada del pecho. La mataron.

»Me lo acaba de decir mi hijo. A ella también la mataron, después de que me fuera. Todo lo que amas lo pierdes al perder el amor. Todo lo que amas lo pierdes al perder el amor. Así de simple. Fue asesinada, violada. Mi hijo quiere saber qué siento sobre el violador.

»—Papá, ¿qué sientes sobre los que mataron a la mujer que querías?

»Y ahí está la luz. Puedes entrar en ella o rodearla. Cuando entras solo hay amor; si intento rodearla, oscuridad. Me dan ganas de matar a esos hijos de puta.

»Al entrar en la luz amo a los violadores. Cuando pierdes el amor, se acaba todo. Cuando pierdes el amor, pierdes a quien eres, porque eres amor. Y el resto del tiempo te lo pasas vagando por la oscuridad, intentando esquivar la luz que te llama y te atrae. Desea tanto estar dentro... Es demasiado intensa. Te ciega con su intensidad.

»Es verdad: puedes querer a los que matan a la mujer amada. Supongo... supongo que puedo, porque es quien soy. Cuando amas no queda espacio para nada más. Si amas, no existe el no amor. Es todo lo que puedes dar. Es cuando te apartas del foco, cuando sales de la luz que entra en la cueva... La ves entrar así, y alrededor todo son sitios oscuros.

»Y tú quieres que entre en los sitios oscuros. Pero no puedo. Porque soy lo mismo que esa luz. Es quien soy. Y aunque me entristezca me parece que estoy aquí para eso.

»Me dice lo mucho que me quiso ella. Esperó, esperó, esperó... y yo le fallé. Porque tenía que buscar mi aventura. Tenía que encontrar los sitios nuevos. Y en todo ese tiempo no fui a ninguna parte.

»Dice que no puede. Y yo le digo:

»—Es que no estás preparado, pero también es quien eres tú.

»Y me levanté y entré en la luz. Ahora lo veo. Y también lo dejé a él... desconcertado. Y entré en la luz y me dejé flotar en ella. Lo miré desde arriba.

»—Hijo mío, acércate solo unos centímetros a la luz. Está a pocos centímetros. La luz está aquí, y tú allá. Ven hacia aquí. Solo tienes que moverte así de poco.

»¿Sabes qué dijo?

»—Vete a la mierda, viejo loco. Voy a por los tíos esos.

»Ya está. Estoy mareado. Tengo ganas de vomitar.

MIRA: Respira hondo.

WAYNE: Necesito agua.

MIRA: Ahora te la traigo.

WAYNE: Dios mío... Madre mía...

MIRA: Acuéstate otra vez. Muy bien. Cierra los ojos. Deja que la luz absorba todas las emociones y toda la energía, y que se disuelva todo dentro de tu cuerpo. Que se convierta todo en amor. Deja que todo se cure. Muy bien. Vuelve a estar en la cueva, con aquella luz tan bonita encima de ti. Quédate en la luz y ya está. Deja que te bañe. Ahora dime una cosa: ¿qué pasa después de que se vaya tu hijo?

WAYNE: Pues... Que ya no existo. No tengo forma.

MIRA: Puedes verlo todo... Todo lo que pasó. ¿Cuál crees que era el objetivo que tenías en la vida, el objetivo que aprender y compartir?

WAYNE: No se trataba de aprender y compartir, sino de ser. Tenía que aprender a ser en vez de intentar ser. Tenía que aprender a ser. Y hasta el final de aquella vida no lo conseguí. Porque ahora yo soy Dios, estoy con Dios. Parece todo tan trivial...

Casi no me acuerdo con exactitud de nada de lo que dije durante la sesión, pero las imágenes visuales conservan toda su nitidez. ¿Era un reflejo de una vida anterior, paralela? Sobre eso solo puedo hacer suposiciones, pero me intriga lo que dije y lo que sucedió mientras estaba con Mira en aquel estado semihipnótico. Como me dijo Anita Moorjani hace poco en una carta, «Cuando estoy dispuesta a entrar en el reino de la incertidumbre y de la ambigüedad, me abro a infinitas

posibilidades». Te dejo meditar sobre este misterio.

PREGUNTA N.º 7: ¿ESTOY DISPUESTO A MEDITAR CON LAS FRECUENCIAS DEL SOY EL QUE SOY?

James Twyman, el autor de *El código Moisés*, pidió al experto en terapia sonora Jonathan Goldman que investigase y crease diapasones que codificasen el nombre sagrado de Dios, y reprodujera después esas frecuencias en un programa de meditación. La base de esas grabaciones son los diapasones diseñados por Jonathan. Se corresponden con la gematría del nombre sagrado *Soy el que soy* que le fue dicho a Moisés ante la zarza ardiente, como se explica en el libro del Génesis del Antiguo Testamento.

Al final de *El código Moisés*, Jonathan explica cómo se crearon estas frecuencias para ajustarse a la tradición de la Cábala, en la que se asignan números concretos a palabras y frases enteras. Sus comentarios a las investigaciones que lo llevaron a crear estas frecuencias de meditación terminan así: «Los diapasones de SOY EL QUE SOY, y el campo asociado que crean, forman una experiencia sonora provocativa y estimulante, cuyo potencial promete mucho».

La meditación es una práctica esencial para acceder a un contacto consciente con tu yo supremo. Yo, que llevo meditando muchos años, he escrito un libro (*Getting in the Gap*) sobre los numerosos beneficios de la meditación. Cuando uso la frecuencia de meditación del Código Moisés, experimento una profunda sensación de paz que remite a los mensajes que he expuesto en este libro. Uso el mantra interior *Yo soy* y me veo como si ya hubiera llegado a lo que he puesto en mi mente. Después repito en silencio *Yo soy*, el nombre de Dios que le fue dicho a Moisés, en agradecimiento de la colaboración de mi yo supremo y en reconocimiento de mis deseos que concuerdan con lo divino. Mientras estos sonidos que estimulan el espíritu suenan por la sala, o bien en mis auriculares, respiro una sensación de tranquilidad y experimento el contacto consciente con Dios.

Hace aproximadamente un año que estas frecuencias forman parte habitual de mi meditación y de mis actividades espirituales de manifestación. De hecho, medito cuarenta minutos al día utilizando exactamente estas frecuencias para acompañarme mientras establezco contacto consciente con Dios en mi práctica de la meditación sagrada. A varios de mis hijos los he animado a participar conmigo en una sesión de meditación, y a escuchar estos sonidos sagrados a la vez que usaban el mantra *Soy el que soy*. Después de una sola sesión, mis hijos adultos ya estaban enganchados y me pedían cada día que pusiera los «sonidos *Yo soy* de deseos cumplidos» para poder meditar todos juntos.

He reproducido los sonidos sagrados en un CD independiente que lleva el título de *I AM Wishes Fulfilled Meditation*. Contiene tres pistas. En la primera se explica el uso de esta meditación, y los resultados que he obtenido yo. Practico a diario, con o sin auriculares, en una sala con velas blancas

encendidas. Considero sagrados los sonidos, y estoy en deuda con James Twyman y Jonathan Goldman por las profundas investigaciones que les permitieron recrear unos sonidos que se ajustan a los números especiales ligados a la frase *EHYEH ASHER EHYEH*. Son las palabras que le dijo Dios a Moisés cuando este preguntó por el nombre de Dios, como refiere el *Éxodo*. La traducción más habitual de estas palabras en hebreo es «Soy el que soy».

Para mí, y para algunos de mis hijos, escuchar los sonidos sagrados mientras se medita aporta un sentimiento de tranquilidad y de fusión total con lo Divino. Me encanta que me acompañen estos sonidos en la práctica sagrada de la meditación, como instrumento en el proceso de vivir una vida de deseos cumplidos.

La segunda pista son veinte minutos de reproducción de la Meditación de Frecuencia del Código Moisés, para obtener una meditación profunda. La tercera son otros veinte minutos con acompañamiento de guitarra, para una experiencia más activa. Yo pongo cada día las pistas dos y tres, consecutivamente, usando el mantra *Soy el que soy* tal como explico en la pista número uno. La verdad es que es un instrumento muy poderoso para manifestar en tu vida todos tus deseos realizados en Dios.

Resumen

Lo esencial de la aplicación de estas profundas enseñanzas a tu vida

1. Tienes que estar dispuesto a cambiar tu concepto del yo, lo cual significa cambiar lo que creías que era cierto.
2. Reconoce que siempre estás conectado con tu Fuente del ser.
3. Adquiere la disposición a decir «Yo soy Dios» desde una perspectiva exenta de ego.
4. Valora tu máximo regalo, la imaginación.
5. Vive como si lo que deseas ya existiese.
6. Asume la sensación del deseo cumplido.
7. Nunca dejes que nada ni nadie dirijan tu atención hacia otra cosa que no sea tu propio yo supremo.
8. Usa los últimos momentos del día, antes de dormir, para reforzar en tu mente tus deseos como cumplidos.
9. Ten abierta la mente a todas las posibilidades.
10. Recuerda siempre:

Naciste con potencial.

Naciste con bondad y confianza.

Naciste con ideales y sueños.

Naciste con grandeza.

Naciste con alas.

No te arrastres, que no estás hecho para eso.

Tienes alas.

Aprende a usarlas y vuela.

RUMI

Así termina mi agradable labor de llevar a la imprenta todo este material. Los muchos maestros espirituales citados en el libro han dejado en mí una huella muy profunda.

Notas

Mi especial gratitud a la Saint Germain Foundation por haberme permitido citar *Discursos del YO SOY*, del Maestro Ascendido Saint Germain, volúmenes 3 y 11. (© Saint Germain Foundation, Schaumburg, IL — reproducción autorizada.) Se ruega visitar www.SaintGermainPress.com.

Doy también las gracias particularmente a DeVorss Publications por haber autorizado las citas de *El poder de la conciencia* y *Feeling is the Secret*, de Neville. (© DeVorss Publications, Camarillo, CA — reproducción autorizada.) Se ruega visitar www.DeVorss.com.

Las citas de estos libros espléndidos figuran a continuación.

CAPÍTULO 1

1. Neville, *The Power of Awareness*, Camarillo, DeVorss, 2005, p. 7. [Hay trad. cast.: *El poder de la conciencia*, Madrid, Mandala Ediciones, 2010.]
2. Neville, *The Power of Awareness*, p. 12.
3. Neville, *The Power of Awareness*, p. 9.

CAPÍTULO 3

4. Neville, *The Power of Awareness*, p. 121.
5. Neville, *The Power of Awareness*, p. 122.
6. Maestro Ascendido Saint Germain, *The «I AM» Discourses*, Vol. 3, Prólogo, Schaumburg, Saint Germain Press, 1940. [Hay trad. cast.: *Discursos del YO SOY*, Barcelona, Editorial Humanitas, 1997.]
7. Maestro Ascendido Saint Germain, *The «I AM» Discourses*, Vol. 3, Discurso 1.
8. Neville, *The Power of Awareness*, p. 3.
9. Maestro Ascendido Saint Germain, *The «I AM» Discourses*, Vol. 3, Discurso 2.

CAPÍTULO 4

10. Maestro Ascendido Saint Germain, *The «I AM» Discourses*, Vol. 3, Discurso 16.
11. Neville, *The Power of Awareness*, pp. 45-46.

CAPÍTULO 5

12. Neville, *The Power of Awareness*, pp. 63-64.

13. Neville, *The Power of Awareness*, p. 10.
14. Neville, *The Power of Awareness*, p. 11.
15. Neville, *The Power of Awareness*, p. 69.
16. Maestro Ascendido Saint Germain, *The «I AM» Discourses*, Vol. 3, Discurso 21.

CAPÍTULO 6

17. Neville, *The Feeling is the Secret*, en *The Neville Reader*, Camarillo, DeVorss, 2005.
18. *Ibid.*
19. *Ibid.*
20. *Ibid.*
21. *Ibid.*
22. *Ibid.*
23. *Ibid.*
24. *Ibid.*
25. Neville, *The Power of Awareness*, p. 46.
26. Neville, *The Power of Awareness*, pp. 82-83.
27. Neville, *The Feeling is the Secret*.

CAPÍTULO 7

28. Neville, *The Power of Awareness*, p. 49.
29. *Ibid.*
30. Neville, *The Power of Awareness*, p. 50.
31. *Ibid.*
32. Maestro Ascendido Saint Germain, *The «I AM» Discourses*, Vol. 3, Discurso 11.
33. Neville, *The Power of Awareness*, p. 80.
34. Maestro Ascendido Saint Germain, *The «I AM» Discourses*, Vol. 3, Discurso 6.
35. Neville, *The Power of Awareness*, p. 86.
36. Maestro Ascendido Saint Germain, *The «I AM» Discourses*, Vol. 3, Discurso 16.
37. Neville, *The Power of Awareness*, p. 24.

CAPÍTULO 8

38. Neville, *The Feeling is the Secret*.
39. *Ibid.*
40. *Ibid.*
41. Maestro Ascendido Saint Germain, *The «I AM» Discourses*, Vol. 3, Discurso 4.
42. Neville, *The Feeling is the Secret*.
43. *Ibid.*
44. Maestro Ascendido Saint Germain, *The «I AM» Discourses*, Vol. 3, Discurso 16.

CAPÍTULO 9

45. Neville, *The Power of Awareness*, pp. 111-112.
46. Neville, *The Power of Awareness*, p. 112.
47. Maestro Ascendido Saint Germain, *The «I AM» Discourses*, Vol. 3, Discurso 16.
48. *Ibid.*
49. Maestro Ascendido Saint Germain, *The «I AM» Discourses*, Vol. 3, Discurso 26.
50. *Ibid.*
51. *Ibid.*
52. Neville, *The Feeling is the Secret*.
53. Maestro Ascendido Saint Germain, *The «I AM» Discourses*, Vol. 3, Discurso 27.
54. Neville, *The Feeling is the Secret*.
55. Maestro Ascendido Saint Germain, *The «I AM» Discourses*, Vol. 3, Discurso 7.
56. Maestro Ascendido Saint Germain, *The «I AM» Discourses*, Vol. 3, Discurso 31.
57. Maestro Ascendido Saint Germain, *The «I AM» Discourses*, Vol. 11, Schaumburg, Saint Germain Press, 1940.

Wayne W. Dyer es un renombrado conferenciante y un autor conocido internacionalmente en el área de la autoayuda. Doctor en orientación educativa por la Universidad de Wayne y profesor en la Universidad de Nueva York, actualmente dedica su tiempo a dar conferencias, a impartir cursos y a escribir. De sus más de treinta obras publicadas cabe destacar *Tus zonas erróneas*, posiblemente el libro de autoayuda más leído del mundo.

Título original: *Wishes Fulfilled*

Edición en formato digital: septiembre de 2013

© 2012, Wayne W. Dyer

Publicado originalmente en 2012 por Hay House Inc, USA

© 2013, Random House Mondadori, S. A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2013, Jofre Homedes Beutnagel, por la traducción

Diseño de la cubierta: Luciana González /Random House Mondadori, S. A.

Fotografía de la cubierta: © Ismael Salmerón / © Getty Images

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9032-860-6

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

Consulte nuestro catálogo en: www.megustaleer.com

Random House Mondadori, S.A., uno de los principales líderes en edición y distribución en lengua española, es resultado de una *joint venture* entre [Random House](#), división editorial de [Bertelsmann AG](#), la mayor empresa internacional de comunicación, comercio electrónico y contenidos interactivos, y [Mondadori](#), editorial líder en libros y revistas en Italia.

Forman parte de Random House Mondadori los sellos Beascoa, Caballo de Troya, Collins, Conecta, Debate, Debolsillo, Electa, Endebate, Fantasy, Grijalbo, Grijalbo Ilustrados, Lumen, Mondadori, Montena, Nube de Tinta, Plaza & Janés, Random, RHM Flash, Rosa dels Vents y Sudamericana.

Sede principal:

Travessera de Gràcia, 47-49

08021 BARCELONA

España

Tel.: +34 93 366 03 00

Fax: +34 93 200 22 19

Sede Madrid:

Agustín de Betancourt, 19

28003 MADRID

España

Tel.: +34 91 535 81 90

Fax: +34 91 535 89 39

Random House Mondadori también tiene presencia en el Cono Sur (Argentina, Chile y Uruguay) y América Central (México, Venezuela y Colombia). Consulte las direcciones y datos de contacto de nuestras oficinas en www.randomhousemondadori.com.

